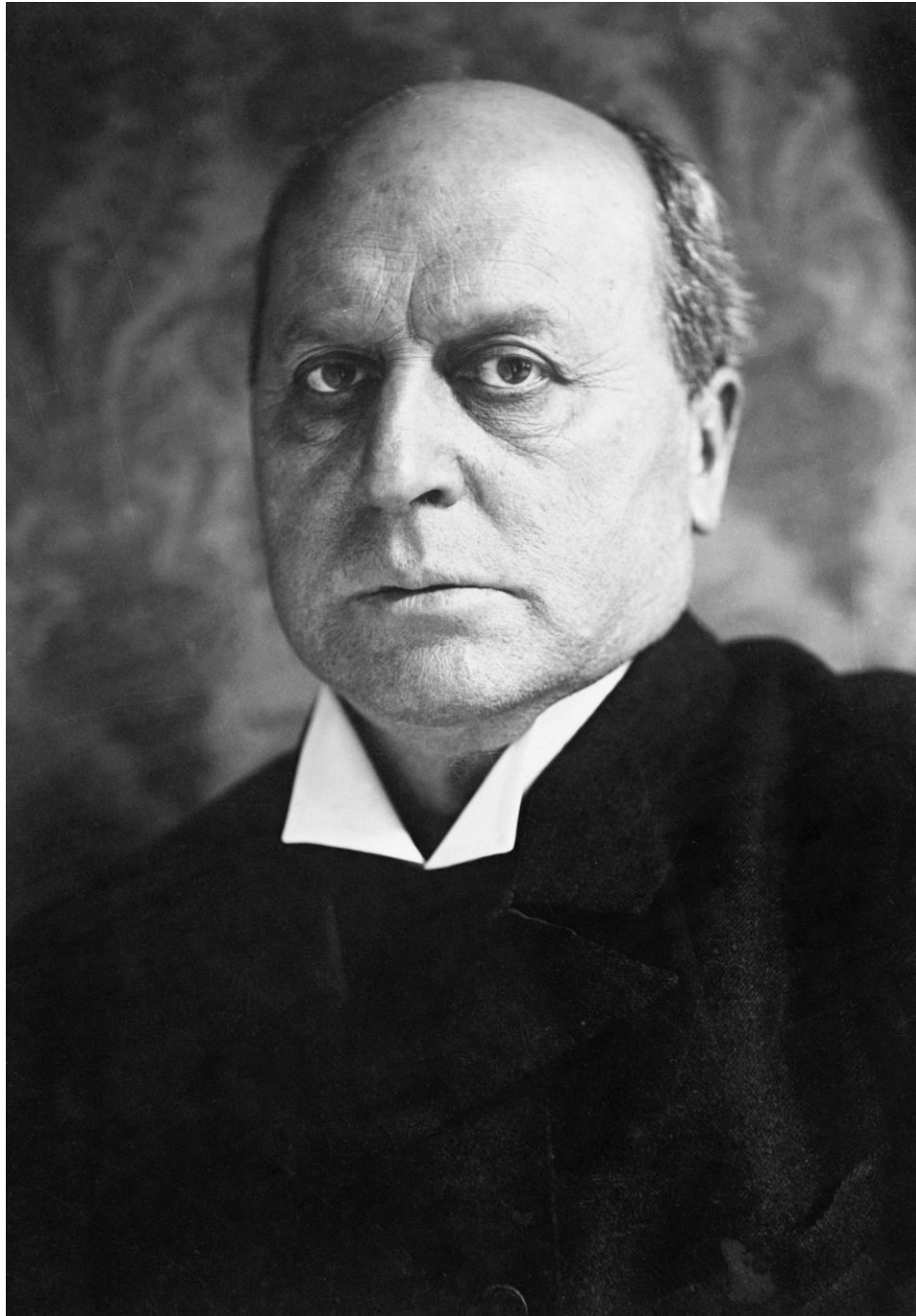


Henry James

El altar de los muertos y otros relatos



BIBLIOTECA DIGITAL MINED-DOMINICANA LEE

El altar de los muertos (llevada al cine por François Truffaut en 1977 bajo el título *La habitación verde*) constituye una de las cimas del relato breve de todos los tiempos. Es una delicada y conmovedora parábola sobre el peso de la tristeza, la imposibilidad de vivir sin amor, el recuerdo de los seres queridos, la dificultad de perdonar, y el misterio de la muerte. Según el crítico Thomas Stannard, «Con insuperable honradez y ecuanimidad, Henry James recoge tanto los aspectos poéticos como los patológicos de la situación... [...] Si alguien es capaz de leer este cuento, especialmente su sublime final, sin que se le salten las lágrimas, es que es un ser sin entrañas». Una temática y estilo muy parecidos son los que recorren la trama de *Maud-Evelyn*, especie de historia de fantasmas sin fantasmas. Completan el volumen tres narraciones, rebosantes de humor y ternura, que exploran las grandezas y miserias de la vida artística en general y del oficio de escritor en particular: *La edad madura* (el mayor logro de su autor, a juicio de Joseph Conrad), *La próxima vez* y *El árbol de la ciencia*.

LA EDAD MADURA

Aquel día de abril era templado y luminoso, y el pobre Dencombe, feliz en la presunción de que sus energías se recuperaban, estaba parado en el jardín del hotel, comparando los atractivos de diversos paseos tranquilos, con una parsimonia en la cual, empero, todavía se echaba de ver cierta laxitud. Le gustaba la sensación de Sur, en la medida en que se la pudiera tener en el Norte; le gustaban los acantilados arenosos y los pinos arracimados, incluso le gustaba el mar incoloro. “Bournemouth es el lugar ideal para su salud” había sonado a simple anuncio, pero ahora él se había reconciliado con lo prosaico. El amigable cartero rural, al cruzar por el jardín, acababa de entregarle un paquetito, que él se llevó consigo dejando el hotel a mano derecha y encaminándose con andar circunspecto hasta un oportuno banco que ya conocía, en un recoveco bien abrigado en la ladera del acantilado. Daba al Sur, a las coloreadas paredes de la Isla de Wight, y por detrás estaba guarecido por el oblicuo declive de la pendiente. Se sintió bastante cansado cuando lo alcanzó, y por un momento se notó defraudado; estaba mejor, desde luego, pero, después de todo, ¿mejor que qué? Nunca volvería, como en uno o dos grandes momentos del ayer, a sentirse superior a sí mismo. Lo que de infinito pueda tener la vida había desaparecido para él, y lo que le quedaba de la dosis otorgada era un vasito marcado como lo está un termómetro por el farmacéutico. Se quedó sentado con la vista clavada en el mar, que parecía todo superficie y cabrilleo, harto más superficial que el espíritu del hombre. El abismo de las ilusiones humanas, ése sí que era la auténtica profundidad sin mareas. Sostenía el paquete, que a todas luces era de libros, en las rodillas, sin abrirlo, alegrándose, tras el ocaso de tantas esperanzas (su enfermedad lo había hecho ser consciente de su edad), de saber que estaba ahí, pero dando por hecho que ya jamás podría haber una repetición completa del placer, tan caro a la experiencia juvenil, de verse a sí mismo “recién impreso”. Dencombe, que tenía una reputación, había publicado demasiadas veces y sabía de antemano demasiado bien cómo luciría.

Ese aplazamiento tuvo como vaga causa adicional, al cabo de un rato, a un grupo de tres personas —dos mujeres y un joven— a quienes, más abajo que él, se veía avanzar errabundos, juntos y al parecer callados, a lo largo de la arena de la playa. El joven tenía la cabeza inclinada hacia un libro y de vez en cuando se quedaba parado por el hechizo que sobre él ejercía ese volumen que, como percibía Dencombe incluso a esa distancia, tenía una cubierta chillonamente roja. Entonces, sus compañeras, un poco por delante, lo esperaban a que las alcanzara, hurgando en la arena con sus sombrillas y mirando alrededor el cielo y el mar, paladinamente conscientes de la belleza del día. A aquellas cosas el joven del libro se mostraba ajeno aún más paladinamente; retrasándose, fascinado, absorto, era motivo de envidia para un observador a quien se le había marchitado toda

candidez de su relación con la literatura. Una de las mujeres era voluminosa y entrada en años; la otra exhibía la delgadez de una contrastante juventud y de una situación social seguramente inferior. La mujer voluminosa transportaba la imaginación de Dencombe hacia la época de la crinolina; tenía un sombrero en forma de champiñón, adornado con un velo azul, y la portadora del mismo, en su agresiva imponencia, parecía aferrarse a una moda desvanecida y aun a una causa perdida. Al cabo su compañera sacó de entre los pliegues de un mantón una cojeante silla portátil, que desplegó rápidamente y de la cual tomó posesión la mujer voluminosa. Este acto, junto con algo en los movimientos de la una y de la otra, instantáneamente caracterizó a las ejecutantes —éstas actuaban para recreo de Dencombe— como matrona opulenta y como humilde señorita de compañía. Por lo demás, ¿de qué servía ser un novelista probado si no se era capaz de establecer las relaciones personales existentes entre tales figuras? Como por ejemplo: la imaginativa teoría de que el joven era hijo de la matrona opulenta, y de que la humilde señorita de compañía, hija de clérigo o de funcionario, abrigaba una secreta pasión por él. ¿No era visible eso por el modo como ésta última se había deslizado furtivamente detrás de su benefactora para volver la vista hacia donde él se había permitido quedarse completamente quieto en tanto su madre se sentaba a descansar? Ese libro era una novela; tenía la llamativa tapa de las ediciones económicas, y él, mientras el romanticismo de la vida quedaba desdeñado a su lado, se perdía en el romanticismo de la biblioteca circulante. Maquinalmente se trasladó a donde era más blanda la arena, y se dejó caer en ella para acabar el capítulo a sus anchas. La humilde señorita de compañía, desalentada por la inaccesibilidad masculina, erraba, con la cabeza martirizadamente gacha, en otra dirección, y la señora descomunal, contemplando las olas, ofrecía una borrosa semejanza con una máquina voladora caída en pedazos.

Cuando empezó a desinteresarlo este espectáculo, Dencombe se acordó de que tenía, a fin de cuentas, otro pasatiempo aguardándolo. Aunque tanta celeridad fuera infrecuente por parte de su editor, él ya podía extraer del envoltorio su obra “más reciente”, quizá su obra última y final. La cubierta de *La edad madura* era certeramente llamativa, el aroma de las rozagantes páginas era el mismísimo olor de la beatitud; pero, de momento, él no pasó de ahí, habiéndose percatado de una rara alienación. Se le había olvidado de qué trataba su propio libro. El último ataque de su vieja dolencia, de la cual había venido ilusamente a protegerse a Bournemouth, ¿había quizá interpuesto un vacío absoluto respecto de lo que había precedido al mismo? Había finalizado la corrección de galeradas antes de salir de Londres, pero la posterior quincena en cama había pasado una esponja sobre los matices. No habría podido salmodiarse a sí propio una sola de sus frases, ni podía dirigirse a ninguna determinada página con curiosidad o seguridad. Se le había ido

su tema, quedándole apenas una conjetura. Lanzó un sordo gemido al respirar el frío de su vacío absoluto: éste parecía tan desesperadamente representar la culminación de un siniestro proceso. Las lágrimas visitaron sus apacibles ojos; algo precioso se había evaporado. Tal había sido la congoja más punzante de unos cuantos años a esta parte: la sensación de la mengua del tiempo, de la reducción de las oportunidades; y lo que ahora notaba no era tanto que estuviera escapándosele su última oportunidad, cuanto que ya se le había escapado del todo. Aunque había hecho todo lo que podía, aún no había hecho lo que quería. Ése era el desgarró: que, virtualmente, su carrera había llegado a su término: era tan violento como una mano brutal en la garganta. Se levantó nerviosamente de su asiento, cual criatura invadida por el pavor; luego, en su debilidad, tornó a arrellanarse y abrió tembloroso la novela. Era un solo volumen: él prefería los volúmenes únicos, aspirando a una concisión exquisita. Se puso a leer, y poco a poco, en esa ocupación, fue sintiéndose tranquilizado y serenado. Todo principió a volver a su mente, pero volvía con asombro; volvía, sobre todo, con una belleza elevada y radiante. Leyó su propia prosa, pasó sus propias páginas, y, sentado allí, con el sol de primavera en sus hojas, sintió una peculiar e intensa emoción. Su carrera se había terminado, sin duda, pero, al menos, se había terminado con *aquello*.

Durante su enfermedad había olvidado el trabajo del año pasado... pero lo que más había olvidado era que fuese tan extraordinariamente bueno. Volvió a zambullirse en su narración, y fue arrastrado a sus profundidades, como por mano de una sirena, hasta donde flotan extraños temas silenciosos en el tenue mundo sumergido de la ficción, la gran cisterna esmaltada del arte. Reconoció su tema y se rindió a su propio talento. Seguramente su propio talento nunca se había mostrado tan acendrado como en aquella ocasión. Sus ineptitudes seguían allí, pero lo que también seguía allí, para su percepción, aunque probablemente, ¡ay!, para la de nadie más, era la maña con que en la mayoría de los casos las había remontado. En el sorprendido goce de esa su destreza, entrevió un posible indulto. De seguro que su fuerza aún no estaba agotada; en ella todavía quedaba vida y servicio. No le había venido fácilmente, había llegado de modo tardío y esquivo. Era hija del tiempo, nutrida por la dilación; él había luchado y sufrido por ella, realizando incontables sacrificios, y ahora que la misma había madurado de veras, ¿iba a cesar de producir, iba a declararse brutalmente derrotada? Para Dencombe hubo una infinita satisfacción en sentir, como jamás anteriormente, que la pertinacia *vincit omnia*. El resultado producido en su librito era, sin saber muy bien cómo, un resultado que había rebasado sus propósitos conscientes; no parecía sino que él hubiera plantado su genio, se hubiera fiado de su método, y ellos hubieran crecido y florecido con esta bonanza. No obstante, aunque el logro había sido genuino, el proceso había sido bastante trabajoso. Lo que tan intensamente veía hoy, lo que

sentía como un cuchillo clavado en sus entrañas, era que sólo ahora, en el tramo final, había llegado a la plena posesión de su capacidad. Su desarrollo había sido anormalmente lento, casi grotescamente paulatino. La experiencia lo había estorbado y retardado y, durante luengos períodos, él no había hecho sino buscar el camino a tientas. Se le había ido demasiada parte de su vida en producir demasiado poco de su arte. Por fin el arte había llegado, pero había llegado detrás de todo lo demás. A ese ritmo, una sola existencia era demasiado corta: sólo lo bastante larga para reunir material, de tal guisa que, para fructificar, para hacer uso de ese material, era menester una segunda existencia, una prórroga. Por esa prórroga fue por lo que suspiró el pobre Dencombe. Hojeando las últimas páginas de su libro se dolió:

—¡Ah, quién tuviera otra oportunidad! ¡Ah, qué no daría yo por una ocasión mejor!

Las tres personas a quienes había observado en la arena se habían esfumado y luego habían reaparecido: ahora estaban subiendo por un sendero, una subida artificial y cómoda, que conducía a lo alto del acantilado. A mitad de dicho caminito se hallaba el banco de Dencombe, en un saliente resguardado, y, en este instante, la señora voluminosa, persona maciza y heterogénea, de agresivos ojos oscuros y simpáticas mejillas coloradas, resolvió tomarse unos momentos de descanso. Llevaba unos largos guantes que se le habían manchado y unos inmensos pendientes de diamantes; al principio pareció vulgar, pero contradujo esa expectativa con un tono afablemente desenvuelto. Mientras sus acompañantes se quedaban aguardando de pie por ella, extendió sus faldas en el otro extremo del banco de Dencombe. El joven llevaba gafas de aros dorados, a través de los cuales, con el dedo aún metido en su libro de cubierta roja, lanzó una ojeada al volumen, encuadernado en la misma tonalidad del mismo color, que descansaba sobre el regazo del primer ocupante del banco. Luego de un instante, Dencombe creyó comprender que al joven lo sorprendía la similitud, que había reconocido el sello dorado en la tela carmesí, que él también estaba leyendo *La edad madura*, y que después tomaba conciencia de que había alguien más que iba a la par que él. El desconocido se sentía desconcertado, tal vez incluso una pizca contrariado, al descubrir no ser la única persona que había tenido la ventura de que le llegara a las manos uno de los primeros ejemplares. Los ojos de los dos lectores se encontraron un momento, y a Dencombe le hizo gracia la expresión de la mirada de su competidor o incluso, podría inferirse, de su admirador. Con ella confesaba cierta ofensa, semejaba decir: “¡Por todos los diablos, ¿ya lo tiene éste?! ¡Claro que será uno de esos estomagantes críticos literarios!”. Dencombe escondió de la vista su ejemplar mientras la matrona opulenta, irguiéndose tras su descanso, prorrumplía

en un:

—¡Ya experimento lo bien que siento este aire!

—Yo no puedo afirmar lo mismo —dijo la señorita angulosa—. Yo me noto muy decaída.

—Yo me noto enormemente hambrienta. ¿Para qué hora ha solicitado usted el almuerzo? —continuó su protectora.

La joven desvió hacia su compañero la pregunta:

—El almuerzo lo encarga siempre el doctor Hugh.

—Hoy no he encargado nada: voy a hacerla seguir un régimen —dijo su compañero.

—En ese caso, me voy a mis habitaciones a dormir. *Qui dort dine!*

—Les rogaría que me excusaran un rato. ¿Puedo dejarla en manos de la señorita Vernham? —preguntó el doctor Hugh a su compañera de más edad.

—¿No confía el doctor Hugh en usted? —preguntó ésta traviesamente.

—¡No demasiado! —osó declarar la señorita Vernham, mirando hacia el suelo—. Usted debe venir con nosotras, por lo menos hasta nuestro alojamiento —siguió, en tanto que la señora a quien parecían rendir pleitesía comenzaba a reanudar la subida. Dicha señora ya se había apartado un tanto del alcance de sus voces; no obstante, habida cuenta de la presencia de Dencombe, la señorita Vernham se volvió menos claramente audible a fin de quejarse al joven—: ¡Creo que no es usted consciente de todo lo que le debe a la condesa!

Indiferentemente, por un instante, el doctor Hugh dirigió hacia ella la refulgencia de la dorada montura de sus gafas:

—¿Es ésa la impresión que le doy? ¡Me hago cargo, me hago cargo!

—Es rematadamente buena con nosotros —insistió la señorita Vernham, obligada, ante la inmovilidad de su interlocutor, a seguir allí a despecho de estar comentando asuntos privados. ¿De qué habría servido que Dencombe fuera sensible a los matices si no hubiese sido capaz de detectar en esa inmovilidad del

joven una extraña influencia por parte del callado convaleciente anciano de la capa de paño escocés? De pronto la señorita Vernham pareció darse cuenta de una tal motivación, pues luego de un instante agregó—: Si lo que usted quiere es tomar el sol aquí, puede regresar después de acompañarnos hasta el hotel.

Ante esto, el doctor Hugh titubeó, y Dencombe, pese a su deseo de simular que no se daba cuenta de nada, se arriesgó a mirarlo solapadamente. Con lo que de hecho acertaron ahora a encontrarse sus ojos fue, por parte de la señorita, con una extraña mirada fija, vidriosa por naturaleza, que hizo que el aspecto de la misma le recordara un personaje (no consiguió evocar su nombre) de alguna obra teatral o algún relato novelesco: alguna siniestra institutriz o solterona trágica. Ella parecía escudriñarlo, desafiarlo, decirle, con una indiscriminada ojeriza: “¿Por qué tiene usted que interferir en nuestros asuntos?”. En ese mismo momento les llegó desde arriba la voz de la condesa, con sustancioso humor:

—¡Vengan, vengan, corderitos míos, tienen que ir detrás de su vieja *bergère*!

Ante esto la señorita Vernham se apartó para reanudar la ascensión, y el doctor Hugh, tras otra silenciosa apelación a Dencombe y un instante de visible demoranza, depositó su ejemplar en el banco, como para guardarse el sitio e incluso como señal de que regresaría, y procedió a subir sin dificultad por la zona más arriscada del acantilado.

Inocentes e infinitos por igual son los placeres de la observación y los recreos deparados por la afición a analizar la vida. Al pobre Dencombe, ocioso en su reservada exposición al viento, lo divirtió pensar que estaba esperando una revelación de algo que estaba en lo recóndito de un joven espíritu selecto. Con intensidad miró el ejemplar en el otro extremo del banco, pero no lo habría tocado ni por todo el oro del mundo: le venía bien tener una teoría que no hubiera de exponerse a refutación. Ya se sentía mejor de su melancolía; según su acostumbrada forma de expresarlo, ya había asomado la cabeza por la ventana. La efímera presencia de una condesa podía animar la fantasía cuando, como la mayor de las damas que acababan de retirarse, era tan visible como la gigante de una troupe. Verlo todo detalladamente, no cabía duda, era lo terrible; ver cosas de modo fragmentario, en contra de una opinión generalmente expresada, era el refugio, era la medicina. No era dable que el doctor Hugh fuese sino un crítico que estaba de acuerdo con editores o periódicos para recibir ejemplares de los libros recientes. Este personaje reapareció al cabo de un cuarto de hora, con patente alivio al encontrar que Dencombe seguía allí y con un brillo de dientes blancos en una cohibida aunque generosa sonrisa. Quedó visiblemente decepcionado ante el

eclipse del ejemplar que no era el suyo: había un pretexto menos para poder hablar con el desconocido. Pero habló con el desconocido, pese a ello: blandió su propio ejemplar y principió a conversar requiriendo:

—¡Haga el favor, si tiene usted posibilidad de escribir sobre esta obra, de decir que es lo mejor que su autor ha creado hasta ahora!

Dencombe respondió con una carcajada: eso de “hasta ahora” lo divertía tanto, hacía tan extensa avenida de lo futuro. Y, mejor aún, resultaba que el joven lo tomaba *a él* por un crítico. Sacó *La edad madura* de debajo de la capa, pero instintivamente reprimió toda actitud delatora de su paternidad. En parte se debió a que siempre resulta ridículo llamar la atención sobre la obra propia.

—¿Es eso lo que va a escribir usted mismo? —le inquirió a su visitante.

—No estoy muy seguro de que yo vaya a escribir nada. Por lo regular no escribo; me limito a disfrutar en paz. Pero el libro es rematadamente bueno.

Durante un momento, Dencombe sostuvo un breve debate consigo mismo. Si su interlocutor hubiera empezado a vituperarlo, él habría confesado al instante su verdadera identidad; pero no había nada malo en incitarlo un poco a alabar. Lo incitó con tal éxito que, en cuestión de instantes, su nuevo conocido, sentado a su vera, confesaba con abierta franqueza que las novelas de Dencombe eran las únicas que era capaz de leer por segunda vez. Él había llegado el día anterior de Londres, donde un amigo suyo, periodista, le había prestado su ejemplar de la más reciente de ellas: el ejemplar enviado a la redacción del diario y que ya había sido objeto de una “gacetilla” que a buen seguro (por prejuzgar que no quedara) se había tardado exactamente un cuarto de hora en redactar. Insinuó que sentía vergüenza de su amigo y, en lo que concernía a una novela que requería y ofrecía estudio, de tamaña conducta ordinaria; y con su propia apreciación fresca, y su inusitado deseo por expresarla, prontamente llegó a ser para el pobre Dencombe una extraordinaria, una deliciosa aparición. El azar había puesto al fatigado literato cara a cara con el más ferviente admirador que cabía suponerle entre la generación joven. Para ser exactos, este admirador era desconcertante: era tan raro caso toparse con un joven médico hirsuto —parecía un fisiólogo alemán— devoto de la forma literaria. Era una casualidad, pero más feliz que la mayoría de las casualidades, conque Dencombe, no menos solazado que confundido, se entregó media hora a hacer hablar a su visitante mientras él guardaba silencio. Justificó su propia posesión adelantada de *La edad madura* aludiendo a su amistad con el editor, el cual, sabiendo que él estaba en Bournemouth por motivos de salud, había

tenido con él ese grato detalle. Dencombe reveló haber estado enfermo, pues el doctor Hugh lo habría adivinado de modo inevitable; incluso llegó a preguntarse si no podría esperar alguna “orientación” sanitaria por parte de alguien que aunaba un entusiasmo tan rutilante y una presumible familiaridad con los medicamentos ahora en boga. Quizá perturbara un poco la confianza de Dencombe el tener que tomarse en serio a un médico que era capaz de tomárselo tan en serio *a él*, mas le había caído en gracia este efusivo joven moderno y sintió con aguda punzada que aún habría cosas que hacer en un mundo donde se ofrecían tan extrañas mezclas. No era cierto lo que había tratado de creer en pro de la renuncia: que todas las combinaciones estaban ya agotadas. No lo estaban, no, no lo estaban, eran innúmeras; el agotamiento estaba sólo en el desventurado artista.

El doctor Hugh era un fisiólogo ardiente saturado del espíritu de la época; o sea, acababa de licenciarse; pero era original y polifacético, y hablaba como un hombre que de buena gana habría preferido dedicarse a la literatura. Le habría gustado crear frases hermosas, pero la Naturaleza le había rehusado el don. Algunas de las mejores frases de *La edad madura* lo habían impresionado sobremanera, y se tomó la libertad de leérselas a Dencombe en refuerzo de su argumentación. El doctor Hugh, en el aire perfumado, se tornó vivido al sentir de su compañero, para cuyo profundo consuelo parecía haber sido enviado; y con especial ardor se aplicó a describir cuán recientemente había tenido conocimiento de, y cuán instantáneamente se había entusiasmado con, el único novelista que había logrado poner carne entre las costillas de un arte que se moría de hambre a fuerza de timideces y dogmatismos. Aún no le había escrito: lo contenía un sentimiento de respeto. En ese instante, Dencombe se congratuló más que nunca de no haber concedido jamás su tiempo a los fotógrafos. La actitud de su visitante le prometía un gran obsequio de comunicación, mas barruntó que, para el doctor Hugh, gozar de cierta continuidad en su comunicación dependía no poco de la condesa. Dencombe no tardó en enterarse de con qué clase de condesa se las habían, así como del tipo de vínculo que unía entre sí al insólito trío. La señora voluminosa, inglesa de nacimiento e hija de un barítono célebre, cuya afición, aunque no su talento, ella había heredado, era viuda de un aristócrata francés y dueña de todo lo que quedaba de la extensa fortuna, fruto de las ganancias paternas, que había constituido su propia dote. La señorita Vernham, criatura extraña pero consumada pianista, estaba vinculada a ella por un sueldo. La condesa era desbordante, excéntrica, muy suya: viajaba con una trovadora y un médico de cabecera. Ignorante y abrumadora, sin embargo tenía momentos en que resultaba casi irresistible. Dencombe la vio como posando para un retrato en el generoso bosquejo que le hacía el doctor Hugh, y notó cómo se formaba en su propia mente la imagen de la relación que con ella mantenía su joven amigo. Dicho

joven amigo, para ser representante de una nueva psicología, resultaba muy fácil de sugestionar, y aunque se puso anormalmente locuaz, ello no fue sino un signo de auténtico sometimiento. En consecuencia, Dencombe hacía con él lo que quería aun sin darse a conocer como Dencombe.

Al ponerse enferma en un viaje por Suiza, la condesa lo había conocido en un hotel, y el azar de que él le cayera bien la movió a ofrecerle, con su imperiosa generosidad, unas condiciones que no pudieron menos que deslumbrar a un galeno aún sin clientela y cuyos recursos se habían consumido en sus estudios. No era la manera de pasar el tiempo que él habría escogido, pero era un tiempo que pasaría pronto, y, mientras tanto, ella era sumamente amable. Ella exigía constante atención, pero era imposible que no agradara. Él suministró toda clase de pormenores acerca de su pintoresca paciente, un “caso” como nunca había habido otro, que padecía, relacionado con su sofocada obesidad, y además de la veta morbosa de una voluntad violenta y sin objetivo, un grave trastorno orgánico; pero enseguida tornó a hablar de su bienamado novelista —a quien tuvo la felicísima inspiración de describir como más esencialmente poeta que muchos de quienes vivían de versificar— con su celo que había sido excitado, como igualmente lo había sido toda su ausencia de reserva, por la afortunada circunstancia de la simpatía de Dencombe y la coincidencia de lo que ambos estaban leyendo. Dencombe confesó conocer personalmente un poco al autor de *La edad madura*, pero no se sintió tan preparado como habría querido cuando su compañero —quien nunca hasta entonces había visto a un ser tan privilegiado— empezó ávidamente a solicitarle detalles. Incluso pensó que la mirada del doctor Hugh en aquel momento delató una vislumbre de sospecha. Pero el joven estaba demasiado inflamado para ser perspicaz, y abría una y otra vez el libro para exclamar “¿Se ha fijado usted en esto?” o “¿No lo impresionó soberanamente esto otro?”.

—Hay un pasaje hermosísimo hacia el final —espetó, y tornó a echar mano del libro. Según volvía las hojas tropezó con otra cosa distinta, y Dencombe lo vio mudar de color súbitamente. El joven había cogido el ejemplar de Dencombe, que estaba sobre el banco, en lugar del suyo, y al punto su vecino adivinó la razón de su sobresalto. Por un instante el doctor Hugh se quedó muy serio; a renglón seguido dijo—: ¡Observo que ha estado usted retocando el texto!

Dencombe era un apasionado del corregir, un obseso del estilo; lo último a que llegaba era a una forma definitiva para él mismo. Su ideal habría sido publicar anónimamente, y luego, en el texto publicado, entregarse a sus revisiones maníacas, desautorizando siempre la primera edición y empezando para la posteridad, y aun para los pobrecillos coleccionistas, con la segunda. Esa mañana

su lápiz había punzado en La edad madura una docena de burbujas. Lo sorprendió el efecto sobre él mismo del reproche del joven: por un momento lo hizo mudar ahora a él de color. Se puso, en todo caso, a tartamudear imprecisamente; luego, a través de una neblina de conciencia en reflujo, vio la extrañada mirada del doctor Hugh. Tuvo tiempo únicamente para darse cuenta de que estaba a punto de caer enfermo otra vez: todas estas emociones, la excitación, la fatiga, el calor del sol, el influjo del aire, se habían confabulado para jugarle una mala pasada, hasta el punto de que, tendiendo la mano hacia su compañero con una exclamación de sufrimiento, perdió por completo el sentido.

Posteriormente supo que se había desmayado y que el doctor Hugh lo había llevado al hotel en un cochecillo cuyo cochero, que merodeaba por los alrededores en pos de clientes, acertó a recordarlo casualmente en el jardín del mismo. Había recobrado el sentido durante el trayecto, y en la cama, aquella tarde, tuvo una vaga remembranza del joven rostro del doctor Hugh, cuando estaba junto a él, inclinado sobre él con una sonrisa reconfortante que expresaba algo más que una mera sospecha de su verdadera identidad. Esta identidad ya no podía ser negada, y por eso se sintió aún más pesados y dolidos. Había sido temerario, había sido estúpido, había salido a pasear demasiado prematuramente, se había quedado afuera demasiado prolongadamente. No habría debido ponerse al alcance de desconocidos, habría debido llevar consigo a su criado. Sintió como si hubiera caído en una sima demasiado honda para poder avistar el menor retazo de cielo. Estaba en confusión sobre el tiempo transcurrido; recogía los fragmentos para hacerlos casar. Había visto a su médico, el de verdad, el que lo había atendido desde el principio, y que de nuevo se había mostrado amabilísimo. Su criado entraba y salía de puntillas, poniendo cara de que él ya se lo había esperado todo por anticipado. Más de una vez dijo algo sobre aquel joven caballero tan inteligente. Lo demás era vaguedad, cuando no desesperación. Empero, la vaguedad era explicable teniendo en cuenta sus sueños, angustias en sopor, de las que finalmente emergió para percibir nítidamente un cuarto oscuro y la luz de una tamizada vela.

—Volverá a estar del todo bien; ahora sé todo lo referente a usted —dijo cerca de él una voz, que reconoció como la de un hombre joven. Entonces le retornó a la memoria su encuentro con el doctor Hugh. Todavía estaba excesivamente desmayado para bromear sobre ello, pero pudo percatarse, al cabo de no demasiado, de que era intenso el interés de su visitante por él—. Por supuesto no puedo asistirlo profesionalmente: usted tiene su propio médico, con quien ya he hablado y que es excelente —siguió el doctor Hugh—. Pero debe permitirme que venga a verlo en calidad de buen amigo. Simplemente he entrado

a echarle un breve vistazo antes de acostarme. Va usted marchando óptimamente, pero menos mal que estaba yo junto a usted en el acantilado. Vendré a visitarlo mañana temprano. Me gustaría poder hacer algo por usted. Quiero hacer todo lo posible. Usted ha hecho muchísimo por mí. —El joven extendió la mano, posándola sobre él; y el pobre Dencombe, percibiendo débilmente esa cálida presión, se limitó a seguir allí tendido y aceptó su devoción. No podía menos; necesitaba demasiado una ayuda.

La idea de la ayuda que necesitaba le estuvo muy presente aquella noche, que pasó en despierta calma, con una intensidad de pensamientos que fue como una reacción contra sus horas de estupor. Estaba perdido, estaba perdido, estaba perdido si no había la posibilidad de salvarlo. No temía al sufrimiento, a la muerte; ni siquiera estaba enamorado de la vida; pero había tenido una profunda manifestación de deseo. Durante esas largas horas calladas se percató de que sólo con La edad madura había alzado el vuelo; sólo aquel día, visitado por procesiones silenciosas, había identificado su reino. Había tenido una revelación de su alcance. A lo que temía era a que su reputación hubiera de fundamentarse en algo incompleto. No era de su pasado sino de su futuro de lo que propiamente quería ocuparse. La enfermedad y la vejez se aparecían ante él como espectros de ojos despiadados: ¿cómo iba a sobornar a tales augures para que le concedieran una nueva oportunidad? Ya había tenido la única oportunidad que pueden tener los seres humanos: había tenido la oportunidad consistente en poder vivir. Muy tarde cayó dormido, y cuando despertó, el doctor Hugh estaba sentado junto a su cabecera. En él, a estas alturas, ya había algo de agradablemente íntimo.

—No vaya a pensar que he suplantado a su médico —dijo—; actúo con su consentimiento. Él ha estado aquí y lo ha visto. Extrañamente, parece confiar en mí. Le he contado cómo nos conocimos usted y yo ayer por casualidad, y confiesa que tengo una prerrogativa peculiar.

Dencombe lo miró con seriedad especulativa:

—¿Cómo lo ha arreglado con la condesa?

El joven se arreboló un poco, pero se rió:

—¡Oh, no se preocupe por la condesa!

—Me dijo usted que era muy exigente.

El doctor Hugh guardó silencio unos momentos.

—Sí que lo es —dijo.

—Y la señorita Vernham es una intrigante.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo lo sé todo. ¡Hay que saberlo todo para poder escribir decentemente!

—Creo que es una loca —precisó el doctor Hugh.

—Bien, pero no se pelee con la condesa; en la actualidad le es de gran ayuda a usted.

—No me peleo —repuso el doctor Hugh—. Pero no me entiendo bien con las mujeres tontas. —Enseguida agregó—: Usted parece muy solo.

—Eso pasa mucho a mi edad. He sobrevivido, pero he tenido pérdidas por el camino.

El doctor Hugh vaciló; pero al fin, superando su leve escrúpulo, inquirió:

—¿A quién ha perdido?

—A todos.

—¡Ah, no! —protestó el joven, poniéndole una mano sobre el brazo.

—Tuve esposa, tuve un hijo. Mi esposa murió al nacer mi hijo, y a mi hijo, cuando aún iba al colegio, se lo llevaron unas fiebres tifoideas.

—¡Ojalá hubiese estado yo allí! —dijo con sinceridad el doctor Hugh.

—¡Bueno, está usted aquí! —respondió Dencombe con una sonrisa que, a pesar de la penumbra, traslució cuánto le gustaba su posibilidad de estar seguro del paradero de su acompañante.

—Usted habla de su edad extrañamente. No es usted viejo.

—¿Hipócrita tan pronto?

—Digo fisiológicamente.

—Así es como he estado hablándome a mí propio en los últimos cinco años, y eso exactamente es lo que me decía. ¡Y es que sólo cuando somos viejos comenzamos a decirnos que no lo somos!

—Pero yo también me digo a mí propio que soy joven —declaró el doctor Hugh.

—¡Y no sabe usted tan bien como yo con cuánta razón! —se rió el paciente, cuyo visitante desde luego admitió el hecho en cuestión, a juzgar por la rotundidad con que trocó su razonamiento de partida, comentando que debía de ser uno de los encantos de la vejez —por lo menos si se poseía una alta distinción— el sentir que uno se ha esforzado y ha triunfado. El doctor Hugh empleó la manida expresión sobre el haberse ganado el descanso, y con ella hizo que, por un momento, el pobre Dencombe casi se irritara. Sin embargo, éste se rehízo para explicar, con suficiente claridad, que si él mismo, por desdicha, no conocía nada de tal bálsamo, sin duda era porque había malgastado años preciosos. Desde el principio se había consagrado a la literatura, mas había tardado toda una vida en ponerse a la altura de ese arte. Sólo en aquel momento, al fin, había empezado a *entender*; así que lo hecho hasta ahora no había sido sino un conjunto de movimientos ingobernados. Había madurado demasiado tarde y tenía un temperamento tan torpe que únicamente había logrado aprender a fuerza de errores.

—En ese caso, yo prefiero sus capullos a las rosas abiertas de los demás, y sus errores a los aciertos de los demás —dijo galantemente el doctor Hugh—. Lo admiro por sus errores.

—Feliz usted: usted no discierne —le replicó Dencombe.

Consultando su reloj, el joven se había levantado; dijo a qué hora de la tarde regresaría. Dencombe lo amonestó para que no se comprometiera con tanta exactitud, y nuevamente exteriorizó todo su miedo de estar haciéndolo descuidar a la condesa, de estar quizá haciéndolo incurrir en su disgusto.

—Quiero ser como usted: ¡quiero aprender a fuerza de errores! —repuso riendo el doctor Hugh.

—¡Tenga cuidado de no cometer uno demasiado grave! De todas suertes, regrese —añadió Dencombe, con el atisbo de una nueva idea.

—¡Debería usted tener más vanidad! —El doctor Hugh hablaba como si supiera cuál era la dosis exacta requerida para hacer normal a un literato.

—No, no; sólo debería tener más tiempo. Quiero otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad?

—Quiero una prórroga.

—¿Una prórroga? —El doctor Hugh repetía otra vez las palabras de Dencombe, que, por lo visto, lo habían impresionado.

—¿No comprende? Quiero más de eso que se llama vida.

El joven, en son de despedida, había tomado la mano del paciente, la cual aferró la suya propia con cierta fuerza. Se miraron intensamente un momento.

—Usted *tiene* ganas de vivir —dijo el doctor Hugh.

—No sea frívolo. ¡Esto es demasiado serio!

—¡Usted *vivirá!* —afirmó el visitante de Dencombe, tornándose pálido.

—¡Ah, así está mejor! —Y mientras el doctor se retiraba, el enfermo se recostó agradecido, con acuitada risa.

Todo aquel día y la noche inmediata se preguntó si no se podría conseguir eso. Volvió su médico habitual, su criado estuvo muy atento, pero fue a su joven confidente y amigo a quien se encontró solicitando mentalmente. Su desmayo en el acantilado estaba plausiblemente explicado, y se prometía su restablecimiento para el futuro, a condición de una prudencia más rigurosa; mientras tanto, empero, la fijeza de sus meditaciones lo mantenía inmóvil y lo tornaba indolente. La idea que lo trabajaba no era menos absorbente por tratarse de una mera fantasía enfermiza. Ahí estaba un inteligente hijo de la época, ingenioso y apasionado, que daba la casualidad de haberlo considerado digno de la veneración de los buenos degustadores. Este servidor de su altar estaba investido de toda la nueva sabiduría de la ciencia y de toda la vieja reverencia de la fe; por consiguiente, ¿no podría poner su conocimiento al servicio de su empatía y su habilidad al servicio de su cariño? ¿No se podía confiar en que él inventaría un remedio para un pobre artista a cuyo arte había rendido homenaje? Si no se podía, la alternativa era penosa: Dencombe habría de capitular ante el silencio, sin ser ni vindicado ni intuido. El resto del día y todo el día siguiente jugueteó en secreto con esa dulce y fútil preocupación. ¿Quién obraría para él el milagro sino el joven que podía combinar tanta lucidez con tanta pasión? Pensó en los cuentos de hadas científicos y se

embelesó hasta olvidar que buscaba una magia que no era de este inundo. El doctor Hugh era una aparición sobrenatural, y eso mismo significaba que estaba por encima de las leyes naturales. Éste iba y venía mientras su paciente, incorporado en la cama, lo seguía con ojos anhelantes. El interés de haber conocido al gran autor había hecho que el joven hubiese vuelto a empezar *La edad madura*, pues aquel hecho lo ayudaría a encontrar mayor riqueza de sentido en sus páginas. Dencombe le había desvelado qué era lo que había “intentado”; el doctor Hugh, pese a toda su inteligencia, había sido incapaz de percatarse de ello en una primera lectura. La desconcertada celebridad se preguntó entonces quién en el mundo sería capaz de percatarse; por enésima vez le hizo gracia el modo cabal y craso en que podía malentenderse una “intención”. Sin embargo, no estuvo dispuesto a ponerse a vilipendiar indiscriminadamente la mentalidad común, por consolador que ello hubiera sido en el pasado: la revelación que había tenido de su propia torpeza sembraba convertir toda estupidez en algo sagrado.

Algún tiempo después, el doctor Hugh se mostró visiblemente agitado, terminando por confesar, ante las preguntas, un motivo de preocupaciones en su vida “doméstica”.

—Siga unido a la condesa, no se preocupe por mí —dijo Dencombe, repetidamente; pues su acompañante fue suficientemente explícito sobre la actitud de la voluminosa señora. Era tan celosa que había caído enferma: la ofendía tamaño quebrantamiento de la fidelidad debida. Pagaba tanto por la lealtad de él que había de tenerla entera: le negaba el derecho a mostrar otras simpatías, lo acusaba de maquinarse para dejarla morir sola, pues innecesario era comentar para cuán poco servía ante una emergencia la señorita Vernham. Al manifestar el doctor Hugh que la condesa ya se habría marchado de Bournemouth si él no la hubiese hecho quedarse en cama, el pobre Dencombe le apretó el brazo más fuerte y dijo con determinación—: Llévesela sin pérdida de tiempo.

Habían salido juntos hasta el abrigado rincón donde, tan recientemente, se habían conocido. El joven, que había dado apoyo con su propia persona a su acompañante, declaró con énfasis que sentía limpia su conciencia: podía montar dos caballos a la vez. ¿Acaso no soñaba, para su porvenir, con una época en que tendría que montar a la vez quinientos? Con parejo anhelo de virtud, Dencombe contestó que en esa edad dorada ningún paciente pagaría para contratarle su exclusiva atención. Por parte de la condesa, ¿no era lícito su absolutismo? El doctor Hugh lo negó, diciendo que no había habido ningún contrato, sino únicamente un acuerdo amistoso, y que para un espíritu libre era imposible un servilismo sórdido; por si fuera poco, le gustaba hablar de arte, y ése fue el tema en que entonces,

sentados los dos juntos en el banco soleado, trató primordialmente de involucrar al autor de *La edad madura*. Dencombe, volviendo a elevarse un poco con las débiles alas que le prestaba la convalecencia y obsesionado todavía por esa esperanzadora idea de un salvamento organizado, encontró un nuevo filón de elocuencia en defender la causa de una cierta y esplendorosa “manera final”: la ciudadela misma, como se demostraría, de su reputación, la fortaleza en que iba a congregarse su verdadero tesoro. Mientras su oyente le concedía toda la mañana y el gran mar tranquilo semejaba detenerse a escuchar, él tuvo un maravilloso rato de explicación. Incluso a su propio juicio estuvo él inspirado al describir en qué consistiría su tesoro: los metales preciosos que excavaría de la mina, las raras joyas, los collares de perlas que colgaría de las columnas de su templo. Estuvo prodigioso a su propio ver, por la densidad con que se agolparon sus convicciones; pero más prodigioso estuvo al ver del doctor Hugh, quien le aseveró, no obstante, que las mismísimas páginas que había publicado recientemente estaban ya incrustadas de gemas. No por ello dejó de anhelar el joven las combinaciones venideras, y, poniendo por testigo al hermoso día, le renovó a Dencombe el compromiso de que su profesión se haría responsable de otorgarle tal vida. Entonces, de pronto, se llevó velozmente la mano al bolsillo del reloj y solicitó venia para ausentarse media hora. Dencombe esperó allí a que regresara, mas por último lo hizo volver a la realidad la aparición de una sombra humana en el suelo. La sombra resultó ser la de la señorita Vernham, la damisela de compañía de la condesa; al reconocerla, Dencombe se dio tan clara cuenta de que venía a hablar con él, que se levantó del banco y permaneció así para agradecerle semejante cortesía. Lo cierto es que la señorita Vernham no se mostró especialmente cortés: parecía extrañamente atribulada y ahora su carácter era inequívoco.

—Perdone que le pregunte —dijo— si será demasiado esperar que sea posible persuadirlo para que deje tranquilo al doctor Hugh. —Y luego, antes de que Dencombe, hondamente turbado, pudiera protestar, agregó—: Debe usted saber que está estorbándolo, que puede ocasionarle un perjuicio terrible.

—¿Quiere decir dando motivo para que la condesa prescinda de sus servicios?

—Haciéndola desheredarlo. —Ante esto, Dencombe quedó pasmado, y la señorita Vernham prosiguió, gustosa de comprobar que era capaz de producir toda una impresión—: Ha dependido de él obtener algo muy conveniente. Ha tenido unas perspectivas magníficas, pero creo que usted ha logrado echarlas a perder.

—No a sabiendas, se lo aseguro. ¿No hay esperanzas de que se pueda

enmendar el desaguizado? —preguntó Dencombe.

—Ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Le entran prontos, se deja ir; es su forma de ser. No tiene parientes, es libre de disponer a su gusto de su dinero, y está muy enferma.

—Lamento muchísimo saberlo —balbució Dencombe.

—¿No le sería posible a usted marcharse de Bournemouth? Es eso lo que he venido a pedirle.

El pobre Dencombe se dejó caer en el banco:

—Yo también estoy muy enfermo, ¡pero lo intentaré!

La señorita Vernham siguió allí inmóvil con sus descoloridos ojos y la brutalidad de su buena conciencia.

—¡Antes de que sea demasiado tarde, se lo ruego! —dijo; y tras esto le volvió la espalda para desaparecer de su vista, deprisa, como si hubiera sido un asunto al que no hubiese podido consagrar más que un minuto de su precioso tiempo.

Ah, claro, después de aquello, Dencombe se sintió muy enfermo, naturalmente. La señorita Vernham lo había trastornado con sus vehementes noticias feroces: para él había sido un choque por demás duro descubrir lo que estaba en juego para un joven sin dinero y de excelentes cualidades. Se quedó temblando en su banco, mirando fijamente la inmensa extensión del agua, sintiéndose deshecho por aquel golpe directo. De cierto que estaba demasiado débil, demasiado vacilante, demasiado asustado; pero haría el esfuerzo de marcharse, pues no estaba dispuesto a cargar con la culpabilidad de interferir, y realmente estaba en entredicho su honor. Se volvería tambaleante a su alojamiento, en cualquier caso, y entonces pensaría qué hacer. Volvió al hotel y, por el camino, tuvo una vislumbre caracterizadora del motivo fundamental del comportamiento de la señorita Vernham. La condesa odiaba a las mujeres, por supuesto, Dencombe lo veía clarísimo; así que la desposeída pianista carecía de esperanzas personales y sólo podía consolarse con el audaz plan de ayudar al doctor Hugh, ora fuera para casarse con él después de que él obtuviese el dinero, ora para inducirlo a reconocer el derecho de ella a una recompensa, que él pagaría para quitársela de encima. Si ella se había portado con él como amiga en una crisis fecunda, él verdaderamente se sentiría obligado a no olvidarse de ella, como hombre de delicadeza, y ella sabía qué esperar sobre esa base.

En el hotel, el criado de Dencombe se empeñó en que su señor volviera a la cama. El enfermo había hablado de coger un tren y había empezado a impartir órdenes para hacer las maletas; tras lo cual sus alterados nervios sucumbieron a una sensación de desfallecimiento. Consintió en ver a su médico, al cual se mandó inmediatamente a buscar, mas deseó que se entendiera bien que su puerta estaba irrevocablemente cerrada para el doctor Hugh. Se había forjado un plan, que era tan espléndido que se regocijó con él después de volverse a la cama. El doctor Hugh, encontrándose desdeñado repentina e inmisericordemente, renovarí­a su vasallaje a la condesa por natural disgusto y para alegría de la señorita Vernham. Cuando llegó su médico, Dencombe se enteró de que tenía fiebre y de que eso era preocupante: había de cultivar la calma y procurar no pensar, si le era posible. Durante el resto del día trató de conseguir la estupidez; pero hubo una aflicción que lo mantuvo lúcido: la del probable sacrificio de su "prórroga", el punto final de su trayectoria. Su consejero médico estaba cualquier cosa menos contento: las sucesivas recaídas eran un mal augurio. Lo exhortó a obrar con mano dura y quitarse de la cabeza al doctor Hugh: ello contribuiría sumamente a su tranquilidad. Ese intranquilizador nombre no volvió a ser pronunciado en su cuarto, pero su tranquilidad era tan sólo temor reprimido, y quedó puesta en peligro por un telegrama, recibido a las diez de esa noche, que su criado abrió y le leyó y que llevaba la firma de la señorita Vernham junto a una dirección de Londres. "Imploro use toda influencia para hacer nuestro amigo reunirse con nosotras mañana por la mañana. Condesa muchísimo peor por terrible viaje, pero todo puede salvarse aún". Las dos mujeres habían hecho de tripas corazón y aquella tarde habían sido capaces de una rencorosa revuelta. Se habían dirigido a la capital, y aunque la de más edad, como comunicaba la señorita Vernham, estaba muy enferma, deseaba dejar claro que era no menos inexorable. El pobre Dencombe, que no era inexorable y, sinceramente, sólo quería que todo "se salvara", envió ese mensaje directamente al alojamiento del joven, y a la mañana siguiente tuvo la alegría de saber que éste se había ido de Bournemouth en un tren temprano.

Dos días después, el doctor Hugh entró arrolladoramente en la habitación con un ejemplar de una revista literaria en la mano. Había vuelto porque lo trabajaba un gran afán de tener noticias suyas y por el placer de mostrarle la grandiosa recensión de La edad madura. Ahí por fin había algo apropiado, a la altura de la ocasión: era una aclamación, una reparación, un deseo por parte de la crítica de poner al autor en la hornacina que limpiamente se había ganado. Dencombe lo aceptó y se sometió: no hizo objeciones ni preguntas, pues habían retornado viejos achaques y había pasado dos días atroces. Estaba convencido no sólo de que ya nunca volvería a levantarse de la cama, de modo que era

perdonable dejar entrar a su joven amigo, sino también de que sería muy poco lo que requeriría de la paciencia de quienes lo atendían. El doctor Hugh había estado en Londres, y en sus ojos trató Dencombe de encontrar alguna señal de que la condesa se había apaciguado y de que el heredamiento estaba a buen recaudo; mas lo único que en los mismos pudo ver fue la luz de su juvenil alegría por dos o tres frases de la revista. Dencombe no se hallaba en condiciones de leerlas, pero cuando su visitante se empeñó en repetírselas más de una vez, fue capaz de hacer un gesto negativo con la cabeza sin dejarse embriagar:

—¡Ah, no son ciertas, pero lo habrían sido referidas a lo que pude hacer!

—Lo que alguien “pudo hacer” es primordialmente lo que en realidad hizo —objetó el doctor Hugh.

—Primordialmente sí, ¡pero yo he sido todo un idiota! —dijo Dencombe.

El doctor Hugh se quedó; se aproximaba raudamente el desenlace. Dos días después, Dencombe le comentó, a título del más endeble de los chistes, que ya no habría segunda oportunidad que valiese. Ante esto el joven lo miró con fijeza; seguidamente exclamó:

—¡Pero sí la ha habido, sí la ha habido! ¡La segunda oportunidad ha sido para el público, la oportunidad de encontrar un modo de abordarlo a usted, de encontrar la perla!

—¡Ah la perla! —suspiró desasosegado el pobre Dencombe. Una sonrisa tan fría como un atardecer invernal se insinuó en sus contraídos labios al añadir—: ¡La perla es lo que quedó sin escribir, la perla es lo que no tiene impurezas, lo ausente, lo perdido!

Desde ese momento estuvo cada vez menos lúcido, a ojos vistas inconsciente de lo que acaecía a su alrededor. Su enfermedad era decididamente letal, de unos efectos tan implacables, tras la breve tregua que le había permitido confraternizar con el doctor Hugh, como una vía de agua en un gran buque. Hundiéndose constantemente, aunque su visitante, hombre de extraños recursos, ahora cordialmente aprobados por su médico, mostraba infinita pericia en defenderlo del dolor, el pobre Dencombe no se percataba de atenciones ni de descuidos, ni traslucía síntomas de sufrimiento o de agradecimiento. Pero hacia el final sí dio una señal de haberse percatado de que había habido dos días en que el doctor Hugh no había aparecido por su cuarto, señal que consistió en abrir de improviso

los ojos para preguntarle si había pasado ese paréntesis con la condesa.

—La condesa ha muerto —dijo el doctor Hugh—. Yo ya sabía que en unas circunstancias dadas no resistiría. He ido para visitar su tumba.

Los ojos de Dencombe se abrieron más:

—¿Le ha dejado a usted “algo muy conveniente”?

Al joven se le escapó una risa casi demasiado frívola para hallarse en una habitación de agonía.

—Ni un penique. Me maldijo en redondo.

—¿Lo maldijo? —musitó Dencombe.

—Por abandonarla. La abandoné *por usted*. Tuve que elegir —explicó su acompañante.

—¿Elegió usted dejar escapar una fortuna?

—Elegí aceptar las consecuencias de mi entusiasmo, cualesquiera que fueren —sonrió el doctor Hugh. Luego, como una ocurrencia todavía más jocosa, agregó—: ¡Al diablo la fortuna! Es culpa de usted si no puedo olvidarme de sus obras.

El tributo inmediato a su humorada fue un largo gemido azorado; tras del cual, durante muchas horas y muchos días, Dencombe quedó postrado, sin movimiento y como ausente. Una respuesta tan radical, semejante vislumbre de un resultado definitivo y semejante sensación de reconocimiento actuaron conjuntamente en su ánimo y, desencadenando una extraña conmoción, alteraron y transfiguraron su desesperación lentamente. Lo abandonó la sensación de fría sumersión, pareció flotar sin esfuerzo. Este incidente fue extraordinario como aviso, y arrojó una luz más intensa. En su postrer momento, él le hizo una seña al doctor Hugh para que lo escuchara, y, cuando éste estuvo arrodillado junto a su almohada, lo hizo acercarse mucho.

—Usted me ha convencido de que es todo una vana ilusión.

—No su gloria, mi querido amigo —balbució el joven.

—No mi gloria... ¡lo que haya de ella! La *verdadera* gloria consiste en... en haber sido puesto a prueba, haber tenido una pequeña calidad y haber ejercido un pequeño hechizo. Lo importante es haber conseguido que alguien se sintiera interesado. Ocurre que usted está loco, pero ello no afecta esta verdad.

—¡Usted es un gran triunfo! —dijo el doctor Hugh, imprimiéndole a su joven voz toda la vibración de unas campanas de boda.

Dencombe se quedó asimilándolo; luego hizo acopio de fuerzas para hablar otra vez:

—Una segunda oportunidad: ésa es la vana ilusión. Jamás ha habido más que una. Trabajamos a ciegas; hacemos lo que podemos; damos lo que tenemos. Nuestra duda es nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra misión. Todo lo demás no es sino la demencia del arte.

—Aunque haya usted dudado, aunque haya desesperado, siempre ha “logrado” —alegó finamente su visitante.

—He logrado alguna que otra cosilla —concedió Dencombe.

—Alguna que otra cosilla lo es todo. Es lo factible. ¡Es *usted!*

—¡Cuán conmovedor! —suspiró irónicamente el pobre Dencombe.

—Pero es la pura verdad —insistió su amigo.

—Es la pura verdad. La frustración es lo que no cuenta.

—La frustración es tan sólo un hecho de la vida —dijo el doctor Hugh.

—Sí, es lo que desaparece. —Al pobre Dencombe apenas si se lo oyó, pero con sus palabras había sellado el final definitivo de su primera y única oportunidad.

EL ALTAR DE LOS MUERTOS

Sentía el pobre Stransom un desagrado mortal hacia los pequeños aniversarios, y aún le desagradaban más cuando tenían pretensiones aparatosas. Las celebraciones y las simulaciones le eran penosas por igual, y sólo una de aquéllas encontró un hueco en su vida. A su manera, un año tras otro, él había guardado la fecha de la muerte de Mary Antrim. Tal vez resultaría más exacto decir que aquella fecha lo había guardado *a él*; por lo menos lo había guardado, a rajatabla, de hacer otra cosa. Se apoderó de él una vez y otra con una mano cuyo aferramiento el tiempo había conseguido suavizar, pero no anular. Se acicalaba para esta conmemoración de forma casi tan esmerada como se habría acicalado para la mañana de su boda. El matrimonio había tenido, desde hacía mucho, muy poco que ver al respecto: para la muchacha que iba a haber sido su desposada no hubo jamás abrazo nupcial. Había muerto de fiebre maligna después de señalado el día del casamiento, y él había perdido, antes de haberlo gustado con plenitud, un cariño que había prometido llenar su vida hasta los bordes.

Habría resultado inexacto, así y todo, decir que su vida podía ser enteramente despojada de aquella buenaventura: todavía la regía un fantasma pálido, todavía la gobernaba una presencia soberana. No había sido hombre de numerosas pasiones, y pese a los muchos años transcurridos, ningún sentimiento se había hecho más poderoso en él que el de encontrarse de duelo. No había necesitado ni sacerdote ni altar que lo legitimasen como viudo para siempre. Muchas cosas había hecho en su existencia; las había hecho prácticamente todas, menos una: jamás, jamás había olvidado. Había procurado meter dentro de su vida todo cuanto podía tener habitación en ella, pero había fracasado a la hora de hacer de la misma algo más que una casa cuya señora se hallaba ausente eternamente. Y cuando más ausente la sentía era en aquel día pertinaz de diciembre que su constancia había terminado por dotar de un carácter de singularidad. No tenía ningún propósito predeterminado de conmemorarlo, pero sus nervios siempre lo hacían completamente suyo. Ineludiblemente lo arrastraban adelante sin tregua, pues el destino de su peregrinación era distante. Ella había sido enterrada en un suburbio de Londres, que por entonces había sido una parte del corazón de la naturaleza, pero al cual él había ido viendo perder uno tras otro todos sus rasgos de frescor. En realidad, los momentos en que menos veían sus ojos el lugar eran cuando estaba allí en persona. Miraban a otra imagen, se abrían a otra luz.

¿Miraban a un futuro probable? ¿Miraban a un pasado imposible? Independientemente de cuál fuese la contestación, la suya era una evasión inmensa de lo presente.

Cierto es que, aunque para él no había otras fechas que ésta, sí había otros recuerdos; y para cuando George Stransom tuvo cincuenta y cinco años, los recuerdos de esa índole se habían multiplicado en gran manera. En su vida había otros fantasmas, aparte el de Mary Antrim. Es posible que él no hubiese padecido más pérdidas que la mayoría de los hombres, pero había recontado más sus pérdidas; no había visto más de cerca a la muerte, pero la había sentido, en cierto modo, más hondamente. Poco a poco había adquirido el hábito de enumerar sus Muertos: desde muy temprano en su vida se le había ocurrido que uno tiene que hacer algo por ellos. Estaban presentes en su esencia intensificada y simplificada, en su ausencia perceptible y en su paciencia expresiva, estaban presentes de un modo tan palpable como si lo único que les hubiese sucedido fuese que se hubiesen quedado mudos. Cuando se disipaba toda impresión de sentirlos y cesaba todo ruido de ellos, no parecía sino que su purgatorio se encontrase realmente en la tierra; era tan poco lo que pedían, que obtenían, pobrecillos, aún menos, y volvían a morir —se morían todos los días— por el duro trato que la vida les dispensaba. No les tenían organizado un servicio, no tenían lugar reservado, ningún honor, cobijo ni seguridad. Hasta las gentes menos generosas proveían para los vivos, pero ni tan siquiera aquéllos que eran considerados generosísimos hacían nada por los Otros. Por eso, pues, en George Stransom había ido fortaleciéndose con los años la premeditación de que por lo menos él mismo sí haría algo, vale decir, lo haría por los suyos, llevando a cabo esta gran caridad irrefrechablemente. Cada hombre tenía los suyos, y cada hombre disponía, para cumplir con esta caridad, de los amplios recursos del alma.

Indudablemente era la voz de Mary Antrim la que mejor hablaba en nombre de los Muertos de él; comoquiera que fuese, a medida que los años fueron pasando, él se encontró en comunión normal con aquellos compañeros pospuestos, con aquéllos a quienes llamaba siempre en su fuero interno los Otros. Él les reservaba los momentos, él organizaba la caridad. Probablemente, jamás habría sabido decir cómo había surgido aquello, mas lo que en verdad había surgido era un altar, que se había formado en sus espacios espirituales, tal que estaba al alcance de cualquiera, iluminado con cirios perpetuos y consagrado a aquellos ceremoniales secretos. Antiguamente, él se había preguntado, con cierta gravedad, si tenía religión... pues estaba muy seguro, y no poco satisfecho, de que al menos no tenía la religión que ciertas personas a quienes había conocido querían que tuviese. Para él fue allanándose gradualmente esa duda: fue comprendiendo con

claridad que la religión imbuida por sus sentimientos esenciales era simplemente la religión de los Muertos. Ella convenía a sus inclinaciones, satisfacía a su espíritu, daba a su piedad ocasión de emplearse. Respondía a su amor por los grandes oficios, por los rituales solemnes y espléndidos, pues no había sagrario que pudiese estar mejor engalanado, ni rito más majestuoso, que aquéllos a los cuales estaba unida su adoración. Él no tenía ninguna filosofía acerca de todo esto, salvo que eran cosas accesibles a cualquiera que sintiese la necesidad de las mismas. Hasta los más pobres podían edificar tales templos espirituales: podían hacer que brillasen con velas y humeasen con incienso, podían adornarlos de cuadros y de flores. Usando una frase común, el coste de mantenerlos era totalmente sufragado por el corazón generoso.

2

Aquel año, casualmente en la víspera de su aniversario peculiar, recibió una conmoción que estuvo no poco relacionada con esa vertiente de los sentimientos. Al ir caminando hacia su casa después de un día atareado, lo detuvo en la calle de Londres el efecto llamativo que producía el escaparate de una tienda que alumbraba con su mercenaria sonrisa la oscura atmósfera tediosa, y ante el cual había paradas varias personas. Era el escaparate de un joyero cuyos brillantes y zafiros parecían reír, en destellos cual altas notas de sonido, con el simple júbilo de ser conscientes de “valer” mucho más que la mayor parte de los viandantes lamentables que los contemplaban anhelosos desde el lado exterior del ventanal. Stransom se detuvo allí lo bastante para suspender del hermoso cuello de Mary Antrim un collar de perlas, y luego se quedó un instante más, retenido por haber oído una voz que le resultaba familiar. A su lado había una mujer anciana que mascaba, y al otro lado de la anciana un caballero que llevaba del brazo a una dama. La voz procedía de éste, de Paul Creston, quien le hablaba a la dama sobre algún objeto precioso que había en el escaparate. Justo cuando Stransom lo reconoció, la vieja que tenía a su lado se alejó de allí; pero exactamente al presentársele tal oportunidad lo arremetió una sensación desconcertante que contuvo su mano en el momento en que iba a tocar el brazo de su amigo. Duró sólo unos segundos, mas fueron unos segundos que bastaron para que cruzase por su cerebro una pregunta perpleja: ¿No estaba la señora Creston *muerta*? La perplejidad lo había invadido en el breve lapso de oír la voz del marido de ésta utilizando un tono tan conyugal como el que más, y de ver cómo la pareja se

apoyaba el uno en el otro. Creston, dando un paso para ver mejor algo, se aproximó, lo miró a él y se llevó una sorpresa, pasando a saludarlo con jovialidad: hecho éste cuyo efecto, al pronto, no fue sino dejar a Stransom mirando pasmado simplemente, mirando hacia el pasado, al través de meses, a otro semblante distinto, a otro semblante completamente distinto, del que el pobre hombre acababa de mostrarle: a la borrosa máscara estragada inclinada sobre una tumba abierta junto a la cual habían estado ambos. Ahora aquel hijo de la aflicción no estaba de luto: separó la mano de la de su acompañadora para estrechar la del viejo amigo. Se arreboló y sonrió en la fuerte luz de la tienda, en tanto Stransom levantaba dubitativamente el sombrero ante la dama. Stransom tuvo el tiempo justo de ver que era guapa antes de quedar boquiabierto ante otro hecho más siniestro: su amigo le dijo “Mi querido amigo, permíteme que te presente a mi esposa”.

Creston se había ruborizado balbuceando al decirlo, pero en cuestión de medio minuto, gracias al ritmo que imprimen en sus relaciones los miembros de la buena sociedad, aquello había pasado virtualmente a mutarse, para Stransom, en el mero recuerdo de una impresión desagradable. Permanecieron allí y rieron y charlaron; Stransom había alejado instantáneamente de sí aquella impresión, guardándosela para su posterior consumo en privado. Tuvo la sensación de estar haciendo muecas, se escuchó a sí propio exagerar las fórmulas de cortesía, mas era consciente de hacerlo con cierta consternación. Aquella mujer, aquella comedianta alquilada, ¿podía ser la señora Creston? Para él la señora Creston había permanecido más viva que cualquier mujer, a excepción de una. Esta esposa de ahora tenía una cara que resplandecía tan públicamente como el escaparate del joyero, y la satisfecha despreocupación con que ostentaba su monstruosa personalidad daba una impresión de inmodestia torpe. La personalidad de la esposa de Paul Creston resultaba monstruosa por razones que Stransom estaba en condiciones de pensar que su amigo sabía perfectamente que él conocía. La feliz pareja acababa de regresar de Estados Unidos, aunque Stransom no habría tenido ninguna necesidad de que se lo dijiesen para adivinar la nacionalidad de la dama. En cierto modo, ahondó más ese aire de estupidez que la azorada cordialidad de su amigo fue incapaz de ocultar. Stransom recordaba haber oído decir que el pobre Creston había cruzado el océano, estando aún reciente su viudedad, en pos de lo que las personas en tales trances suelen denominar un pequeño cambio. Y de hecho había encontrado el pequeño cambio, y había regresado con el mismo; era ese pequeño cambio lo que tenía delante y que Stransom, por mucho que lo intentase, no podía dejar de mirar de arriba a abajo y de abajo a arriba en forma igual a la de un asno concienzudo, a la par que mostraba sus grandes dientes incisivos superiores. Ellos iban a entrar en la tienda, declaró la señora Creston, y

solicitó del señor Stransom que los acompañase y los ayudase a decidir. Éste le dio las gracias, pero abrió su reloj y alegó una cita para la cual ya llegaba tarde, conque se separaron mientras ella le gritaba desde dentro de la niebla:

—¡Y no se olvide usted de venir a visitarme cuanto antes!

Creston había tenido la delicadeza de no sugerirle semejante cosa, y Stransom confió en que a su amigo le doliera en alguna parte oír cómo ella lanzaba su invitación a todos los ecos.

Tomó la resolución, mientras se alejaba caminando, de no acercarse a ella en la vida. Ella era quizá un ser humano, pero Creston no habría debido exhibirla por ahí sin precauciones, de hecho no habría debido exhibirla en modo alguno. Las precauciones que habría debido tomar eran las de un falsificador o un asesino, y así el pueblo inglés no habría tenido que pensar jamás en extradiciones. Aquella era una esposa para servicio extranjero o puramente para uso externo; un poco de reflexión prudente le habría ahorrado el desmedro de tener que ser sometida a comparaciones. Tales fueron las primeras meditaciones de la indignación de George Stransom; pero un poco más tarde, aquella noche, estando sentado solo — tenía ciertas horas que pasaba solo —, perdió su acritud y le quedó únicamente la pena. Él sí podía consagrarle una velada a Kate Creston, ya que el hombre a quien ésta había dado todo no podía. Él la había tratado durante veinte años, y fue ella la única mujer por la cual quizás habría sido infiel. Era toda sabiduría y simpatía y encanto; su hogar le había parecido el más acogedor del mundo y su amistad la más firme. Sin reticencias, él la había amado; sin reticencias, todos la habían amado: ella había levantado a su alrededor las pasiones tal como la luna levanta las mareas. Desde luego había sido demasiado buena para su marido, cosa que éste no sospechó jamás, y en nada se había mostrado ella tan admirable como en el arte exquisito con que trató de que nadie lo averiguase (el mantener al propio Creston en la ignorancia no era problema). Era éste un hombre a quien ella había consagrado su vida y por quien la había dado, muriendo al traer al mundo un hijo suyo; y ella no había tenido más que morir para sufrir el destino, antes de que encima de su sepultura hubiera brotado la hierba, de no existir para él más que una criada que él hubiese sustituido. Lo frívolo, lo indecente del caso, hizo que los ojos de Stransom desbordaran de lágrimas; y aquella noche tuvo la firme, casi pletórica sensación de que, en un mundo sin lealtad, él mismo era la única persona con derecho a mantener bien erguida la cabeza. Después de cenar, mientras fumaba, tenía sobre el regazo un libro, pero lo que no tenía era atención para leerlo; en el torbellino de las cosas, sus ojos parecían haber captado los de Kate Creston, y contemplaban sus tristes silencios. Hacia él se había vuelto el sentiente

espíritu de ella, sabiendo que él estaría pensando en ella. Él reflexionó, durante largo rato, acerca de cómo los cerrados ojos de las mujeres muertas podían seguir viviendo; acerca de cómo podían abrirse de nuevo, dentro de un apacible cuarto iluminado por una lámpara, mucho después de haber mirado por vez última. Tenían miradas que sobrevivían, tal como los grandes poetas tienen los versos que suelen citarse.

Junto a su asiento estaba el periódico, vale decir, el objeto que llegaba cada tarde y que la servidumbre juzgaba que le era imprescindible; lo había desdoblado maquinalmente y luego lo había dejado caer, sin tener conciencia para lo que en él venía. Antes de acostarse volvió a tomarlo; esta vez fue atraído por la media decena de palabras de que constaba la cabecera de un artículo y que lo hicieron dar un respingo. Permaneció junto a la chimenea mirando fijamente dichas palabras: “Defunción de Sir Acton Hague, K. C. B.”^[1] Aquel hombre había sido, hacía diez años, su amigo del alma y fue depuesto de esta eminencia dejándola virtualmente sin nadie que la ocupase. Se había visto con él alguna vez después de su ruptura, pero en este preciso momento llevaba varios años sin encontrárselo. Se quedó mortalmente frío, pese a estar allí delante del fuego, leyendo lo que le había ocurrido. Acton Hague, que en los últimos tiempos había sido ascendido al gobierno de las Islas de Barlovento, había muerto, en el árido honor de esta expatriación, debido a una enfermedad que había seguido a la picadura de un ofidio venenoso. El periódico sintetizaba su carrera en doce renglones, cuya lectura no despertó en George Stransom un sentimiento más cálido que el de alivio ante la ausencia de toda mención relativa a su querrela, incidente éste que, cuando se produjo, fue desdichadamente emponzoñado con una intolerable publicidad, por estar ambos metidos juntos en asuntos de primera magnitud. De hecho había sido pública, a su propio modo de ver, la ofensa que Stransom había sufrido, el insulto que inmerecidamente había recibido del único hombre con quien había sido íntimo (el amigo, casi adorado, de sus años universitarios, el destinatario, más adelante, de su lealtad apasionada); tan pública, que no había hablado sobre la misma a criatura humana; tan pública, que la había soslayado por completo. Para él había cambiado las cosas en el sentido de aniquilar su fe en la amistad íntima, si bien no las había cambiado en ningún otro. El conflicto de intereses había sido privado, intensamente privado; pero la afrenta perpetrada por Hague había estado a la vista de todos. Hoy pareció que todo aquello había tenido lugar exclusivamente con objeto de que George Stransom pensase en él como “Hague” y para que midiese con exactitud hasta qué punto podía él mismo parecerse a una piedra. Se acostó frío, impensada y horriblemente frío.

Al día siguiente, por la noche, en el gran suburbio gris, se dio cuenta de que su largo paseo lo había fatigado. Solitario, en el melancólico cementerio, había estado de pie una hora. Al regresar había tomado, inconscientemente, un camino tortuoso; era todo un desierto por donde ningún cochero circulaba buscando presa posible. Se detuvo en una esquina y midió la soledad; después sacó en consecuencia, por la desolación circundante, que se encontraba en uno de los tramos de Londres que resultaban menos lóbregos de noche que de día, debido al civil donativo de la iluminación. De día, allí no había nada, pero de noche estaban los faroles, y George Stransom se hallaba de un humor que hacía a los faroles buenos en sí mismos. No era que con ellos viese nada; tan sólo era que ardían con claridad. Para su sorpresa, empero, al cabo de un rato, sí vio que le mostraban algo: el arco de un ancho pórtico al cual se ascendía mediante una breve escalinata, al fondo del cual —formaba un oscuro vestíbulo— el alzar de una cortina en el momento en que él estaba mirando, le concedió un atisbo de una avenida de tinieblas con un resplandor de cirios al fondo. Se entregó a mirar con mayor detenimiento y discernió que se trataba de una iglesia. Con rapidez lo acometió la idea de que puesto que estaba cansado podía descansar allí adentro; conque al cabo de un instante ya había empujado la cortina guarnecida de cuero y entrado. Era un templo de la vieja fe, donde patentemente acababa de celebrarse alguna ceremonia, a lo mejor un oficio de difuntos: el altar mayor se hallaba aún glorioso de velas encendidas. Era éste un espectáculo que siempre le agradaba, y se dejó caer en un banco con satisfacción. Le pareció, como no se lo había parecido jamás, que era bueno que hubiese iglesias.

Ésta se hallaba casi vacía y sus demás altares estaban apagados; un sacristán iba y venía arrastrando los pies, una vieja carraspeaba, pero a Stransom se le antojó que había hospitalidad en la dulce atmósfera espesa. ¿Era únicamente el aroma del incienso o era algo más categórico y penetrante? Comoquiera que fuese, él ya había salido del gran suburbio gris y se hallaba más cerca de la acogedora zona céntrica. Enseguida cesó de sentirse allí como un intruso; por último conquistó incluso una sensación de comunidad con la única adoradora que tenía cerca, con la sombría silueta de una mujer, de luto riguroso, cuya espalda era lo único que veía él desde su sitio y que se había sumido profundamente en plegarias a corta distancia suya. Deseó poder hundirse, como ella, hasta lo más hondo, y permanecer igual de

inmóvil, igual de absorto en su postración. Tras unos instantes cambió de banco: resultaba casi una indelicadeza prestarle tanta atención a ella. Mas, a continuación, Stransom se dejó perderse en sus meditaciones, flotando lejos en el mar de luz. Si ocasiones como aquella hubiesen sido más abundantes en su vida, habría tenido más presente el gran prototipo original, erigido en miríadas de templos, del altar inaproximable que él había erigido en su alma. Dicho altar había principiado como una reverberación de las pompas de las iglesias, pero el eco había acabado por ser más nítido que el sonido originario. Ahora el sonido originario recobraba fuerza, el prototipo mismo le brillaba con todos sus fuegos y con un misterio de luminosidad en el cual podían resplandecer infinitos significados. Mientras estaba allí sentado, la cosa se convirtió en su altar idóneo y cada vela encendida en un idóneo símbolo. Contó las velas, fue dándoles un nombre, las agrupó mentalmente: representaban el silencioso desfile de sus Muertos. Todos ellos juntos formaban una luminosidad intensa e inmensa, una luminosidad en comparación con la cual la minúscula capilla de su fuero interno empequeñeció hasta hacerse tan imperceptible que, cuando se le volatilizó finalmente, Stransom se preguntó si no hallaría su bienestar genuino en realizar algún acto material de adoración exterior.

Esta idea se apoderó de él mientras, a cierta distancia, seguía postrada la dama de luto; se emocionó sosegadamente con su propia ocurrencia, que acabó haciéndolo ponerse en pie con el súbito entusiasmo de un designio. Recorrió cuidadosamente el espacioso templo, examinando las diversas capillas, consagradas todas ellas, menos una, a devociones concretas. Y fue en la que carecía de destino y de lámpara donde permaneció más tiempo: el lapso de tiempo que tardó en pergeñar cabalmente su propósito de adornarla con su bondad. No planeó excluirla de otros ritos ni asociarla con nada profano; se limitaría a tomarla tal como se la cedieren para convertirla en una obra maestra de esplendor y en una montaña de fuego. Cuidada durante todo el año con un sentido sacro, y rodeada de la santificadora iglesia, estaría dispuesta siempre para sus oficios. Había dificultades, pero desde el principio se le aparecieron como cosas superables. Aun para una persona tan escasamente acolita como él, aquel asunto sería tan sólo cuestión de negociaciones. Lo vio todo por adelantado, vio en particular el refugio de claridad que aquel lugar se tornaría para él en las treguas de su trabajo y en la oscuridad de los atardeceres: con una rica seguridad en todo momento, pero de modo especial en contraste con el indiferente mundo. Antes de partir determinó acercarse de nuevo al banco donde se había sentado inicialmente, y mientras se dirigía hacia el mismo se topó con la dama a quien había visto orando y que ahora iba camino de la puerta. A paso presuroso se cruzó ella con él, quien pudo echar nada más que una rápida ojeada a su pálida faz y a sus ojos abstraídos, casi se habría dicho que ciegos. Durante aquel fugaz instante, ella le pareció frágil y bella.

Tal fue el origen de los ritos un tanto más públicos, aunque de cierto aún esotéricos, que él pudo establecer finalmente. Tardó mucho tiempo, tardó un año, y lo mismo su tramitación que su resultado habrían constituido —para quien hubiese tenido noticia— una vivida ilustración de su buena fe. A decir verdad, nadie tuvo noticia: nadie fuera de los benignos eclesiásticos con quienes prontamente había trabado relación, cuyas objeciones había logrado rebatir con suavidad, cuya curiosidad y simpatía había dejado encantadas mañosamente, cuyo interés hacia su excéntrica munificencia había conquistado, y que habían requerido concesiones a cambio de conformidad. Ya desde la primera etapa de su solicitud, Stransom había sido lógicamente remitido al obispo, y el obispo se había mostrado deliciosamente humano; el obispo había llegado casi a sentirse divertido. El éxito estaba a la vista, en cualquier caso, desde el momento en que la actitud de aquéllos a quienes competía se había mostrado liberal en respuesta a la liberalidad. El altar y la sagrada caparazón que casi lo envolvía, consagrados a un culto ostensible y normal, serían mantenidos con esplendidez; lo único que Stransom se arrogaba era el número de sus luces y el libre disfrute de su intención. Cuando esta intención se vio completamente realizada, el disfrute resultó mayor aún de lo que se había atrevido a esperar. Le gustaba pensar en aquel efecto cuando se hallaba lejos, y le gustaba convencerse otra vez del mismo cuando se hallaba cerca. De hecho, no estaba tan cerca y con tanta frecuencia que una visita al mismo no tuviese forzosamente algo de la paciencia de una peregrinación; pero el tiempo que le dedicaba a su devoción llegó a antojársele más una contribución a sus restantes intereses que una traición a ellos. Incluso una vida atareada podía resultar más llevadera si se le agregaba una necesidad novedosa.

Cuánto más llevadera resultaba, posiblemente jamás lo barruntasen aquéllos que estaban simplemente enterados de que había ratos en que él desaparecía y para muchos de los cuales ocasionaba aquello una interpretación vulgar de lo que acostumbraban denominar sus zambullidas. Estas zambullidas eran a profundidades más tranquilas que las de las hondas cavernas marinas, y tal costumbre, al cabo de uno o dos años, se le había convertido en algo que le habría costado muchísimo abandonar. Ahora sí que sus Muertos tenían algo inalienablemente propio; y le gustaba pensar que a veces quizá recibieran incluso las oraciones de otras personas, así como también se podría invocar a los Muertos de otras personas bajo los auspicios de lo que él había montado. Se le antojaba que cualquiera que hacía una genuflexión sobre la alfombra que él había colocado, obraba acorde con el espíritu de su intención. Para él cada una de sus luces tenía un nombre, y de tiempo en tiempo se encendía una nueva luz. Ése era el acuerdo fundamental a que había llegado; que siempre habría espacio para otras. Todo cuanto veían quienes cruzaban por allí, o los que se detenían, era el más

resplandeciente de los altares despertado inopinadamente a un vivo funcionamiento, con un apacible hombre maduro, para quien tenía un patente hechizo, numerosas veces sentado allí en admiración o en ensoñación; pero la mitad de la fascinación que aquel lugar tenía para aquel satisfecho y misterioso feligrés era que encontraba allí los años de su vida, y los vínculos, afectos, luchas, sumisiones, conquistas, si las había habido, un registro del azaroso trayecto cuyas inscriptas piedras miliarias son los inicios y los finales de relaciones humanas. En general, el pasado le gustaba muy poco como parte de su propia historia; su propia historia en otros tiempos y otros lugares le parecía preponderantemente lamentable para meditar sobre ella, e imposible de reparar; pero allí la aceptaba con algo de ese sincero agrado con que uno se ajusta a un dolor que empieza a sucumbir ante el tratamiento. En un momento dado la enfermedad de la vida empieza a sucumbir al tratamiento del tiempo; y sin duda eran aquéllas las horas en que él caía más en la cuenta de esta verdad. Allí estaba, inscripto para él el día en que por vez primera se había familiarizado con la muerte, y las fases ulteriores de ese conocimiento estaban señaladas cada una con una llama.

Las llamas iban haciéndose abundantes, pues Stransom había entrado ya por ese oscuro desfiladero de nuestra decadencia terrenal en que cada día muere alguien. Ayer mismo, como quien dice, Kate Creston había encendido su correspondiente blanca llama... y, sin embargo, ya había estrellas más recientes ardiendo en la punta de las velas. Distintas personas en las cuales no había sido intenso su interés, se acercaron más a él ingresando en esta compañía. Él la repasó, cabeza a cabeza, hasta sentirse algo así como el pastor de un congregado rebaño, con una visión, propia de todo un pastor, de las diferencias imperceptibles. Conocía una por una sus velas, hasta en el matiz de la llama, y las habría conocido aunque todas hubiesen cambiado sus respectivas ubicaciones. Para otras imaginaciones, ellas podían representar otras cosas: todo cuanto él exigía era que representasen algo que fuera dable venerar; pero tenía intensa conciencia de la nota particular que cada una de ellas representaba para él y del modo diferenciado con que cada una contribuía al concierto. Ratos había en que se sorprendía a sí mismo casi deseando que determinados amigos suyos se murieran de una vez, a fin de poder así establecer con ellos una relación más grata de lo que era, en realidad, hacedero tener con ellos en vida. En lo tocante a aquéllos de quienes estaba separado por las largas curvas del globo, semejante nueva relación no podía menos que suponer una mejora: se los ponía inmediatamente al alcance de la mano. Claro está que había omisiones en la constelación, pues Stransom sabía que únicamente podía pretender actuar por sus seres queridos, y no todos sus conocidos que habían fallecido tenían derecho a un recuerdo. En la muerte había una peculiar santificación, pero había personas que resultaban más santificadas

olvidándolas que conmemorándolas. El mayor espacio en blanco de la reluciente página era el recuerdo de Acton Hague, del cual él trataba inveteradamente de desembarazarse. Ninguna llama podría jamás arder, en ningún altar suyo, para Acton Hague.

4

Todos los años marchaba a la iglesia el día en que regresaba del gran cementerio, tal como lo había hecho el día en que nació su idea. Y fue en tal ocasión precisamente, habiendo discurrido ya un año, cuando empezó a observar que su altar era visitado con asiduidad no menor que la suya por otro devoto. Otros fieles y en el resto de la iglesia, iban y venían, y en ocasiones, al desaparecer, dejaban una remembranza nítida o borrosa; pero esta reiterada presencia era observada por él siempre que llegaba, y seguía allí cuando él se marchaba. Quedó maravillado, ya la primera vez, de la prontitud con que para él cobró determinada identidad: la identidad de la mujer a quien dos años antes, en su aniversario, había visto tan intensamente prosternada, y de cuyo trágico rostro había tenido una tan pasajera visión. Dado el tiempo que había transcurrido, era curiosa la precisión de su recuerdo de ella. Naturalmente, ella no había tenido impresión alguna de él, o más bien no había tenido ninguna al principio; mas llegó un momento en que la manera que ella tenía de realizar su acto sugería que gradualmente había adivinado que la llamada que experimentaba él era del mismo orden que la suya propia. Se servía del altar de él para su propia finalidad; él no podía menos que figurarse que, desdichada y solitaria como siempre le había parecido, lo empleaba por sus propios Muertos. Había interrupciones, infidelidades, todas por parte de él, llamadas a otras relaciones y deberes; pero a medida que pasaban los meses, siempre que volvía la encontraba a ella, y acabó por hallar placer en el pensamiento de haberle proporcionado, con el altar, la misma felicidad que se había dado a sí propio. Ambos realizaban sus actos de veneración con tanto menudeo el uno junto al otro, que había momentos en que él habría deseado tener la certidumbre de aquello, tan clara se aparecía la perspectiva de que se harían viejos al mismo tiempo en sus ritos. Ella era más joven que él, pero se habría dicho que sus Muertos eran como mínimo tan numerosos como las velas de Stransom. Ella no tenía color, ni sonido, ni falta, y otra de las cosas sobre las cuales él había formado criterio era que tampoco tenía fortuna. Siempre de luto, con seguridad que había experimentado una sucesión de dolores. Pensándolo bien, no era pobre

la gente a la cual podían alcanzar tantas desgracias: eran decididamente ricos cuando tanto habían tenido para dar. Pero, de todos modos, el aire de esta mujer absorta y devota, que tenía siempre, cualquiera que fuese su postura, una hermosa línea natural, llevó a Stransom a la convicción de que había conocido más de una índole de congojas.

Stransom tenía gran amor por la música aunque muy poco tiempo para gozar de la misma; pero en ocasiones, una vez que el trabajo diario se veía suspendido los fines de semana, se acordaba de que en la vida había cosas bellas. También tenía amigos que le recordaban esto y junto a los cuales solía encontrarse sentado durante los conciertos. En una de esas tardes dominicales de invierno, en el St. James's Hall, después de ya sentado, advirtió que la dama a quien veía tantísimas veces en la iglesia se hallaba en el asiento contiguo al suyo y que estaba patentemente sola, cosa que también le ocurría a él en aquella ocasión. Al principio ella se hallaba demasiado concentrada en la lectura del programa para prestarle atención a él, pero cuando por fin lo miró, él aprovechó la oportunidad de su movimiento para hablarle, interpellándola con el comentario de que le parecía haberla visto ya anteriormente. Ella sonrió y dijo: "Oh, sí; lo reconozco a usted"; pese a admitir de esta guisa un largo conocimiento, se trataba de la primera vez que él la veía sonreír. El efecto fue de, súbitamente, contribuir más a aquel conocimiento de lo que lo habían hecho todas las anteriores ocasiones en que habían coincidido. Hasta ahora él no había "caído", según se dijo a sí propio, en que fuese tan hermosa. Más tarde, aquella noche (mientras rodaba en un cabriolé para cenar fuera de casa), agregó para sus adentros que no había caído tampoco en que ella fuese tan interesante. A la mañana siguiente, en mitad de su trabajo, lo embargó repentina y obstrusivamente la reflexión de que la impresión que de ella tenía, iniciada tanto tiempo atrás, no parecía sino un río serpenteante que al fin hubiese llegado al mar.

De hecho, su laboriosidad se vio algo interferida, todo aquel día, por la sensación de lo que había pasado entre ellos. Esto no era mucho, y sin embargo cambiaba las cosas. Juntos habían escuchado a Beethoven y a Schumann; habían conversado en los intermedios, y al final, ya en la puerta, hacia la cual se habían dirigido juntos, él le había preguntado si podía serle útil en el problema de marcharse. Ella le había dado las gracias pero había abierto el paraguas, deslizándose entre la multitud sin hacer una sola alusión a un futuro encuentro y dejándolo que pudiera acordarse de que no se había pronunciado ni una palabra acerca del escenario habitual de sus coincidencias. A él esta circunstancia le parecía tan pronto lógica como perversa. Ella tenía perfecto derecho a no haber aceptado en modo alguno que él tuviera permiso para dirigirle la palabra; y sin embargo, en

tal caso, él juzgaba que sería mujer poco educada. Resultaba extraño que aun cuando, en realidad, nadie los había presentado el uno al otro, él hubiese sido capaz de dar tranquilamente por sentado que en cierto modo ya eran viejos amigos, que, extrañamente, esa cantidad negativa era más positiva de lo que ellos mismos podían explicar. Su éxito, es cierto, había sido restringido por la rápida huida de ella, de tal guisa que brotó en él un singular deseo de poner mejor a prueba tal éxito. Salvo que se viera ayudado por alguna otra improbable casualidad, dicha prueba sólo podría realizarse encontrándola de nuevo en la iglesia. De haber pensado sólo en sí propio habría ido a la iglesia aquella misma tarde, únicamente por la curiosidad de ver si la encontraba allí. Mas no pensaba sólo en sí propio, hecho que descubrió en el último instante, después de haber tomado ya prácticamente la resolución de ir. En verdad, la renuencia que acabó por mantenerlo alejado le hizo patente lo poco que sus Muertos abandonaban sus pensamientos. Él debía ir únicamente por ellos, y por nada más en el mundo.

La magnitud de esta influencia lo mantuvo alejado diez días: le repugnaba asociar aquel lugar con otra cosa que no fuera sus oficios, o poner de manifiesto la curiosidad que había estado a punto de hacerlo ir. Era absurdo tejer una maraña sobre asunto tan sencillo como el de una costumbre devota que fácilmente habría podido ser diaria y aun horaria; pero la maraña se tejió. Se dolió, se lamentó: no parecía sino que se hubiese roto un prolongado hechizo venturoso y él hubiese perdido una seguridad habitual. Al cabo, empero, se preguntó si iba a mantenerse eternamente alejado por temor a aquella mezcla de móviles. Después de un intervalo ni más largo ni más corto que lo corriente, volvió a entrar en la iglesia con la firme convicción de que apenas si le concedería importancia a la presencia o a la ausencia de la dama del concierto. Su ánimo indiferente no le impidió, sin embargo, observar que ella, por primera vez desde que él se percatara de su frecuentación, no estaba en el lugar. A tenor de esto, él no tuvo reparo en darle tiempo a que llegase; pero ella no llegó, y cuando él se marchó sin haberla visto, marchaba profana y consentidoramente pesaroso. Si la ausencia de ella hacía más intrincada la maraña, toda la culpa era de ella. Hacia finales de ese año la maraña presentaba un intrincamiento exagerado; pero para entonces ya se había persuadido de que la dama no le importaba en absoluto, y de que sus escrúpulos nacían exclusivamente de su delicadeza. Tres veces en tres meses había ido a la iglesia sin encontrarla, y tuvo el pensamiento de que no habrían sido menester estos experimentos para probar que su preocupación había desaparecido. Y sin embargo, incongruamente, no había sido la indiferencia, sino un refinamiento de su buena educación, lo que le había impedido preguntarle al sacristán, quien desde luego la habría reconocido inmediatamente al darle una descripción de ella, si había sido vista a otra hora. Su buena educación le había impedido hacer jamás

preguntas acerca de ella, aunque por supuesto era esa misma virtud lo que lo había hecho mostrarse tan elegantemente atento con ella en el concierto.

Ahora le sirvió nuevamente aquella feliz cualidad, permitiéndole, cuando ella cruzó su mirada con la de él —era después del cuarto experimento—, resolverse sin vacilación a quedarse hasta el momento de que ella se retirase. No bien salió ella, él se le unió en la calle, pidiéndole permiso para acompañarla algún trecho. Con la plácida aquiescencia suya la acompañó hasta un edificio de la vecindad en el cual ella tenía asuntos: ella lo informó de que no era allí donde vivía. Vivía, según le dijo, en una casa muy pobre, con una anciana tía, persona acerca de la cual lo hizo saber que le ocasionaba un incremento de sus obligaciones cotidianas y sus deberes monótonos. Esta enlutada sobrina no se encontraba en su primera juventud, y su desaparecida lozanía había dejado paso a algo que, para Stransom, era una prueba de que ella había sido trágicamente sacrificada. Las respuestas que ella le dio, se las dio sin aclaraciones concretas. Igualmente podía ser una duquesa divorciada que una solterona que enseñaba a tocar el arpa.

5

Adquirieron por fin la habitud de caminar juntos casi todas las veces que se encontraban, si bien, durante mucho tiempo, sólo se encontraron en la iglesia. Él no podía pedirle que fuese a visitarlo, y ella, cual si no dispusiera de un domicilio apropiado para recibirlo, nunca invitó a su casa a su nuevo amigo. Ella conocía la parte elegante de Londres tanto como él, pero, debido a un sentimiento indiscutido de asunto privado, la que frecuentaban era la región que no figuraba en el mapa social. Al regreso lo hacía separarse de ella siempre en la misma esquina. Como pretexto para una pausa, miraba con él los tristes artículos de los escaparates suburbanos; y ni una sola palabra de todo lo que él le habló dejó ella de comprenderla hermosamente. Durante evos enteros él no supo su nombre, del mismo modo que ella no estuvo en condiciones de pronunciar el de él; pero no eran sus nombres lo importante, sino sus irreprochables prácticas y compartida necesidad.

Estas cosas daban a sus relaciones un título tan impersonal, que carecían de las reglas y de los motivos que la gente halla en las amistades corrientes. No daban importancia alguna a las cosas que en las relaciones mundanas se suponen

ineludibles. Un día terminaron formulando la idea (nunca supieron cuál de los dos la verbalizó primero) de que no se interesaban en absoluto el uno por el otro. Y sobre esta idea se hicieron sumamente íntimos: se apegaron a ella de un modo que selló un comienzo nuevo en sus confidencias. ¿Dónde iban a hallar seguridad alguna si el sentir hondamente a la par sobre ciertos temas completamente distintos de ellos mismos no la representaba? Ni con ligereza ni con frecuencia, ni sin pertinencia ni sin emoción, más o menos como cualquier otra alusión hecha por personas serias sobre un misterio de su propia fe; pero cuando ocurrió alguna cosa que, por así decirlo, allanó el camino, llegaron casi hasta el extremo de referirse a sus respectivos Muertos utilizando los nombres propios de éstos. Tuvieron la sensación de que eso fue acercarse en demasía a manifestar su pensamiento. La palabra “ellos” era lo bastante expresiva: restringía el mencionar, tenía una dignidad suya peculiar, y si alguien los hubiese oído cuando la mezclaban en sus conversaciones, habría podido tomarlos por una pareja de arcaicos paganos que con respeto se refiriesen a los dioses del lar. Nunca supieron —por lo menos, Stransom no lo supo nunca— de qué modo habían llegado a tener seguridad absoluta el uno en el otro. La certidumbre de cada uno de ellos sobre los motivos del otro para acudir allí había venido de alguna bella manera enigmática. Al fin y al cabo, toda fe tiene el instinto del proselitismo, conque resultaba tan natural como hermoso el que, sin esfuerzo, ambos hubiesen encontrado placer en la idea de sentirse correligionarios. Aunque cada uno de ellos tenía en el otro un único prosélito, ello había resultado suficiente para el caso. Sin embargo, la deuda de ella era, desde luego, mucho mayor que la de él, porque si ella le había dado simplemente una fiel, él le había dado a ella un magnífico santuario. En una ocasión, ella le dijo que lo compadecía por lo largo de su lista (había contado las velas casi con tanto menudeo como él), y esto hizo que él se preguntase cuál sería el largor de la suya. Anteriormente, él se había notado asombrado de la coincidencia de sus pérdidas, máxime considerando que de tiempo en tiempo se colocaba una nueva vela. Una vez, algo lo indujo a expresar esta curiosidad, y ella le respondió como llena de sorpresa viendo que él no la había entendido hasta ahora:

—Oh, por lo que a mí respecta, sepa usted, cuantas más sean, mejor: jamás habrá demasiadas. Me gustaría que fuesen centenares y centenares, me gustaría que fuesen millares; me gustaría una gran montaña de luz.

Entonces, como en un relámpago, naturalmente que él comprendió:

—¡Su Muerto es únicamente Uno!

Ella titubeó como no había titubeado nunca.

—Sólo Uno —confirmó, azorándose como si él supiera ahora un secreto celosamente guardado.

Lo cierto es que él tuvo la sensación de saber ahora menos que antes, de tan difícil como le resultaba figurarse una vida con una única experiencia que hubiese volatilizado todas las demás. Su propia vida, en torno a su pesar central, había sido bastante rica en experiencias. Tras eso pareció que ella lamentaba su confesión, a despecho de que en el momento de hacerla había habido orgullo en su turbación misma. Ella le manifestó que la de él había sido la más grandiosa, la más anhelable posesión, la suerte que ella habría elegido si hubiese podido elegir; le aseveró poder imaginarse perfectamente algunos de los ecos con que los silencios de él estaban poblados. Él sabía que ella no podía hacer nada semejante; la relación que uno mismo tiene con las cosas que ha amado u odiado era una relación demasiado distinta de las relaciones de los demás. Pero eso no alteraba en nada el hecho de que ambos iban haciéndose viejos conjuntamente en su piedad. Ella era una faceta de esa piedad, pero incluso en la más granada etapa de su mutua amistad, durante la cual se ponían de acuerdo para reunirse en un concierto o para ir juntos a una exposición, no era la faceta de ninguna otra cosa. Lo más que ocurrió es que su veneración se tornó aún más intensa. Fueron muriendo los amigos hasta que llegó un momento en que hubo más emblemas en su altar que casas en que él podía aún entrar. Para él, ella era más que cualquier otro de los amigos que aún le quedaban, pero era desconocida para todos los demás. En una ocasión en que se había dado cuenta de una estrella nueva —así las llamaban— empleó la expresión de que la capilla estaba por fin llena, y Stransom le replicó:

—¡Oh, no, para ello falta una gran cosa! La capilla no estará nunca completa hasta que en ella se coloque una vela ante la cual empalidecerán todas las demás. Será la vela más alta de todas.

El suave asombro femenino se volcó hacia él:

—¿A qué vela se refiere usted?

—Me refiero, mi querida amiga, a la mía propia.

Tras muchas dilaciones él se había enterado de que ella se ganaba el sustento con la pluma, escribiendo con un pseudónimo que ella nunca le reveló para publicaciones que él no vio jamás. Demasiado bien sabía ella qué era lo que él no

era capaz de leer y lo que ella no era capaz de escribir, conque lo enseñó a cultivar la falta de curiosidad con un éxito que contribuyó mucho a sus buenas relaciones. La invisible industria de ella suponía una fuente de bienestar para él: consolidaba sus satisfechos pensamientos acerca de ella, pensamientos basados en la dignidad de la orgullosa vida anónima que ella llevaba con su arte escasamente remunerado y en su humilde hogar impenetrable. Perdida junto a su parienta valetudinaria en el oscuro mundo de los suburbios, era en lugares distantes donde ella surgía para él a la superficie. Realmente era la sacerdotisa de su altar, y en cuantas ocasiones él abandonaba Inglaterra lo dejaba al cuidado suyo. De nuevo ella le probó que las mujeres poseen más espíritu religioso que los hombres; le parecía que su propia fidelidad al altar era pálida y tenue en comparación con la de ella. Muchas veces él le decía que puesto que le quedaba tan poco tiempo de vivir, se alegraba de que a ella le quedara mucho más: así de intensamente lo satisfacía el pensar que ella continuaría ocupándose del templo cuando él fuese reclamado. Él tenía un gran plan para ello y por supuesto se lo participó: un legado de dinero para conservar el templo en un estado igual. Ella sería superintendente para la administración de aquel fondo, y si se sentía movida a ello podía incluso encender una vela para él.

—Y ¿quién se encargará de encender otra para mí? —le preguntó ella muy seriamente.

6

Ella siempre vestía de luto, y, sin embargo, el día en que él regresó de la ausencia más larga que hasta entonces había hecho, el aspecto femenino le dijo inmediatamente que ella había sufrido una nueva pérdida. Se encontraron en el momento en que ella abandonaba la iglesia, conque él le propuso sin vacilación que, en vez de entrar él en la iglesia, daría media vuelta y la acompañaría. Ella lo meditó y después le dijo:

—Entre usted ahora, pero luego salga y visíteme dentro de una hora.

Él conocía el pequeño panorama de la calle de ella, cerrada al final y tan desesperanzadora como un bolsillo vacío, donde las casas, minúsculas y destartaladas, por parejas, medio separadas pero indisolublemente unidas, semejabán matrimonios mal avenidos. No obstante, por muchas veces que hubiera

ido hasta su inicio, nunca había pasado de allí. La tía de ella había muerto: lo adivinó inmediatamente, así como que ello cambiaba las cosas; pero cuando ella hubo revelado por vez primera su número, él se sintió, cuando ella se separó de él, no poco agitado ante aquella súbita liberalidad. Ella no era persona con quien, al fin y al cabo, avanzase uno tan rápidamente: meses y meses había tardado él en saber su nombre; años y años en saber su dirección. Si ella le había parecido, en este reencuentro, tan envejecida, ¿cómo diantres le parecería él a ella? Ella acababa de alcanzar el período de la vida al cual él había llegado hacía bastante tiempo: un período en que, tras cada separación, la cara marcada del reloj del amigo con el cual nos encontramos nos proclama la hora que hemos tratado de olvidar. Él no habría sabido decir lo que se esperaba cuando, al finalizar su plazo de espera, dobló la esquina en que, durante años, siempre había debido detenerse; el no detenerse ahora, era ya motivo suficiente de emoción. Era un acontecimiento, de una u otra forma; y nada semejante se había producido jamás en todo su largo trato. El acontecimiento se hizo mayor cuando ella, cinco minutos más tarde, en la tenue elegancia de su saloncito, le dispensó trémula una bienvenida que patentizó hasta qué punto le concedía importancia. Él tenía una extraña sensación de haber acudido allí para algo concreto; dicha sensación era extraña porque, literalmente, entre ellos nunca había habido nada especial, nada excepto que ambos sentían al unísono respecto de su gran devoción, la cual hacía tiempo que se había convertido en una magnífica cosa rutinaria. Ciertamente es que en cuanto ella le dijo: “Ahora ya puede usted venir siempre”, pareció que la cosa para la cual él había acudido allí había ocurrido ya. Él le preguntó si la muerte de su tía era lo que representaba la diferencia; a lo que ella contestó:

—Mi tía no supo nunca que yo lo conocía a usted. Fue un expreso deseo mío.

El hermoso claror de su sinceridad —su marchita belleza personal se asemejó a un crepúsculo de verano— quitó a aquellas palabras toda sensación de engaño. Habrían podido antojársele un síntoma de profundo disimulo; pero ella siempre le había dado una impresión de nobles motivos. La tía desaparecida estaba presente, cuando él miró alrededor suyo, en los modestos lujos de la habitación, en el terciopelo con mostacilla y el tabí listado; y pese a que, como ya sabemos, él vivía en la veneración de los Muertos, tuvo la sensación de no lamentar de manera drástica la ausencia de aquella anciana. Sin embargo, aunque aquella anciana no figurara en su larga lista, sí figuraba en la breve lista de su sobrina, conque, a continuación, Stransom la hizo notar que al menos ahora ella tendría, en el lugar que visitaban juntos, otro objeto más de devoción.

—Sí: tendré otro, pues mi tía fue muy bondadosa conmigo. Eso sí representa una diferencia.

Él juzgó, haciéndose muchas preguntas antes de iniciar ningún nuevo movimiento, que, extrañamente, el cambio sería grandísimo, y que consistiría en otras cosas aparte la de haberlo dejado entrar en su casa. Casi lo deprimió, pues hasta entonces, tal como se comportaban, habían sido felices juntos. En cualquier caso, obtuvo de ella una insinuación de que ahora dispondría de más holgados medios de subsistencia, pues había heredado el pequeño caudal de su tía, así que en adelante consumiría ella sola lo que anteriormente había tenido que bastar para las dos. Aquello alegró a Stransom, porque hasta entonces le había sido parejamente imposible ofrecerle ayuda económica o sentirse satisfecho conteniendo su bolsillo. Había resultado sumamente violento permanecer de aquella manera al lado de ella, habida cuenta de que él nadaba en la abundancia y, sin embargo, le era imposible hacer alardes de generosidad, ya que, paladinamente, tal decisión habría constituido un paso en falso. Empero, la mejora en la situación femenina sólo parecía alejar transitoriamente la soledad del futuro de ella. Tal mejora la dejaría vivir más y más para su pequeño ceremonial mutuo, pero ello en un momento en que él, que lo había instituido, había empezado a pensar tristemente que quizá él mismo desaparecería pronto. Después de que ambos estuvieran algún rato en el apagado saloncito, ella se incorporó y dijo:

—Ésta no es *mi* habitación. Pasemos a ella.

Únicamente tuvieron que cruzar el estrecho vestíbulo, pero él sintió que pasaba a otro ambiente íntegramente distinto. Una vez que ella hubo cerrado la puerta del segundo cuarto, como lo denominó ella, él sintió que por fin la poseía por completo. Aquel lugar tenía el ímpetu de la vida: la expresaba a ella; sus paredes rojo oscuro hablaban mediante recuerdos y reliquias. Eran éstas cosas sencillas: fotografías y acuarelas, trozos de escritura enmarcados y fantasmas de flores embalsamadas; pero a él le bastó un instante para percatarse de que todas tenían un común sentido. Era allí donde ella había vivido y trabajado; y a él ya le había dicho que no modificaría nada en la decoración. Él advirtió que los objetos que la rodeaban se referían primordialmente a determinados lugares y momentos... y al cabo de un instante distinguió entre todos aquellos objetos la pequeña foto de un hombre. A cierta distancia y sin los lentes sus ojos se sintieron atraídos por él sólo lo bastante para sentir una ligera curiosidad. A continuación dicho impulso lo llevó a aproximarse más y, un segundo después, se halló examinando el retrato con estupefacción y con la sensación de haber exhalado un grito. Además tuvo conciencia de mostrarle a su compañera un rostro lleno de

palidez cuando se volvió hacia ella y exclamó resollante:

— ¡Acton Hague!

Ella patentizó un asombro no menor que el suyo:

— ¿Lo conocía usted?

— Fue mi amigo de juventud, de toda mi primera hombridad. Y ¿lo conocía *usted*?

Ante esto, ella se sonrojó, y por un momento pareció como si le fallase el habla; su mirada abarcó todo cuanto había en el cuarto, y una extraña ironía asomó en sus labios cuando hizo de eco:

— ¿Que si lo conocía?

Y fue entonces cuando Stransom comprendió, mientras la habitación se le movía como el camarote de un barco, que todo cuanto allí estaba contenido lloraba por Acton Hague, que era un museo en honor suyo, que los últimos años de aquella mujer habían estado consagrados a él, y que el altar que él mismo había creado había sido tergiversado apasionadamente para dedicárselo. Exclusivamente para Acton Hague se había arrodillado ella todos los días ante el altar. ¿Qué necesidad había de una vela dedicada a él, si se hallaba presente en la totalidad del despliegue? La revelación lo abofeteó con tal fuerza en la cara, que se dejó caer en un asiento y quedó enmudecido. Rápidamente se dio cuenta de que ella estaba conmovida ante la visión de su dolorosa sorpresa, pero cuando se sentó a su lado en el sofá y le puso la mano sobre su brazo, él comprendió con casi idéntica celeridad que ella no era capaz de condolerse tanto como ella misma habría deseado.

En ese instante, él reflexionó dos cosas: una, que en todo el largo tiempo transcurrido no había llegado a conocimiento de ella nada sobre la gran intimidad de ellos y sobre su gran disgusto; la otra, que a pesar de dicha ignorancia, por

extraño que parezca, ella le había dado justificados motivos de estupor.

—¡Qué cosa tan rara que no llegáramos a descubrir esta coincidencia hasta ahora! —exclamó él enseguida.

Ella esbozó una sonrisa ajada que a Stransom se le antojó más incongrua aún que el hecho mismo:

—¡Jamás, jamás hablé de él!

Stransom tornó a pasear la mirada por la habitación:

—Y ¿cómo ha podido eso ser posible si la vida de usted se hallaba tan llena de él?

—Y ¿no podría yo hacerle esa misma pregunta? ¿No había estado también su vida llena de él?

—Como lo estaría la vida de cualquiera que hubiese pasado por la abrumadora experiencia de conocerlo. Yo no he hablado nunca de él —añadió Stransom luego de un momento— porque cometió (hace ya muchos años) una imperdonable injusticia conmigo. —Ella guardó silencio, y su invitado casi se sobrecogió al no escuchar ninguna protesta de ella, sintiendo como sentía el efecto pleno de la presencia de Acton Hague alrededor. Ella aceptó sus palabras; él volvió la mirada hacia ella para ver de qué talante las había aceptado. Con aflorantes lágrimas y con una extraordinaria delicadeza en su gesto de enlazar su propia mano con la mano masculina, fue como las aceptó. Stransom nunca había presenciado cosa tan admirable como ésta de que, en aquella habitacioncita de recuerdo y de homenaje, ella reconociese con tan exquisita dulzura que cualquier afrenta era posible procedente de Acton Hague. En el silencio tictaqueaba un reloj —probablemente se lo había regalado Hague—, y a la par que la dejaba retenerle la mano con una ternura que casi era una aceptación de responsabilidad por su antiguo dolor no menos que por el reciente, Stransom exclamó tras un instante—: ¡Santo Dios, cómo debió de portarse con usted!

Ante esto la mujer dejó la mano de Stransom, se puso en pie y, cruzando la habitación, marchó a enderezar un cuadro que él, al examinarlo, había torcido levemente. Entonces, volviéndose hacia el hombre, después de recobrar su pálida alegría, le manifestó:

—¡Yo lo he perdonado!

—Sé lo que usted ha estado haciendo —dijo Stransom—; sé lo que usted ha estado haciendo durante años. —Desde extremos opuestos del cuarto se miraron unos momentos, con su vieja comunidad de devoción en los ojos. A juicio de Stransom, para la mujer que tenía frente a sí equivalieron aquellos breves momentos a desnudar su alma en una confesión inmensa y absoluta; a renglón seguido, ella semejó haber percibido, arrebolándose súbitamente y volviendo a mudar de emplazamiento, lo que él había percibido de ella. Stransom se levantó y exclamó—: ¡Cómo ha debido usted de amarlo!

—Las mujeres no son como los hombres. Son capaces de amar incluso cuando han sufrido.

—Las mujeres son admirables —dijo Stransom—. Pero le aseguro que yo también lo he perdonado.

—De haber sabido yo cosa tan extraña, jamás habría hecho que usted viniera acá.

—¿Para que hubiésemos persistido en nuestra ignorancia hasta el fin?

—¿A qué llama usted el fin? —preguntó ella, sin dejar de sonreír.

Ante esto, él se sintió capaz de devolverle la sonrisa:

—Ya lo verá usted... cuando llegue.

Ella reflexionó un momento, y dijo:

—Quizá así sea mejor... aunque tal como estábamos antes, estábamos bien.

—Y ¿nunca hablaron ustedes de mí? —inquirió Stransom.

Meditando ella con más intensidad, no le contestó, y él comprendió velozmente que habría quedado adecuadamente contestado si ella le hubiese preguntado cuántas veces había hablado él de su terrible amigo. De pronto surgió en la faz femenina una luz más brillante, y a sus labios subió una emocionada idea al preguntarle a él:

—¿Usted lo *ha* perdonado?

—¿Cómo, si no, habría podido quedarme aquí todo este rato?

Ella se estremeció, por un momento, ante la ironía profunda aunque inintencionada de aquellas palabras; pero incluso mientras se estremecía le preguntó ilusionada:

—Entonces, ¿hay entre las luces de su altar...?

—¡No hay allí luz ninguna para Acton Hague!

Con perceptible gran decaimiento, ella se quedó mirándolo pasmada:

—Pero ¿no es él uno de sus Muertos?

—Él es uno de los Muertos del mundo... y uno de los Muertos de usted, si a usted le parece. Mis Muertos son únicamente aquéllos a quienes amé. Son míos en la muerte porque fueron míos en vida.

—Él fue de usted en vida, aunque cesase de serlo por algún tiempo. Al perdonarlo, usted volvió a él. Aquéllos a quienes en un tiempo amamos...

—Son los que pueden dañarnos más —estalló Stransom con fuerza.

—¡Ah, entonces ello no es cierto, usted *no* lo ha perdonado! —gimió ella con un apasionamiento que lo sobresaltó.

La escudriñó un momento:

—Y ¿qué fue lo que él le hizo a usted?

—¡Todo! —Y abruptamente le alargó la mano en señal de despedida—: Adiós.

Él sintió el mismo frío que sintiera la noche en que leyó la noticia de la muerte de Acton Hague:

—¿Quiere decir con esto que ya nunca más nos veremos?

—No como nos veíamos..., ¡no *allí!*

Quedó atónito ante esta ruptura del gran vínculo que los unía, ante la renuncia que vibraba en la palabra enfatizada por ella de tan terminante manera, conque le preguntó:

—Pero ¿qué es lo que ha cambiado... para usted?

Ella aguardó con toda la vividez de una turbación que, por primera vez desde que se conocieran, la revestía de una espléndida severidad:

—¿Cómo podría usted comprender ahora lo que no comprendió antes?

—No comprendí antes porque nada sabía. Ahora que sé, comprendo con qué he estado viviendo todos estos años —insistió Stransom con gran gentileza.

Ella lo miró con mayor dulzura, como si agradeciera su buena disposición. Pero le preguntó:

—¿Cómo, pues, podría yo ahora, con este conocimiento que acabo de tener, pedirle a usted que siga viviendo con ello?

—Yo fundé mi altar con múltiples intencionalidades... —empezó a decir Stransom.

Pero ella lo interrumpió vivamente:

—Usted fundó su altar, y en el momento en que mayor necesidad tenía yo de uno, lo encontré magníficamente idóneo. Me serví de su altar, profesándole la gratitud que siempre le he mostrado a usted, pues desde el principio supe que estaba dedicado a Muertos. Ya le dije, hace tiempo, que mis Muertos no eran muchos. Los de usted lo eran, ¡pero cuanto usted había hecho por ellos no resultaba excesivo para mi devoción única! Usted había colocado una gran luz para cada uno de ellos... ¡yo los reuní a todos en uno solo!

—Simplemente teníamos intenciones distintas —repuso Stransom—. Como usted dice, eso sí lo sabía yo perfectamente, y no veo razón para que sus propósitos no se vean igualmente satisfechos ahora.

—Ello es porque usted es generoso, y capaz de pensar y de entender. Pero el encanto ha sido roto.

Al pobre Stransom le pareció, pese a sus protestas, que, en efecto, había sido roto, y el porvenir se le presentó gris y vacío. Todo lo que, no obstante, se sintió capaz de decir fue:

—Espero que, antes de renunciar al altar, trate usted de seguir en él.

—De haber sabido que usted lo conocía a él de antes, yo habría dado por seguro que él tendría su vela —replicó ella sin demoranza—. Lo que ha cambiado para mí, como dice usted, es que al hacer este descubrimiento he sabido que él no la tiene. Ello vuelve *mi* veneración... —se interrumpió, como pensando de qué modo podría lograr expresar su idea, y por fin agregó sencillamente— :...totalmente importuna.

—Siga usted viniendo —suplicó Stransom.

—¿Le pondrá usted su vela? —preguntó ella.

Él tardó en hablar, aunque tardó únicamente porque sus palabras iban a parecer despiadadas, no porque hubiese vacilación alguna en sus sentimientos.

—¡No puedo hacerlo! —manifestó al cabo.

—Adiós, pues. —Y otra vez volvió a ofrecerle la mano.

Él había recibido la despedida; además de ello, en medio de la agitación de todo cuanto se le había comunicado, sentía la necesidad de recobrase, y esto sólo podía hacerlo en soledad. Empero, aguardó un momento antes de marcharse... aguardó por si ella tuviese algún acuerdo a que poder llegar, alguna atenuación que proponer. Pero sólo se encontró con sus grandes ojos llenos de tristeza, en los cuales, de hecho, leyó que ella lo lamentaba por él hasta el extremo. Esto lo movió a decir:

—Espero que, de todos modos, me permita seguir visitándola a usted.

—Oh, desde luego, venga cuando guste. Pero no creo que resulte.

Una vez más, Stransom tornó a contemplar toda la habitación; en verdad cobró conciencia de que a buen seguro no resultaría. Cada vez con mayor fuerza sintió el frío, que lo obligaba a hacer verdaderos esfuerzos para no ponerse a tiritar.

—Trataré de seguir viniendo aquí, si usted es incapaz de seguir yendo allí —repuso doloridamente. Ella salió con él hasta el vestíbulo, lo acompañó hasta el marco mismo de la puerta, y, ya aquí, él le hizo la pregunta que su propio ingenio se sentía más inepto para contestar—: ¿Por qué motivo no me permitió nunca venir a esta casa anteriormente?

—Porque mi tía lo habría visto a usted, y yo habría tenido que explicarle el

modo como lo conocí.

—Y ¿qué inconveniente habría puesto ella?

—Eso habría exigido como consecuencia otras explicaciones; por lo menos habría habido ese peligro.

—Ella sabía que todos los días iba usted a la iglesia, ¿no es así? —le dijo Stransom como objeción.

—Ella no sabía para qué iba allí.

—Entonces, ¿jamás oyó hablar de mí?

—Usted va a tomarme por embustera, pero el caso es que nunca me vi en la necesidad de serlo.

Stransom estaba ya en el último de los escalones de entrada, y su anfitriona tenía ya medio cerrada la puerta ante él. Él veía su rostro enmarcado en la abertura. Le hizo una interpelación suprema:

—¿*Qué* fue lo que él le hizo a usted?

—Mi tía habría ido a visitarlo a usted y se lo habría contado. Ese miedo de mi corazón, ¡fue mi motivo! —Y cerró la puerta, dejándolo afuera.

8

Él la había abandonado de manera inhumana: eso, sin duda, era lo que Hague le había hecho. Stransom fue coligiéndolo todo en soledad, fácilmente, juntando gradualmente las piezas sueltas y descifrando uno a uno un centenar de puntos oscuros. Ella había conocido a Hague cuando ya las relaciones de Hague con su amigo habían terminado por completo: evidentemente mucho tiempo después de ello; y era bastante lógico que ella sólo supiese de la vida anterior de aquél lo que aquél había tenido a bien comunicarle. En dicha vida había capítulos que era completamente concebible que Hague se hubiese guardado de referir aun en los instantes de más amorosa confidencialidad. De muchos hechos de la carrera

de un hombre tan público, naturalmente que todo el mundo tenía un conocimiento extenso; pero aquella mujer había vivido ignorante de los asuntos públicos, y el único periodo perfectamente claro para ella habría sido el que siguió al alborear del propio drama de ella misma. Un hombre, en el lugar de ella, habría "indagado" el pasado, habría llegado a consultar los viejos periódicos. De todas formas, seguía siendo llamativo que en su largo contacto con el compañero de su vida retrospectiva no hubiese habido ninguna casualidad; mas no había por qué darle vueltas; en realidad sí había ocurrido una, que había consistido tan sólo en que había primado la confianza. De buena fe había aceptado ella lo que Hague le había contado, y su total ignorancia con respecto a las demás relaciones de éste resultaba únicamente una simple pincelada en el cuadro de aquella sumisión que Stransom tenía poderosas razones para saber que tan gran maestro habría despertado infaliblemente.

Durante algún tiempo, dicho cuadro fue lo que únicamente vio nuestro amigo; una y otra vez se quedó sin aliento al comprender que esa mujer con la cual había mantenido por espacio de tantos años un nexo tan poético era una mujer que había sido moldeada, más o menos, precisamente por Acton Hague. Tal como estuvo allí sentada hoy, aparecía indeleblemente marcada por él. Aunque Stransom la juzgaba bondadosa y desprovista de culpa, no podía quitarse de encima la sensación de que lo habían, como quien dice, estafado. Ella lo había engañado inmensamente, a despecho de haber estado sabiéndolo tan poco como él. Todos los años recientes se presentaron en sus pensamientos como un tiempo grotescamente perdido. Tal fue por lo menos su reflexión primera; al cabo de cierto rato se encontró más indeciso y, como consecuencia, cada vez más turbado. Interpretó, recordó, reconstruyó, se imaginó él solo por su cuenta la verdad que ella había rehusado desvelarle; el efecto de lo cual fue que ella le pareciese tan sólo una persona aún más transida del propio destino de él mismo. Por entre toda aquella perplejidad, él tuvo la sensación de que el espíritu de ella era más delicado que el suyo propio, en el grado mismo en que ella había podido ser, lo había sido ciertamente, más perjudicada. Cuando a una mujer se la perjudica, sin duda se la perjudica más que a un hombre, y había elementos que garantizaban que lo menos que ella podía haber sufrido era más que el máximo de lo que él tenía que sobrellevar. Estaba seguro de que aquella infrecuente criatura no habría sufrido el mínimo. Quedó asustado ante el presentimiento de tal entrega, de tal abatimiento. Desde luego, ella había sido moldeada por manos poderosas, para haber trocado su injuria en una exaltación tan sublime. Aquel individuo no había tenido más que morir para que todo lo que en él había habido de siniestro se viese lavado como en un torrente. Era inútil tratar de adivinar lo que había ocurrido, pero nada podía estar tan claro como que había acabado por echarse la culpa a sí propia. Ella había

absuelto a Hague en todo; adoraba sus mismísimas propias heridas. De nuevo la pasión de la cual se había beneficiado Hague se dirigía impetuosa hacia éste después de su muerte, y ahora la marea de ternura, fija para siempre en su punto más alto, era demasiado profunda para alcanzar a medirla. Stransom había creído honradamente haberlo perdonado; ¡pero cuán lejos estaba de haber realizado el milagro que había realizado ella! El perdón de él era el silencio, pero el de ella era ni más ni menos que una música inexpresada. La luz que ella había pedido en su altar habría roto el silencio de Stransom con un trompetazo, mientras que todas las luces de la iglesia eran un silencio demasiado grande para ella.

Ella había señalado acertadamente la diferencia, había dicho la verdad acerca del cambio; pronto se percataría Stransom de sentirse paradójica pero inequívocamente envidioso. *Su* marea había refluído en vez de crecer: aunque él había “perdonado” a Acton Hague, tal perdón era un impulso situado sobre una base rota. El hecho mismo de que fuese ella quien insistiese en lograr de él un signo material, un signo que pusiese a su amante muerto en igualdad de condiciones con todos los demás, hacía que la concesión resultase más gravosa de lo tolerable. Él jamás se había considerado un hombre duro, pero un requerimiento exorbitante podía fácilmente convertirlo en tal. Se movió dando vueltas y vueltas alrededor del mismo, pero sólo en círculos cada vez más alejados: cuanto más lo examinaba, menos aceptable le parecía. Al mismo tiempo, no se forjaba ilusiones respecto de las consecuencias de su negativa: veía perfectamente cómo aquello podría acarrear una definitiva ruptura. Durante muchos días estuvo sin ir a verla; pero cuando al fin tornó a visitarla, esta convicción se había confirmado cruelmente. Él había dejado de ir a la iglesia durante ese lapso, y no le fue menester un nuevo rechazo para saber que ella no había acudido tampoco. El cambio no dejaba de ser completo: había quebrado la vida de ella. De hecho había quebrado también la suya, pues no le parecía sino que todas las velas de su altar se hubiesen apagado súbitamente. Se apoderó de él una gran apatía, cuyo peso era de por sí un dolor; y nunca había sabido todo lo que su devoción había significado para sí propio hasta que, en aquel conflicto, había finalizado lo mismo que una guardia que se abandona. Ni tampoco había sabido la inmensa confianza con que había contado con aquel servicio final que ahora le fallaba; lo mortal del desengaño residía en que mediante tamaño abandono se derrumbaba todo el futuro.

Aquellos días de ausencia femenina le patentizaron de qué era ella capaz; tanto más cuanto que ni por un momento pensó que ella fuese vengativa o siquiera que estuviese enojada. No lo había abandonado henchida de cólera, sino por mero sometimiento a la dura realidad, a la crudeza del destino. Esto lo comprendió él al sentarse otra vez en su compañía en el cuarto en que la voz de la difunta tía

perduraba, cual la tonalidad de un piano estropeado. Ella procuró hacerlo olvidar lo mucho que se habían alejado uno de otro; mas era imposible no sentir pena por ella en la presencia misma de aquello a que habían renunciado. Él recibía de ella mucho más que lo que ella recibía de él. De nuevo arguyó, mostrándose dispuesto a dejarla disponer del altar como si fuera suyo; pero ella se limitó a negar con la cabeza con tristeza suplicante, pidiéndole que no malgastase palabras en pro de lo imposible, lo ya extinto. ¿Es que él no veía que los ritos que él mismo había establecido daban virtualmente como resultado una compleja exclusión en lo tocante a la necesidad peculiar de ella? Ella no deploraba nada de lo pasado; todo ello había sido hermosísimo en tanto no había sabido la realidad, y lo único que sucedía era que ahora sabía demasiado y que como sus ojos habían sido abiertos, ellos dos no tenían más remedio que conformarse. Para ambos había sido desde luego una gran dicha haberse sentido juntos tanto tiempo. Se mostró gentil, resignada, agradecida; pero esto no era sino la manifestación de una profunda implacabilidad. Él se percató de sentirse invenciblemente averso a trasponer el umbral del segundo cuarto, y tuvo la sensación de que aquello solo bastaba para convertirlo en un extraño y para dar una perceptible rigidez a sus visitas. Le habría repugnado tener que volver a sumergirse en ese pozo de recordativos, si bien la alternativa de la soledad le era equiparablemente odiosa.

Después de haberla visitado tres o cuatro veces quedó profundamente desolado comprobando que la atroz consecuencia de haber sido finalmente admitido en su casa había sido la disminución de su intimidad. Cuando meramente habían paseado juntos o se habían arrodillado juntos, la había conocido mejor, había tenido mayores posibilidades de simpatizar con ella. Ahora ya no hacían sino fingir; antes habían sido noblemente sinceros. Probaron a volver a compartir sus paseos, pero éstos resultaron una mala imitación, pues desde el principio, de una u otra forma, sus compartidos paseos habían estado en relación con sus visitas a la iglesia: unas veces se habían ido caminando al salir de ella, otras habían entrado al regreso para descansar. Además, Stransom se tambaleaba ahora: no podía caminar como en otros tiempos. La omisión lo emponzoñaba todo; era cruel mutilación de sus existencias. Nuestro amigo se mostró franco y monotemático, sin hacer un misterio de sus reproches ni un secreto de su estado. La respuesta femenina, cualquiera que fuese, siempre revertía en lo mismo: era una implícita invitación a que él juzgase, ya que hablaba de estados, la gran felicidad que ella hallaba en el suyo. Por cierto que para él no había alivio ni siquiera en el lamentarse, pues cada alusión a lo que habían perdido contribuía únicamente a hacer que estuviese más presente el autor de sus dificultades. Acton Hague se interponía entre ellos, ésa era la esencia del asunto; y cuando más se interponía era cuando ellos estaban más próximos. Stransom, aunque por lo que se afanaba era

por quitarlo de en medio, tenía la rarísima sensación de pugnar por un bienestar que entrañaba aceptarlo. Hondamente atribulado a causa de lo que sabía, se sentía todavía más atormentado a causa de lo que no sabía. Absolutamente convencido de que habría sido cosa de horrenda vulgaridad hablar mal de su antiguo amigo o contarle a su compañera la historia de su pelea, aun así lo soliviantaba el que la profunda discreción de ella no le proporcionase ningún atisbo y crease la impresión de una magnanimidad superior a la suya.

Se censuró, se acusó a sí propio, se preguntó si no estaría enamorado de ella para andar preocupándose de tal modo por las aventuras que ella hubiese podido tener. Ni por un solo instante admitió estar enamorado de ella; por consiguiente, nada podía sorprenderlo tanto como el descubrir que se encontraba celoso. ¿Qué otra cosa sino los celos podía inspirar al hombre aquel dolorido anhelo ardiente de buscarle los detalles a lo que había de hacerlo sufrir? Le constaba que jamás podría obtenerlos de la única persona que, en la actualidad, estaba en condiciones de facilitárselos. Ella lo dejaba abrumarla con su mirada sombría mientras le sonreía a él con una exquisita bondad, pero sin decir una sola palabra que descubriese su propio secreto ni que intentase refutar el innegable derecho de él a la amargura. No reveló nada, no juzgó nada; todo lo aceptó, menos la posibilidad de su retorno a los viejos símbolos. Stransom adivinó que también para ella habían sido vívidamente concretos, habían simbolizado momentos determinados o rasgos individuales, eslabones de la cadena de su vida. Se aclaró perfectamente a sí mismo —así al menos lo creyó— que su propia dificultad estribaba en que la índole misma del alegato en favor de su infiel amigo exigía una negativa: el hecho de venir *de ella* constituía precisamente el impedimento al cual iba ligado. Estaba seguro de que habría estado dispuesto a escuchar la voz de la generosidad impersonal: habría transigido ante un intercesor que, hablando en nombre de la justicia abstracta, conocedor de su negativa sin haber conocido a Hague, hubiese tenido el capricho de decirle: “Ah, acuérdesse únicamente de lo mejor de él; compadézcalo; provea en favor suyo”. El proveer en favor suyo basándose precisamente en haber descubierto otra de sus villanías, no era para él compadecerlo, sino glorificarlo. Cuanto más reflexionaba Stransom, más discernía que, cualquiera que hubiese sido aquella relación personal de Hague, no había podido ser sino un engaño llevado a cabo con diestra habilidad. ¿Cuándo había salido dicha relación a la luz para que todos hubiesen podido verla? ¿Por qué él nunca había oído hablar de la misma si había tenido la franqueza de las cosas honorables? Stransom sabía bastante de los otros enredos de Hague, de sus añagazas e imposturas, por no hablar de su carácter global, para alumbrar la certeza de que se había tratado de alguna infamia. De una u otra manera, a aquella mujer la habían sacrificado despiadadamente. Y tal era el motivo de que, una y

otra vez, él se sintiera en la obligación de continuar dejándolo postergado.

9

Y, sin embargo, esto no constituía una solución, máxime después de que hubiese hablado nuevamente a su amiga acerca de todo cuanto deseaba que ella hiciese por él. Había hablado acerca de ello en otros tiempos, y por entonces ella le había respondido con una franqueza mediatizada sólo por una cortés reticencia, una reticencia que lo había conmovido, a hacer hincapié en la cuestión de su muerte. En aquellos días ella había aceptado virtualmente el cometido, le había permitido sentirse seguro de poder confiar en ella como guardián final de su altar; y fue en nombre de lo que así había ocurrido entre ellos como él le suplicó que no lo dejase olvidado actualmente. Ella lo escuchó ahora con una especie de cálida frialdad y toda su característica abstención de insistir en sus propios requisitos: su disconformidad fue más tierna aún, pues dejó entrever la compasión que su propio sentir experimentaba al verlo abandonado. Empero, sus requisitos continuaban siendo los mismos, y apenas si fueron menos audibles porque no los verbalizara... aunque Stransom estuvo seguro de que, secretamente, más aún que él, ella se sentía huérfana de la satisfacción que aquel solemne cargo le habría infundido. Ambos perdían el hermoso porvenir, pero sobre todo ella, porque, a fin de cuentas, el porvenir iba a ser preponderantemente de ella; y a él aquella aceptación femenina de la pérdida le indicaba la medida plena de su preferencia por el recuerdo de Acton Hague sobre todo lo demás. Cuando se preguntó a sí mismo: “¿Porqué diantres ella lo quiere a él mucho más que a mí?”, tuvo humorismo bastante para reírse algo amargamente; así de fáciles de comprender eran las razones. Pero incluso tal facultad de análisis dejó subsistir su irritación, y esta irritación resultó ser quizá la mayor de las calamidades que lo habían embargado jamás. Nunca hasta entonces había conocido nada que de tal manera lo hubiese forzado a renunciar. A estas alturas, por supuesto, ya había llegado a la edad de las renunciaciones; pero hasta ahora no había comprendido con tal vividez que era hora de renunciar a todo.

A efectos prácticos, al cabo de seis meses, había renunciado a la amistad que le había resultado tan encantadora y consoladora. Esta privación tenía dos rostros, y el que se le había mostrado cuando su último conato de preservar aquella amistad, fue el que él se sintió menos capaz de mirar. Éste consistía en la privación

que él infligía; el otro, en la que le era infligida. Él solía formularse en soledad el requisito que ella no pronunciaba nunca: “Una más, una más... nada más que una”. Ciertamente, él estaba en franca decadencia; muchas veces lo notaba al darse cuenta de que, durante el trabajo, se había distraído mirando al vacío y musitando tamaña absurdidad. Además tenía una concluyente prueba en su debilidad y en su enfermedad. Su irritación tomó la forma de melancolía, y su melancolía la de la convicción de que su salud se había quebrantado por entero. Aparte, su altar había dejado de existir; su capilla, en sus sueños, no era más que una gran caverna oscura. Todas las luces habían desaparecido, todos sus Muertos habían muerto otra vez. Al principio no logró entender cómo había conseguido la última de sus amistades extinguirlas, ya que no era para ella ni por ella como habían tomado el ser. Más tarde comprendió que la resurrección de sus Muertos había tenido lugar dentro de su propia alma, y que éstos ya no podían respirar en el aire de su alma. Podían las velas arder maquinalmente, pero cada una de ellas había perdido el fulgor. La iglesia se había trocado en un desierto: había sido la presencia de él, la presencia de ella, su presencia común, lo que había constituido el hábitat indispensable. Si algo iba mal, todo iría mal; y la ausencia de ella había malogrado toda armonía.

Pasaron tres meses más y se sintió tan solo que volvió... pensando que sus Muertos, ya que durante años habían sido su mejor compañía, acaso lo ayudarían aún de algún modo antes que permitirle olvidarlos. Estaban allí, tal como los había dejado, en su elevado brillo, en el fúlgido ramillete que ya anteriormente lo había instigado, en las ocasiones en que fue propenso a comparar las cosas pequeñas con las grandes, a equipararlos a un grupo de luceros colocado al borde del océano de la vida. Para él constituyó todo un consuelo, tras un rato de estar sentado allí, la sensación de que aún conservaban unas ciertas facultades. En la actualidad sentía que cada vez se fatigaba más fácilmente, así que siempre se desplazaba en carruaje; su corazón estaba débil y no le proporcionaba los mismos bríos que su fantasía. A pesar de ello volvió otra vez allí, volvió en varias ocasiones, y por último, durante seis meses, frecuentó el lugar con un renacimiento de su afición y con un reforzamiento de su ímpetu. Durante el invierno la iglesia no estuvo caldeada, y a él le había sido prohibida la exposición al frío, pero el brillo de su altar ejercía un influjo en el cual experimentaba casi la sensación de estar tomando el sol. Sentábase y se preguntaba a qué habría reducido él a su compañera ausente, qué haría ella ahora en las horas de su ausencia. Había otras iglesias, había otros altares, había otras velas: de tal o cual modo su piedad seguiría ejercitándose; no era posible que él la hubiera privado absolutamente de sus ritos. Así razonaba él, aunque sin convicción; pues de sobra sabía que no existía otro altar parecido a la montaña de luz que ella le había mencionado cierta vez como la plena satisfacción

de su necesidad. A medida que para él fue perfilándose nuevamente grandiosa tal montaña, y haciéndose más regular su piadosa práctica, sentía una punzada cada vez más dolorosa cuando se imaginaba la oscuridad de ella; pues nunca sus ritos habían sido tan reales como en esas semanas, ni nunca su arracimada asamblea había parecido hasta tal punto sonreír y aun invitar. Él se dejaba perderse en la gran irradiación de luz, que iba siendo cada vez más lo que desde el principio había querido que fuese: tan deslumbrante como la visión de los Cielos en la imaginación de un niño. Entre los altos cirios, vagando por los campos de luz, él pasaba de ringlera a ringlera, de un brillo a otro brillo, de un nombre a otro nombre, de la blanca intensidad de un claro emblema, de un alma rescatada, a la de otro. Su extraño instinto profundo se regocijaba con la tranquila sensación de haber rescatado a aquellas almas. No se trataba de una confusa salvación teológica, no había en él la merced de un mundo intangible: se habían salvado mejor de lo que podían salvarlas la fe o las obras, se habían salvado para el mundo cálido al no morir del todo, se habían salvado para la materialidad, la continuidad, la certeza del humano recuerdo.

A estas alturas él ya había sobrevivido a todos sus amigos: la última erguida llama databa de tres años atrás, ninguna quedaba por ser agregada a la lista. Una y otra vez examinó el conjunto, y lo vio compacto y completo. ¿Dónde iba a poder poner otro cirio? ¿Dónde, de no haber las otras objeciones, hallaría un lugar en el despliegue? Reflexionó, con una falta de sinceridad de la cual tuvo plena conciencia, que sería arduo encontrar ese lugar. Por lo demás, cada vez se daba más cuenta, cara a cara con su pequeña legión, releendo innumerables biografías, reemplazando las velas consumidas y acariciando el silencio, de que jamás había permitido la intrusión de un extraño. Había tenido, sí, sus grandes compasiones, sus indulgencias... incluso casos en que éstas habían sido enormes; pero, en último término, ¿qué habría quedado de su devoción si intrínsecamente no hubiese sido un respeto? Lo sorprendía, sin embargo, su propia inflexibilidad; la responsabilidad de la misma ocupó a finales del invierno el primer lugar en sus pensamientos. En éstos se había hecho omnipresente el estribillo, la petición de sólo uno más. Día llegó en que, por puro hartazón, si para una perfecta simetría hubiese hecho falta uno más, habría estado dispuesto a dejar contenta a la simetría. La simetría era armonía, y la idea de la armonía empezó a perseguirlo; se decía a sí propio que desde luego la armonía lo era todo. Hizo pedazos, imaginariamente, su composición, redistribuyéndola en nuevas disposiciones, ensayando diversas yuxtaposiciones y contrastes. Cambió de lugar esta y aquella otra vela, varió las separaciones, suprimió la desfiguración de una posible abertura. Había interrelaciones sutiles y complejas, un esquema de referencias recíprocas, y momentos en los cuales creía percibir el vacío tan notorio para la mujer que vagaba

desterrada o que permanecía donde él la había visto con el retrato de Acton Hague. Al final, de esa guisa, llegó a un concepto de la totalidad, del ideal, que dejaba una clara oportunidad para otro único emblema. "Sólo uno más, únicamente por redondearlo; sólo uno más, uno sólo", seguía zumbándole en su interior. En su pensamiento había una extraña confusión, pues tenía el presentimiento de que estaba cercano el día en que él también sería uno de los Otros. ¿Qué le importaban a él en semejante coyuntura los Otros, dado que sólo podían tener importancia para los vivos? Aun mirado como otro más de los Muertos, ¿qué le importaría a él su altar, ya que la idea aquella de mantenerlo postumamente se había desvanecido? ¿Qué pintaba la armonía en el caso suyo, si todas sus luces habían de ser apagadas? Su sueño había sido de algo claramente instituido. Podía perpetuar aquel altar con tal o cual pretexto, pero su sentido íntimo se perdería. Dicho sentido tenía que vivir con la vida de aquella otra persona que lo había comprendido.

En el mes de marzo sufrió una enfermedad que lo obligó a guardar cama una quincena, y cuando se recuperó un poco fue enterado de dos cosas que habían ocurrido en el intervalo. La una era que en tres ocasiones una dama cuyo nombre ignoraba la servidumbre (porque no lo dijo) había acudido a preguntar por su salud; la otra era que en una ocasión, durante su sueño, cuando su inteligencia evidentemente divagaba, se lo había oído murmurar una y otra vez: "Uno más solamente... ¡uno más!". En cuanto se sintió en condiciones de salir a la calle, y antes de que el médico que lo atendía se hubiese pronunciado a ese respecto, se hizo llevar en carruaje a visitar a la dama que había ido a preguntar por su salud. Ella no estaba en casa; mas eso le dio oportunidad de tomar el camino de la iglesia antes de que le flaqueasen otra vez las fuerzas. Entró solo; había declinado que salieran con él para acompañarlo su criado o su enfermera, de la manera feliz que él tenía de declinar con efectividad. Sabía ahora muy bien lo que aquella buena gente pensaba: habían descubierto su relación clandestina, el imán que lo había arrastrado durante tantos años, y sin duda habían atribuido un significado peculiar a las extrañas palabras que le habían referido que había murmurado. La dama sin nombre era la relación clandestina, hecho que nada podía demostrar mejor que su indecorosa prisa por reunirse con ella. Cayó de rodillas delante de su altar, en tanto su cabeza caía sobre sus manos. Lo embargó su debilidad, su agotamiento vital. Le pareció que había acudido allí para la máxima entrega. Al principio se preguntó si conseguiría volver a la calle; después, al fallarle la fe en sus energías, fue abandonándolo gradualmente el propio deseo de moverse. Había venido, como venía siempre, para dejarse perderse; allí estaban todavía los campos de luz para que vagase por ellos; sólo que esta vez no regresaría de aquellas extensiones. Se había entregado por completo a sus Muertos, y esta vez sus Muertos se lo

quedarían con ellos. Le fue imposible levantarse de su posición genuflexa; estaba convencido de que ya jamás lograría levantarse; lo único que podía hacer era alzar los ojos y fijarlos en las luces. Se le antojaron inhabitual y extraordinariamente esplendentes, pero aquella que siempre lo atrajo más tenía ahora un fulgor inaudito. Era la voz fundamental del coro, el resplandeciente corazón de la luminosidad, y en esta ocasión pareció expandirse, desplegar unas grandes alas ígneas. Todo el altar brillaba, deslumbrante y enceguecedor; pero la fuente de luminosidad suprema ardía con claridad superior a la del resto, concretándose en una forma, y esa forma era de belleza humana y de cariño humano, era el lejano rostro de Mary Antrim. Ella le sonreía desde la gloria celeste, descendió a tierra con aquella gloria para recogerlo a él. Él inclinó la cabeza, sumiso, y en ese mismo instante lo invadió otra distinta oleada. ¿Se trataba de la intensificación del júbilo hasta el paroxismo? Comoquiera que fuese, en medio de su gozo, sintió que el deslumbrado rostro se le enardecía como con algún mensaje comunicado que tenía la fuerza de un reproche. Súbitamente se sintió instado a contrastar aquel éxtasis suyo de felicidad con la bendición que él le había negado a otra persona. Todo lo que ésta había pedido había sido ese aliento de pasión inmortal; el descenso de Mary Antrim abrió a su espíritu —con una gran palpitación de arrepentimiento— para el descenso de Acton Hague. Era como si Stransom hubiese leído lo que los ojos de ella le habían dicho.

Un instante después miró a su alrededor con un decaimiento que lo hizo sentir como si el flujo de la vida se retirase de él. Todo ese rato la iglesia había estado vacía, él continuaba solo; pero quería que una cosa fuera hecha, necesitaba materializar una última decisión. Tal propósito le prestó energías para realizar un esfuerzo; se puso en pie con un movimiento que lo hizo tambalearse; se apoyó en el respaldo de un banco. Detrás de él había una figura de rodillas, una figura que él ya había visto antes; era una mujer de luto riguroso, sumida en su dolor o en su plegaria. Él la había visto en otro tiempo, el día de su primera entrada en aquella iglesia; vaciló ligeramente y se quedó mirándola hasta que le pareció que ella se había percatado de él. Ella levantó la cabeza y sus miradas se encontraron: la compañera de sus largas veneraciones había vuelto. Con expresión sorprendida y asustada lo contempló un instante; él comprendió que la había preocupado. Irguiéndose sin pérdida de tiempo, ella acudió hacia él extendiendo ambas manos.

—¿Conque ha sido usted *capaz* de volver aquí? ¡Eso es que Dios la ha enviado! —murmuró él, sonriendo de felicidad.

—Está usted muy enfermo. No debería estar aquí —lo apremió ella en alarmada respuesta.

—A mí también Dios me ha enviado aquí, me da la impresión. Me sentía enfermo cuando vine, pero el verla a usted realiza maravillas. —Él asió las manos femeninas, que lo aquietaron y lo vivificaron—. Tengo algo que decirle.

—No me diga nada —le rogó ella con ternura—. Déjeme contarle yo una cosa. Esta tarde, por un milagro, por el más bello de los milagros, me abandonó toda conciencia de nuestra discrepancia. Yo estaba cerca, paseando solitaria, meditando, cuando, de golpe, algo cambió en mi corazón. Ésa es mi confesión; ahí la tiene. Volver aquí, volver al instante: tal idea me dio alas. Fue como si yo hubiese tenido una súbita revelación, como si las cosas se me hiciesen posibles. Yo podía continuar viniendo aquí guiada por la misma razón por que usted venía: ésa bastaba. Y aquí estoy. No he venido aquí por el mío: eso ya pasó. Sino que me encuentro aquí por *Ellos*. —Y sin aliento, aliviada infinitamente por su confusa explicación precipitada, lo miró con ojos que reflejaron en toda su magnificencia la luminosidad de su altar.

—Ellos se encuentran aquí por usted —dijo Stransom—; están presentes aquí esta noche como nunca lo han estado. Hablan intercediendo por usted (¿no los ve?) en una apoteosis de luz: cantan en voz alta como un coro de ángeles. ¿No oye usted lo que dicen?... Ellos piden aquello mismo que usted me pidió.

—No hable usted de ello, no piense en semejante cosa; ¡olvídela! —Ella habló con emocionada súplica y, mientras la alarma se hacía más intensa en su mirada, soltó una de las manos masculinas y le pasó el brazo por la espalda para ofrecerle apoyo mejor, para ayudarlo a tomar asiento.

Él se dejó, apoyándose en ella: se dejó caer en el banco y ella se colocó de rodillas a su lado. Él le rodeó los hombros con su brazo. Así permaneció por un instante, con la vista alzada hacia su altar:

—Ellos dicen que hay una ausencia en el despliegue..., dicen que no está lleno, completo. Un cirio más —siguió insistiendo suavemente—. ¿No era eso lo que usted deseaba? Sí, uno más, uno más.

—¡No, ninguno más, ninguno más! —gimió casi privada del habla, como presa de una súbita repugnancia imprevista hacia semejante idea.

—¡Sí, uno más, uno más! —reiteró él sencillamente. Y, dicho esto, su cabeza cayó sobre el hombro de ella, quien lo creyó desmayado de debilidad. Pero, sola con él en la oscura iglesia, sintió un gran temor de lo que aún pudiera seguir, pues

el rostro de él tenía la blancura de la muerte.

LA PRÓXIMA VEZ

Es digna de recordación la singularísima visita que esta mañana me tributó la señora Highmore: vino a proponerme que escribiera una gacetilla sobre su próxima gran obra de inminente aparición. Sus grandes obras han aparecido con tanta frecuencia sin necesitar mi patrocinio, que yo tenía sobrado derecho a quedarme mirándola de hito en hito; pero lo que sobre todo me maravilló fueron las razones en que fundamentaba su petición, y lo que me incita a escribir estas páginas son las remembranzas que en mí despertó su explicación de sus razones. En tanto hablábamos, el pobre Ray Limbert pareció estar sentado entre nosotros: la señora Highmore recordó que, hacía dieciocho años, mi vínculo con él había principiado cuando ella vino a mi casa antes de almorzar, tal como hoy, para aquella vez pedirme que lo ayudara. Aunque por entonces ella ignoraba cuán poco vale mi protección, al menos no lo ignora actualmente, y precisamente ello infunde comicidad a su visita. Conforme aproximó la antorcha hacia aquellos distantes años —vale decir, conforme trato de resolver con pluma vacilante y pensativa la larga suma de mis remembranzas—, advierto que estas dos ocasiones circundan la existencia pública de Limbert, o por lo menos mi pequeña apreciación de la misma. Fue la palabra “Fin”, con una pequeña rúbrica moralizadora, lo que la señora Highmore pareció ponerle hoy al pie de la última página. Como es “una de las más voluminosas plumas de nuestro tiempo”, muchísimas veces ha estampado tal palabra... pero nunca, seguramente, a despecho de su dominio profesional de las idóneas emociones, suscitando igual impresión de ese misterio y esa tristeza que, al modo de ver de las personas sensibles, suelen impregnar todas las historias humanas definitivamente caducas. En cualquier caso, su primero y su último pedido abre y cierra la historia de Ray Limbert; y cuando sus melancólicos recovecos recuperaron nitidez gracias a nuestra media hora de charla, me juré, mientras aquella iluminación durase, recobrar lo que pudiera de su delicada hechura y exponer con fina paciencia la inquietante lección.

Era portentoso ver cómo la señora Highmore ya había extraído una lección por su propia cuenta: no dudó en clarificarme lo sucedido a Ralph Limbert o, cuando menos, en facilitarme un atisbo de la noble admonición que ella había leído en la carrera de nuestro amigo. Ninguna prueba mejor de la vividez de esta parábola, con la que uno y otro estábamos realmente de acuerdo en amigable connivencia, que haber convertido al bien a una pecadora tan empedernida como la señora Highmore. Lo cierto es que no me cogía de nuevas: me recalqué, como tantas otras veces, que durante los últimos diez años ella había querido escribir una obra genuinamente artística, una obra cuyo éxito de ventas le importase un bledo. Además insistió en que a esta contumacia había sido empujada primordialmente observando lo que hacía su cuñado y de qué forma lo hacía. Como *él* no vendía, pobrecito, y como varias personas, entre las cuales figuraba yo,

encarecían dicha circunstancia, ella concibió el capricho —y lo concibió desde los mismísimos inicios de su prolífica andadura— de alcanzar, siquiera por una vez, tan heroicas cotas. Anhelaba ser, a semejanza de Limbert, aunque desde luego sólo por una vez, un fracaso exquisito. Un fracaso, un fracaso comercial, tenía algo que en cierto modo un éxito no lo tenía. Un éxito era tan prosaico como una abundante cena: nada más cabía decir sobre ella aparte que era abundante. En casos así, ¿quién sino la gente vulgar se entrega a justipreciar glotonamente los distintos platos? Y muy a menudo esa gente vulgar es quien otorga el éxito. Mirándolo bien, el éxito sólo daba dinero; vale decir, daba tantísimo dinero que cualquier otra consecuencia parecía diminuta en comparación con aquélla. ¡Ahora bien, un fracaso —ah, con la ayuda de un inmenso talento, cierto es, porque había diversas clases de fracaso— podía dar tantísima reputación! Me hizo el honor —lo había hecho a menudo— de sugerirme que lo que ella entendía por reputación era que *yo* le arrojase una flor. Si se necesitaba un fracaso para obtener un fracaso, admití estar bastante cualificado para coronarla de laureles. Precisamente porque ella había hecho tantísimo dinero, y porque el señor Highmore lo había invertido con tantísima pericia, era por lo que estaba en condiciones de permitirse una hora de límpida gloria. Ella recordaba que siempre que la escuché suspirar aquel deseo, yo había estado presto a argüirle que un libro que se vende puede ser tan límpidamente glorioso como uno que no se vende. Naturalmente que ella era consciente de ello, pero también era consciente de que eran éstos los tiempos en que triunfa la novela insulsa, y de que nunca me oyó hablar de algo que “arrastraba a las multitudes” de la misma forma como en ciertas ocasiones me oyó hablar de algo que no las arrastraba, con dos o tres concisas palabras de respeto que, empleadas por mí, parecían implicar más de lo que significaban habitualmente, parecían sacralizar el tono del comentario, como por la mismísima impenetrabilidad del secreto.

En punto a estas alusiones me es lícito manifestar que, independientemente de lo que en ese instante pensara yo de mí propio en cuanto dispensador de justicia crítica, jamás había tenido reparo en carcajearme del afán con que la señora Highmore perseguía la calidad a todo trance. Ni por un día logró salvarse del cruel hado de ser popular, y no había ninguna razón para que no lo fuera, si bien yo nunca contribuí a ello. El público la *quería*, como comentaba traviesamente su marido; no pretendo decir que éste último, que intervenía en sus contratos y luchaba por ella con los editores e incluso —en sus más audaces gestiones— con los críticos, alguna vez barruntara que la señora Highmore trataba de conspirar contra su talento o más bien, como cabría decir, contra el mío. Tampoco pretendo decir que cuando la señora Highmore se proponía ser lo que llamaba sutil (pues ¿acaso Limbert no era sutil, y también yo?), sus infatigables lectores, benditos sean,

sospecharan la trampa y reaccionaran de manera insólita: todo lo contrario, se alzaban entusiasmados en el aire para morder el anzuelo que ella creyó haber sostenido muy alto y, engulléndolo ufanamente de un solo bocado, meneaban su gran cola colectiva pidiendo más con toda inocencia. A ella no le era dado no gustar, y sus mayores refinamientos no espantaban. Siempre he tratado semejantes disgustos como un misterio digno del mayor respeto, mas esta mañana tuve plena conciencia de que eran la razón práctica por la cual ella se dirigía a mí. Así, pues, cuando me dijo con el rubor de un chiste atrevido en sus simpáticos mofletes rollizos: “Creo, ¿sabe?, que *usted* podría hacerme fracasar”, entendí muy bien su pensamiento. Pensaba ella que en otros tiempos había sido el fino escalpelo, como hiperbólicamente lo calificó alguien, de mi penetrante juicio lo que una y otra vez había cortado el tenue hilo del cual pendía en el mercado la suerte de Limbert. Pensaba que mi apoyo era comprometedor, que de hecho mis elogios eran fatídicos. Yo me había abonado a la incomprensible especialidad de no encontrar nada en determinadas celebridades, de encontrar demasiado en algún eventual desconocido y de juzgar todas las obras desde un punto de vista que, cualesquiera fueren mis razonamientos (y bien sabe Dios que nunca escamoteé mis razonamientos), siempre era estimado maligno y oscuro. En suma, mi amor era el amor que mata, pues mi sutileza, a diferencia de la de la señora Highmore, no hacía menear la cola del público. Ella no había olvidado que Limbert, a finales de su vida, y cuando era más grave su situación, no dejaba de dirigirse a mí, con un latente patetismo extraño en la mirada, para decirme: “Querido amigo mío, esta vez creo que por fin voy a arrasar, siempre que usted se calle”. Como quiera que en aquellos días callarme era favorecerlo ante el público masivo, cuya indiferencia casi lo había llevado a morirse de hambre, ahora romper mi silencio era favorecer a la señora Highmore ante el público minoritario.

La síntesis de todo lo anterior era que yo había amedrentado en demasía a los lectores, ahuyentándolos de nuestro amigo, pero que ella no estaba muerta de hambre y su luctuosa reputación necesitaba precisamente que yo hiciera eso mismo por ella. Y, según me insinuó benévola pero delicadamente, quedaba además, por si hicieran falta más razones, lo que podría considerarse el precio de mi breve e inteligente nota crítica. Me parece que lo insinuó con la creencia halagadora —a fuer de niña mimada de los libreros— de que por mis breves e inteligentes recensiones me ofrecían unos emolumentos sustanciosos. Sean éstos como fueren, de todos modos, sin duda se le había pasado por las mientes que la inquietud que el pobre Limbert manifestaba por sus ganancias llevaba implícita la nulidad de las mías. En definitiva, las molestias que pudiera acarrearle complacerla no serían jamás de orden pecuniario. Su visita, los motivos que la inspiraban, su fantástico anhelo de calidad y su ingeniosa teoría acerca de mi

influjo crítico se me antojaron una excelente comedia, y cuando finalmente acepté estudiar la posibilidad de complacerla me dejó el manuscrito de su nueva novela. No supe alegar ningún pretexto para rehusar su súplica y desde entonces he estado repasándolo; pero me siento completamente abrumado ante lo que espera de mí. ¿Qué tendrá en la cabeza, pobre ilusa, y cómo se le ha ocurrido que el estro de la “calidad” haya podido permearla siquiera tres minutos? ¿Por qué se figura que esta vez ha sido “artística”? No es ahora otra cosa, presumo, que no haya sido siempre. ¿Qué cree haber suprimido? ¿Qué imagina haber agregado? Nada ha suprimido ni agregado. Habré de enviarle una carta de disculpa. Es un libro inexistente, y no se me alcanza qué podría escribir de él. ¿Cómo remediar que sus insaciables lectores lo ingurgiten con la voracidad habitual?

1

Ella ya comenzaba a jalonar su trayectoria con el fervor de dichos lectores cuando me abordó, a principios de la década de los setenta, para interesarme por la suerte de su futuro cuñado, basándose paradójicamente en el amor no correspondido que yo había albergado por la hermana de ella misma. La bonita y sonrosada Maud me había dado calabazas, pero dentro de ese pequeño y agitado círculo parecía yo tener fama de comprensivo. La bonita y sonrosada Maud, que por entonces, antes de que sus sinsabores llegasen, resultaba tan sumamente cautivadora que hasta la deslucida Jane era agradecidamente consciente de todo lo que eso le granjeaba a la familia... Maud Stannace, muy bibliófila también, muy lánguida y terriblemente dependiente de su madre, había cedido — desafortunadamente, según mi subjetiva opinión— al enamorado galanteo de Ray Limbert, a quien la señora Stannace veía con malos ojos. A decir verdad, eran pocas las cosas que la señora Stannace veía con buenos ojos: le era motivo de consternación que las dos muchachas, maculadas por la estirpe del padre (éste había publicado unos incoloros Recuerdos o chatas Conversaciones con su padre), heredaran improcedentes aficiones literarias. Aunque no hija, ni siquiera sobrina, era, si no estoy equivocado, prima segunda de un centenar de condes y gran defensora de las relaciones familiares, luego muy otros eran sus nupciales proyectos para su hija brillante, máxime después de que su hija exánime (con tal displicencia juzgaba originariamente a quien habría de escribir ochenta volúmenes) se convirtiera en la segunda esposa de un excirujano castrense, padre ya de cuatro niños. A las claras, la señora Stannace soñaba con que la bonita y

sonrosada Maud separase algún candidato, que no sería echado de menos, del abundante racimo de nobles. Puesto que se interesaba sólo por primos segundos resolví desaprender el camino a su casa, una de las contadas sendas elegantes, como una vez me lo recordó, que yo podía permitirme hollar. A Ralph Limbert, que no era nadie y que no había hecho nada —ni siquiera logró graduarse en Cambridge—, lo recomendaba exclusivamente el enigmático hechizo que ejercía sobre su hija menor; pero su hija menor, si es que en ella había una chispa de amor filial, no perpetraría la irrespetuosidad de abandonar por Ralph Limbert a una madre hondamente apegada e intensamente susceptible.

Estas cosas las supe por Jane Highmore, quien, cual si sus libros fueran niños (no los tuvo de otra clase), había aguardado hasta después de casada para mostrar sus aptitudes y ya prometía rodear a su encantado marido (a él se le atribuía, por alguna misteriosa razón, parte del mérito) de una gran prole en grupos de trillizos^[2], que, rectamente encaminados, serían el báculo de su vejez. Ahora Maud y Ralph, ninguno de los cuales tenía ni un penique, estaban formalmente prometidos; su desposorio estaba sujeto a la condición de que él ganara unos ingresos regulares. No cabía concebir una más enamorada pareja de jóvenes, y la señora Highmore, mujer bondadosa, que además tenía un sentido profesional de las historias sentimentales, ansiaba protegerlos. Lo que deseaba era conseguirle un empleo estable a Ralph Limbert, y se le había ocurrido que yo podría ayudarla a conseguírselo, aunque, de hecho, nada semejante hubiera obtenido yo hasta entonces para mí mismo. Pero nadie ignoraba que yo era muy exigente, en tanto que el pobre Ralph, con la humildad del genio, estaba dispuesto a aceptar cualquier cometido, por modesto que fuera, con tal de ganar un mínimo sueldo. Si, por ejemplo, pudiera entrar en un periódico, lo demás terminaría viniendo por añadidura. Ciertamente es que sus dos novelas, una de las cuales me trajo la señora Highmore, habían pasado inadvertidas y que a ella personalmente no la atraían de una manera irresistible; pero, así y todo, podía garantizarme que me bastaría tratarlo diez minutos (y nuestra entrevista debía celebrarse lo antes posible) para recibir la impresión de un gran talento potencial.

Nos dimos cita tan pronto como terminé la novela que me dejó la señora Highmore, novela en cuya hermosa construcción hallé un deslumbrante carácter que por entonces ya desesperaba yo de encontrar. Seguramente, yo, sin saberlo, había estado buscando con gran tesón un autor a quien pudiera colocar por encima del bien y del mal; sea como fuere, cuando trabé conocimiento con Ralph Limbert y su obra me rendí a una de las más exquisitas emociones de mi vida literaria: la novedosa sensación de una actividad en la cual podía dejar descansar a mi espíritu crítico. Este profundo y saludable descanso no ha sido turbado hasta la fecha. Ha

sido una prolongada entrega total, el lujo de no discernir entre lo malo y lo bueno. Él no podía decepcionarme, escribiera lo que escribiese, pues tanto la peor como la mejor de sus páginas virtualmente me causaban igual deleite. Era un caso, supongo, de armonía preestablecida, en el cual, me apresuro a agregarlo, hoy día estoy muy bien acompañado. En la actualidad somos un clan numeroso, partícipes de la misma paz, sentados a la sombra del mismo árbol, junto al murmullo de la fuente cantarína, resguardados del tórrido desierto y, que yo sepa, acaso no merecedores de otro reproche que la costumbre de estimar excesivamente a las personas según lo que opinen sobre determinado estilo. Si fuera la misión de estas páginas, pese a ello, constituir la crónica de mi entusiasmo, no las habría emprendido: se ocupan de Ralph Limbert en coyunturas ajenas a mí o en las que sólo tuve una intervención secundaria. Antiguamente, yo hablaba mucho de su obra, pero rara vez lo hago ahora: la hermandad de nuestra fe se ha convertido en una orden silenciosa cual la de los trapenses. Si hasta el día de su muerte, después de terribles desencantos, la primera impresión que él causaba sugería indefectiblemente la palabra "ingenuo", fácil es imaginar lo que hubo de ser cuando en su cara todavía aleteaba la luz de la época juvenil. Yo nunca había visto a un hombre de genio que fuera tan poco pagado de sí propio, a un sujeto experimentado que estuviera menos a la defensiva. En los tiempos en que lo conocí, su inocencia aún no había sido puesta a prueba. Ya comenzaba a tropezar en la vida, mas estaba pletórico de grandes ilusiones y de la dulce presencia de Maud Stan nace. Engañosamente melancólico, de pelo negro y tez pálida, tenía ojos de niño inteligente y voz de bronceína campana. A la muchacha con quien acababa de comprometerse le atribuía aún más cualidades que yo; con el andar del tiempo hube de comprobar que, como es lógico, uno y otro le habíamos atribuido demasiadas. Aquel extraño vínculo, el que nos unía a los tres, se hizo perfectamente llevadero desde que reconocí honestamente cuánto más tolerante era él con ella de lo que lo habría sido yo. Me alegraba que Maud no pudiera exprimir mi paciencia y, por su lado, Maud hallaba cierto placer en poder mostrarse impertinente conmigo sin incurrir en el reproche de ser una mala esposa.

A Limbert, por lo visto, sus dos novelas no le habían reportado dinero; tan sólo le habían reportado, en la medida en que por entonces pude discernirlo, homenajes que le robaban tiempo. Pero los homenajes sí le reportaron algunas otras cosas: sin ir más lejos, gracias a mí, al cabo de tres meses, *El Faro de Puerto Oscuro*. No recuerdo cómo logré que lo nombraran cronista londinense de ese gran órgano de la prensa del Norte, a no ser que alguien me hubiera ofrecido esa tarea. Quizá yo renuncié en beneficio suyo, persuadiendo al director de que Limbert era con diferencia el hombre más capaz. Más capaz era lógicamente un hombre que

estaría sacrificándose para casarse con una mujer preciosa. Ninguno de los dos servía, como hubieron de demostrarlo los acontecimientos, pero la inadecuación de Limbert era menos escandalosa. *El Faro de Puerto Oscuro* tenía dos cronistas londinenses: uno de política; el otro, de temas supuestamente artísticos^[3]. Se esperaba que ambos fueran dinámicos, y lo que se les sugería era que no sería censurable que trataran de rivalizar en dinamismo. ¡Menudo problema se le presentaba a Limbert al tratar de ser más dinámico que Pat Moyle, el cronista político de aquella época! Jamás me había parecido tan candoroso como cuando aceptó acometer este empeño, cuyo resultado fue vencer a la señora Stannace, por cuanto, naturalmente, dejó hecho trizas su pretexto para oponerse al desposorio. Todo es sonrisas y lágrimas cuando contemplo retrospectivamente esos tiempos admirables, en los cuales nada era más romántico que nuestra apasionada visión de la realidad. En ningún paraíso de idealistas se escuchó jamás semejante canción de cuna. No tenía nada que ver con la vida bohemia; era el perfecto templo de la señora Grundy^[3]. Éramos conscientes de ser bastante anticonvencionales, y eso nos eximía de la obligación de parecerlo; estábamos seguros de cumplir con nuestro deber o de procurar cumplirlo, pero eso nos daba permiso para soñar. Eso sí, soñábamos sin olvidar la tabla de multiplicar: seríamos prácticos o no seríamos nada. ¡Ah, aquellas bocanadas de humo y súbitos epigramas felices, aquellas picaras alusiones y escrúpulos desechados! Para Limbert lo fundamental era terminar su próximo libro, y precisamente la inverosímil ocupación que había encontrado en *El Faro* le daría desahogo y soltura para ello. Esa clase de trabajo, tan humana y flexible y sugestiva, era una experiencia estupenda; al recoger elementos para sus dos crónicas semanales cosechaba también fragmentos de vida y, por lo tanto, materiales para literatura. Las publicaciones nuevas, las exposiciones nuevas, las personas nuevas: para nosotros, nada había de ser demasiado moderno y nadie demasiado desaconsejable. Lo presentábamos todo y los presentábamos a todos en la tertulia de la señora Stannace, a la cual torné a concurrir.

A decir verdad, la señora Stannace sentíase en extraña compañía: no la molestaban en exceso los libros nuevos, aunque algunos le parecieran bastante raros, pero abrigaba resueltas objeciones contra las personas nuevas. Sin embargo, era sabido que la pobre Lady Robeck escribía pseudónimamente en un periódico, y, desde luego, tal hecho, en su atinencia a la alta sociedad, confería cierta faceta seductora a la profesión. Pero nosotros habíamos premeditado que todas las facetas resultaran seductoras y no cesábamos de estudiar todo lo que un periódico como *El Faro* exigía. Proporcionarle a un periódico como *El Faro* todo lo que exigía y ninguna otra cosa más, sin duda no era una tarea arrebatadora, pero sí absolutamente respetable, máxime para un hombre con una novia antojadiza y una futura suegra exasperada. Las primeras crónicas de Limbert me parecieron tan

deliciosas como su género lo permitía, si bien no he de negar que, a despecho de comprender cuán importante era hacer concesiones, quedé una pizca desconcertado ante la diligencia con que se había adaptado al tono del oficio. Por supuesto que había que adaptarse, pero ¿realmente era indispensable tanta celeridad? El muchacho era más espabilado, como dijo Maud Stannace, de lo que ella misma había osado esperar. En verdad convenía ser astutos como las serpientes. Si tenía que darles periodismo... pues bien, eso era: periodismo. Si tenía que ser “cotilla”... pues bien, eso era cotilla. Una que otra vez llegué a sonrojarme —¡bobo de mí!— por algunos de sus excesos. Deploraba que se mostrase tan voluble; aun así, ¡si eso le permitía progresar...! No a él mismo directamente, claro está, pero sí a su libro, a efectos prácticos y en el sentido a que habíamos restringido todas nuestras elevadas ideas sobre progresos. Todo fuera por el libro. Mientras tanto, el bálsamo cotidiano lo constituían las confidencias sobre los avances del libro (y las recibíamos hartamente prometedoras), los silenciosos cheques mensuales desde Puerto Oscuro, y el sonrosadísimo color de los pequeños preparativos nupciales de Maud, que eran tan delicados, en su corta escala, como si ella hubiese sido un colibrí que construyera su nido. Cuando al cabo de tres meses su novio trabajaba asentadamente en el periódico, cosa que, por lo que se nos alcanzaba, no descontentaba a nadie excepto a la señora Stannace, quien en este respecto era por demás tortuosa y aun quizá envidiosa... cuando la situación, por fin, decía, había tomado un cariz tan amable, se fijó la fecha del desposorio. En aquel entonces, yo publiqué mi primer libro, hoy justicieramente olvidado, una breve colección de ensayos literarios, ocurrencias críticas aparecidas en un diario menos remunerativo pero también menos voluble que *El Faro*, pequeñas ironías y éxtasis, grandes frases y descarríos; y esa misma semana el pobre Limbert le consagró la mitad de una de sus crónicas, con el feliz sentimiento de, esta vez, satisfacerse a sí mismo no menos que alegrar el desayuno de los lectores de Puerto Oscuro. Me acuerdo de que me dijo que lo que él había tenido que escribir sobre mí no era literatura, sino periodismo, banal periodismo; pero ¿qué importaba ello si indirectamente redundaba, como bien sabíamos, en provecho de la literatura? Por mi recién aparecido volumen, según recuerdo, yo había cobrado diez libras, y con parte de este dinero compré en Vigo Street un rebuscado objeto de plata de ley para Maud Stannace, que fui a llevarle personalmente como regalo de boda. En la salita de su madre —marchito habitáculo empenumbrado por biombos, atestado de fotografías de cetrinas personas distinguidas que firmaban ostentosamente al pie de su imagen y observaban con ojos retocados desde pequeñas ventanas de felpa— se me hizo esperar durante un rato tan prolongado como para intuir en la atmósfera hogareña la confusa vibración de algún desastre. Cuando entró nuestra damisela, estaba muy pálida y también sus ojos habían sido retocados.

—Algo malo ha sucedido —dije al punto; y como en realidad nunca me había fiado más que a medias del relativo consentimiento matrimonial de su madre, me aventuré con un inelegante gruñido a mencionar a la señora Stannace.

—Sí, me ha hecho una escena penosa: ella insiste en que posterguemos el casamiento. Somos muy desdichados: al pobre Ray lo han destituido. —Y sus lágrimas tornaron a afluir.

Hasta entonces me había sentido tan tranquilo, que la miré pasmado:

—Destituido ¿de dónde?

—Del diario, lógicamente. *El Faro*, en sus propias palabras, lo ha puesto de patitas en la calle. Sus crónicas no gustan: no son del estilo que ellos quieren.

Mi perplejidad no pudo menos que aumentar:

—Entonces, ¿de *cuál* estilo las quieren?

—Quieren algo más popular.

—¿Más?! —exclamé despavorido.

—Más chismoso, más indiscreto. Quieren “periodismo”. Quieren algo desmesuradamente vulgar.

—¡Caramba, pero si así *son* sus crónicas! —espeté.

Esto era fuerte, conque procuré reportarme, si bien la muchacha me brindó su perdón con una hermosa sonrisa triste:

—Lo mismo afirma el propio Ray. Dice que se había rebajado tanto.

—Pues bien, en tal caso tiene que rebajarse aún más. *Debe* conservar su colocación.

—¡No puede! —gimió la pobre Maud—. Dice que ha hecho todo lo posible, que ha sido abyecto, que se ha arrastrado como un gusano; y que si eso no les gusta...

—¿Acepta irse? —atajé descorazonado.

Se alzó trágicamente de hombros:

—¿Qué otro proceder le cabe adoptar? Les ha escrito diciéndoles que el trabajo que ha hecho para ellos es lo peor que puede hacer para cobrar su sueldo.

—Entonces —insistí con un destello de esperanza—, ¿le ofrecerán más por hacer algo peor?

—Nada de eso —contestó—; ni siquiera le han ofrecido que continúe con menos sueldo. No lo consideran lo bastante divertido.

Reflexioné un momento, y dije:

—¡Pero, a buen seguro, algo como la crónica en que hablaba de mi libro no puede...!

—¡Su dichoso libro fue la gota que colmó el vaso! Debió hablar de él trivialmente.

—¡Pues si no les parece ya...! —comencé. Pero de nuevo procuré reportarme—. *Je vous porte malheur* —dije.

Ella no lo negó; se limitó a proseguir:

—¿Qué diantres puede hacer ahora?

—¡Algo bastante preferible! ¡Literatura!

—Pero ¿con qué diantres vamos a casarnos?

Otra vez medité, y dije:

—Se casarán con *El tono mayor*.

2

El tono mayor era la nueva novela y, por consiguiente, el quid era terminarla;

consumación ésta para la cual, en cierta forma, había preparado el camino el dinero ganado en tres meses de El Faro. La rescisión de este diario fue un duro golpe, pero por entonces yo no adivinaba lo peor; no adivinaba que, además de un golpe, era asimismo un indicio. Era el primer síntoma de las posposiciones a las que con el tiempo habría de sucumbir el pobre Limbert. Como no presintió todo su significado, estaba en el mejor de los mundos. Las dificultades eran ley de vida, pero podía agradecer al cielo que surgieran con motivo de sus colaboraciones en el atroz periódico. Sin embargo, había dificultades inspiradoras, vale decir, las dificultades de *El tono mayor*, que a fin de cuentas había sido humillante dejar de lado con el fin de hacer volatines para ganar algunos peniques. A Ray Limbert el acariciar amorosamente estas convicciones le valió para amenizar su proceso de culminar el libro; no es que no se sintiera algo disgustado, a mi modo de ver, por su fracasado ensayo de hacer concesiones. Si ya era triste haberse visto en la necesidad de pasar por el aro, era aún más triste que ello no le hubiera servido de nada. Pero en lo sucesivo no habría más concesiones o al menos no habría más aros. El único éxito válido es aquél en armonía con nuestra auténtica idiosincrasia. Esencialmente, la coherencia confiere distinción, y ¿qué es el talento sino el arte de revelar sin cortapisas la personalidad propia, cualquiera que ésta sea? Nuestra obra manifiesta nuestro espíritu o nada manifiesta. Con ternura rememoro que en aquella época intercambiábamos estas admirables observaciones y muchas otras; y que además éramos muy felices, pese a postergaciones y anonimatos, pese también a eventuales escalofríos como los que podía ocasionarnos el haber comprobado lóbregamente que hasta unas conscientes necedades periodísticas estaban muy fuera del alcance del vulgo. Fácil era disipar las sombras reflexionando que todo lo que había que hacer era no escribir para el vulgo; ciertamente, Limbert no escribía para el vulgo mientras elaboraba *El tono mayor*. Las dotes literarias genuinas sólo eran fatales en determinados ambientes, que precisamente eran los ambientes a los que ahora habíamos cerrado la puerta. La señora Stannace, hasta ese momento desmayada sobre sus chafados cojines, se puso en pie tan pronto como logró el aplazamiento del desposorio, y el que no hubiera logrado nada más le parecía a Maud, pálida y orgullosa, una especie de suprema victoria para ella misma, que demostraba la fortaleza de su propio temple. Eso era verdad, me pareció, máxime tratándose de una muchacha a quien la habían enseñado a ser, ante todo y sobre todo, suave y dócil cual flor. Lo que ella le daba a Ray Limbert tenía que ser pagado por éste sometiéndose, entonces y siempre, a sus caprichosas y profusas necesidades; pero ella le había hecho una generosa, casi maravillosa dádiva... y yo lo afirmo aun recordando cuántas mujeres sensibles, antaño y hogaño, han amado su obra de escritor. La muchacha con quien iba a casarse, no sólo estaba enamorada de él, sino que, además (esto era lo extraordinario), realmente había visto mejor que casi todos lo que él era capaz de hacer. Lo más extraordinario era

que no quería que hiciese nada diferente. En verdad, esta confianza ilimitada era la manifestación primordial de su devoción; eso sí, como todo acto de fe, lógicamente reclamaba milagros. Para un poeta era una esposa exquisita, aunque acaso no fuera la más idónea para un hombre poco adinerado.

Pues bien, en todo caso, tendríamos milagros y estábamos en una inmejorable tesitura para recibirlos. Cada día aumentaba el número de los nuestros, y nos forjábamos una idea elevada hasta de los singulares trabajos que redactaba nuestro amigo para ganarse las habichuelas. No encontró nada como *El Faro*, pero sí algunas revistas más o menos bonancibles que le encargaron uno que otro artículo. Aunque constantemente había de saltar de lo personal a lo alimenticio, sin duda no era un portento de ductilidad, pero sí que era, tal vez gracias a cierto método que había en esa locura, un portento de infalibilidad. Empero, no todos se percataban de ello: los directores de varias revistas le pedían que contribuyera a sus páginas, pero una sola vez. Iba granjeándose la pequeña fama de ser el hombre indicado para escribir la primera vez: su colaboración inspiraba oscuros recelos respecto de lo que podría suceder la vez siguiente. Servía para causar impresión, pero nadie parecía saber a punto fijo las consecuencias que acarrearía la impresión causada. La sencilla razón era que nadie había tenido todavía la posibilidad de leer *El tono mayor*, esa rosa ardiente que, privadamente, nosotros contemplábamos formarse pétalo tras pétalo y llamarada tras llamarada. Nada tenía importancia excepto esto, pues ya le habían prometido publicarlo en brillantes condiciones: oferta ésta muy comentada en la tertulia de Jane Highmore, donde en este punto mis remembranzas principian a espesarse de veras. Las rosas *de ella* despuntaban sin parar y su vida social iba en aumento al compás de sus éxitos editoriales. En casa de Jane Highmore nos daba la sensación de encontrar a “todo el mundo” (así pensábamos, huelga decirlo, cuando nos encontrábamos entre nosotros). Ray Limbert y nuestra anfitriona habían estrechado gran amistad, sólo empañada por el hecho de que su marido lo tenía en gran desconsideración; cuando lo llamaban inteligente, este personaje quería saber qué “ofrecía” para demostrarlo, y ciertamente no había comparación entre lo que Ray Limbert y Jane Highmore ofrecían. El señor Highmore tomaba en cuenta el volumen de trabajo realizado. Como quien se calienta al fuego de una chimenea, levantaba las colas de su levita y, tranquila la conciencia, se ponía de espaldas a la pulcra biblioteca donde varias camadas de trillizos estaban cronológicamente ordenadas. La armonía entre su esposa y su futuro cuñado se basaba, como he insinuado ya, en que a cada cual le habría gustado muchísimo ser el otro. Necesariamente valoraba Limbert a una mujer que, aparte ser la mejor criatura del mundo y adalid de su hermana menor, habría tenido, en caso de condescender a ello, tanto éxito en *El Faro*. Por su lado, la señora Highmore lo declaraba sin ambigüedades: “¿Se dan

ustedes cuenta de que él creará exactamente lo que yo quiero crear? Nunca lo crearé yo misma, pero, en cambio, él sí. En verdad creará *mi* obra, y lo odiaré por eso. ¡El miserable!”. Eso de odiarlo era afectuosa broma, pues el miserable le agradaba sobremanera.

Fue ella quien persuadió a su propio editor de que le prometiera publicar *El tono mayor* y le adelantara una importante suma a Limbert, dando por sentado que, como suele decirse, el libro tendría aceptación. Tan buena noticia fue proclamada al final de una de aquellas veladas en casa de la señora Highmore, cuando sólo quedábamos tres o cuatro personas íntimas y casi se habían acabado las reservas de cigarrillos; pero todavía habían de llegar mejores noticias en otra de tales reuniones, y jamás he podido olvidar que, como era yo mismo quien tenía el privilegio de portarlas, las reservé, pensando en el efecto que causarían, hasta que sólo permaneciera un grupo selecto. Ahora el grupo selecto era cada vez más numeroso, pero mi revelación era únicamente para sus más granados miembros... entre los cuales, naturalmente, figuraba el propio Limbert, con quien me disputé un cigarrillo antes de anunciarle que, a consecuencia de una reunión que había tenido yo aquella misma tarde, y de un sutil argumento que esgrimí con eficacia, la perla de los editores, el editor de la señora Highmore, convenía además en anticipar por entregas la novela en su revista. Estaba de acuerdo en “señalizarla” y en pagarle por tamaño privilegio unos honorarios aún más jugosos. Suscitó un rosario de balbuceos que por último se articularon en caudalosas palabras, pero al pobre Limbert le falló la voz (no ignoraba que nos volveríamos juntos) y fue alguna otra persona quien inquirió cuál había sido mi sutil argumento. No recuerdo qué florida invención respondí entonces; hoy no tengo por qué ocultar que mi sutil argumento había consistido en el sencillo alegato de que el libro era admirable. Le había dicho:

—Vamos, mi querido amigo, sea valiente. ¡Arriésguese!

El querido amigo pareció comenzar a sentirse llamado a acometer una osada proeza, y yo aumenté su cosquilleo informándolo con entera sinceridad para que no se llamara a engaño sobre la calidad de la obra. Dubitativamente se aferró a dos o tres relativismos, que barrí poniéndolo cara a cara con la imponente verdad: era, ni más ni menos, una joya. ¿No se atrevía a recogerla? El peligro que corría pareció influir sobre él como la anaconda sobre el conejo; hipnotizado y paralizado, la rosada garganta se lo tragó. Cuando una semana antes, atendiendo mi súplica, Limbert me dejó por un día el manuscrito completo, primorosamente pasado a limpio por Maud Stannace, yo me había arrebolado de indignación pensando que el autor de tales páginas carecía de los medios normales para casarse. Enardecido,

había pasado a ponerme en campaña para subsanar tamaño escándalo, conque si tres semanas más tarde, al empezar a prepublicarse *El tono mayor*, la señora Stannace fue puesta entre la espada y la pared, fue directamente por mi culpa. Para que se llevara a cabo el desposorio había exigido unos ingresos regulares; y esos ingresos regulares se lograban por fin.

Tenía que reconocerlo, y luego de mucho desconsuelo entre sus fotografías lo reconoció hasta el grado de aceptar las ventajas que habría en que la nueva pareja se quedara a vivir con ella, contribuyendo cada parte proporcionalmente a los gastos de un común hogar. Jane Highmore insistía en que no dejaran sola a su madre, mas fue la propia señora Stannace quien fijó la proporción que Limbert, al menos, a despecho de sus numerosas fluctuaciones pecuniarias, no hubo de incumplir jamás. Sus ingresos habían sido “regularizados” fuera de toda duda: la señora Stannace se había doblegado tan mortificadamente al hecho, que después de admitirlo no volvió a cuestionarlo y lo dio por sentado hasta el fin. Largo tiempo duró la aparición por entregas de *El tono mayor*, y mucho antes de que concluyera, ya Limbert y Maud habían contraído esponsales y quedado establecido el común hogar. Seguramente estos meses iniciales fueron los más venturosos en los anales de la nueva familia, con las recientes campanas de la boda y los probables laureles de la gloria, el seguro curso apacible del libro y la cordial música familiar, a la vuelta de la casa, de los estruendosos éxitos de la señora Highmore. A Ralph semejantes meses le permitieron esbozar otro libro, así como darme la feliz nueva, al cabo de algún tiempo, de que sería padre. A veces debatíamos sobre si *El tono mayor* causaba o no impresión, pero hasta no ponernos de acuerdo sobre qué hay que entender por causar impresión, nuestras discrepancias sólo podían ser ociosas. Varias personas le escribieron y varias solicitaron serle presentadas: ¿era eso causar impresión? Uno de los amenos “semanarios”, fustigando a las tediosas revistas “mensuales”, dijo que desde el principio la obra era “crasamente inartística”: ¿no era eso causar impresión? En otro lado la proclamaron “un estudio de caracteres extraordinariamente sutil”: ¿no era eso tampoco? Pero sin duda la impresión más intensa la recibió el editor cuando, al fin, el libro, en sus tres tomos de color limón, le fue servido en frío como tres flanes en una sola bandeja: no amortizó su inversión y, que yo sepa, sigue sin haberla amortizado hasta hoy. La novela de Ralph Limbert logró una gran hazaña en vez de un gran éxito. Convirtió a sus lectores en amigos y a sus amigos en adoradores; consagró al autor, por así decirlo, colocándolo fuera de discusión; pero en punto a ventas desapareció en la oscuridad. Era en suma una obra exquisita, pero que dudosamente merecía publicarse desde el punto de vista económico, e incapaz, sin lugar a dudas, de permitir que hogar alguno se mantuviera a su costa. Dada la intervención que tuve, me enteraron puntualmente de lo sucedido. La

señora Highmore insistió en que el segundo tomo le había inspirado ideas, y quizá esas ideas se encuentren en alguna de sus propias novelas, a cuya popularidad es incluso posible que hayan contribuido. La obra de Limbert no terminaba de ser exactamente lo que ella quería crear, pero se acercaba a ello. Ella lo había advertido sobre todo, me informó, a la luz de un estudio crítico que yo publiqué en una pequeña revista, del cual el editor citó profusamente en la publicidad y sobre el cual se tejió la absurda habladuría de que estaba escrito por el propio Limbert. Recuerdo que cuando pregunté cómo se había originado tan peregrino infundio, me contestaron: “¡Oh, ¿sabe usted?, es exactamente la forma en que él lo *habría escrito!*”. Acaso mi ánimo decayera un poco al reflexionar que con semejantes analogías entre nuestros estilos podría haberlas también entre nuestros destinos.

Aciago iba a ser, en todo caso, el destino de Limbert a menos que algo pudiera hacerse para impedirlo, tal como una y otra vez constatamos a lo largo de los cuatro o cinco años siguientes. Desde luego, lo que podía hacerse para impedirlo era que él escribiera el libro por antonomasia: un libro que mejorara su coyuntura, aliviara de verdad la carga que se había echado sobre los hombros y llegara a expresar inmortalmente su talento. Para las creaciones que sucedieron a *El tono mayor* tuvo que aceptar inevitablemente condiciones nada ventajosas, y además en unos momentos en que ya la modestia de sus fondos principiaba a colocarlo en un trance apretado. Con tres hijos, una esposa refinada, y una complicación aún más onerosa que éstas, era de capital importancia que un hombre diera exclusivamente lo mejor de sí. Escribiera Limbert lo que escribiese, siempre daba lo mejor de sí; al menos, tal opiné yo siempre, e invariablemente lo puse por escrito, aunque mis opiniones escritas, bien lo sabe Dios, no propiciaran la anhelada mejora de su coyuntura. Lo cierto es que todo el mundo lo opinaba también, conque entre tan numerosas preocupaciones quedaba siempre el consuelo de saber que su reputación era inamovible. Los dos libros que sucedieron a *El tono mayor* influyeron decisivamente para cimentarle esa reputación, y Jane Highmore vivía exclamando: “¡Es usted único, querido Ray, absolutamente único!”. Acerca de su reputación, a buen seguro única, al querido Ray no le cabía la menor duda en sus débiles conatos de discusión con sus editores. Su cuñada procuraba además darle buenos consejos: era un manantial de sugerencias astutas, de recomendaciones expertas. Sin duda que tales consejos habrían debido resultarle el doble de valiosos porque enteramente versaban sobre la mejor manera de “trabajarse”, como decía ella, una posición valiéndose de una pizca de marrullería. Salvo en los esporádicos casos en que manifestaba el deseo de hacer algún día, al estilo de Limbert, una obra para sí misma, nunca la oí distinguir entre el interés literario y el crematístico. Ella lo incitaba a las baladronadas, recordándole que en este mundo ignaro nos estiman de acuerdo con la idea que tengamos de nosotros

mismos, y que hasta con nuestros admiradores era una equivocación fatal ser demasiado sinceros: había que aparentar riqueza en todo instante o, por lo menos, dar a entender que los libros que escribimos se venden bien. Al escucharla se habría pensado que la profesión literaria no era más que un audaz juego de imposturas. Nuestra idea, independientemente de su valía, sólo tenía sentido si terminaba obteniendo difusión encomiástica en los periódicos. “Yo doy a entender, se lo aseguro, que su éxito es meteórico. ¡Al menos eso sí puedo hacer por usted!”, le aseveraba a menudo... ya que el señor Highmore se oponía tajantemente a que la señora Stannace se viniera a vivir *con ellos*.

A esta señora yo no podía evitar considerarla la mayor complicación en la vida de Limbert: apenas le dejaba un reducido espacio para moverse y, dentro de ese espacio, se veía obligado nuestro amigo a realizar su obra como mejor pudiera. Acaso yerro en la impresión de que ella estaba siempre encima, en el doble sentido espiritual y material de la expresión, pues Limbert, pese a no ser hombre de poner en práctica los consejos de la señora Highmore, se guardaba desapacibles confesiones y alzaba insuficientes telones como para que fuera posible escrutar la intimidad de su hogar. Acaso yo exagere retrospectivamente sus ocultas angustias, pues, al fin y a la postre, esos años fueron aquéllos en que su talento se expresó con mayor lozanía y durante los cuales se atuvo con menores inconsecuencias a su ideario artístico. No hablábamos precisamente de la señora Stannace ni, más adelante, de su propia esposa, en esas luengas conversaciones muy fumadoras que de tiempo en tiempo sosteníamos en su rinconcito, del cual pasábamos, como solíamos decir, al parque. El parque era el jardín trasero de la casa, y hasta el estudio de Limbert, contiguo al comedor, llegaba a través de su poco insonorizadora puerta plegadiza el alboroto de los niños cuando tomaban la merienda. A veces nos refugiábamos para charlar en un banco, entre los arbustos, desde el cual veíamos agitarse, en una ventana de arriba, la cabeza de la señora Stannace con su peinado en forma de tiara. Dentro o fuera de la casa la existencia de Limbert estaba abrumada por una región anonadante que, en conversación conmigo, él designaba, de un modo abarcador e inintencionadamente afilado, como el Piso de Arriba. En el Piso de Arriba era donde se fraguaban las tormentas: allí la señora Stannace llevaba sus cuentas y su ceremonial, la señora Limbert tenía sus hijos y sus jaquecas, los timbres sonaban incansablemente llamando a las criadas, y, en suma, acaecía todo lo apremiante que él, pluma en mano, debía solventar de alguna manera en su gris cuartito al nivel del jardín. No creo que le gustara subir al Piso de Arriba, mas no precisé que me comunicara detalladísimas confidencias para percibir que se le exigía que una servidumbre numerosa sí lo hiciera. Las mujeres de la familia Stannace tenían marcadas costumbres de grandes señoras, y no he conocido otra casa donde tres criadas y una institutriz dieran tanta

impresión de un séquito real. “¡Oh, son tan diabólicamente, tan ancestralmente refinadas!”, se le escapó a Limbert en un instante de fatiga. Curiosamente, era a causa de que Maud era tan polifacéticamente refinada por lo que otrora nos habíamos enamorado ambos de ella. De todos modos, aquello no era pretexto para hacer sonar la nota quejosa; ningún inconveniente doméstico podía empañarle duraderamente a Limbert la gran felicidad de aquellos años, la felicidad que nos hacía compañía cuandoquiera que charlábamos y que siempre tornaba placenteras nuestras charlas: la sensación de que él estaba pisándole los talones al triunfo, aproximándosele cada vez más, tocándolo por fin, y sabiendo que cuando volviera a tocarlo otra vez sería para aferrarlo y no soltarlo ya jamás. Claro está que por triunfo no entendíamos exactamente lo mismo, sin ir más lejos, que la señora Highmore. A guisa de definición, Limbert acostumbraba citarme algo que yo había consignado en el albur de una de mis propias páginas, cierto aforismo al efecto de que un hombre de su oficio lo alcanza si logra expresar a la perfección un tema admirable. Pues bien, ¿acaso Limbert no había rozado ya esa perfección?

3

Nada más alcanzar a conciencia la sobredicha perfección, empero, se produjo el cambio: no diré el cambio de su fortuna —¿qué importaba eso en realidad?—, sino el de su fe, de su ánimo y, más exactamente, de su método. Conforme escribo estos renglones me parece revivir la noche en que vislumbré el primer atisbo. Los encontré a los dos en una cena; eran invitados habituales que habían alcanzado el penúltimo escalón, ese escalón que teóricamente es una asistencia selectiva y en la práctica una resignación fastidiada, pues era a fines de temporada^[5] y aun espíritus más briosos que ellos ya estaban exhaustos. La noche resultaba sofocante y el ambiente del banquete era tal que constreñía la conversación de los comensales a rechazar los platos y su apetito a olisquear el perfume de alguna flor. Me extrañó, por lo tanto, hallar a la señora Limbert más animada que nunca. Tan vivida como una página de su marido, ostentaba uno de esos hálitos de hermosura que son el milagro de su sexo y uno de esos costosos vestidos que son el milagro del nuestro. Asimismo traía un elegante cupé, en el que había ofrecido salvar de un cabriolé venido a menos a una anciana aristócrata; así, pues, cuando ambas partieron le propuse a su marido, a quien encontré en la puerta, que volviéramos caminando. No anduvimos mucho sin que me confiara que tenía novedades que relatarme; él había aceptado, quién iba a decirlo, un “alto

cargo revisteril". Le habían hecho la propuesta ese mismo día y había tenido que responder en cuestión de horas, sin tiempo para reflexionarlo ni hacerse aconsejar; víctima de un súbito antojo, el señor Bousefield, propietario de una "revista mensual con clase", se había precipitado sobre él, como suele decirse, llovido del cielo. Le había ofrecido el cargo de director. Las cosas no se presentaban mal; había de por medio un sueldo y una orientación: ambos, dentro de lo que cabe, más bien elevados. Paseábamos lentamente por las calles desiertas, deteniéndonos bajo los faroles, y yo, en medio de las explicaciones que me ofrendó Limbert, y de las inferencias que realicé, procuré desechar mi acongojado presentimiento del negro desenlace. Me reveló más de lo que hasta entonces me revelara. No lograba equilibrar su presupuesto familiar, cosa que era grave: los gastos hogareños rebasaban sus posibilidades actuales. Era perentorio que por fin hiciera dinero y debía laborar exclusivamente para ganarlo. Ese último año, tal necesidad había alcanzado una fuerza rotunda, se había ensañado con él y lo había tumbado de espaldas. Él se había forjado una estrategia, esta vez no ignoraba cómo habría de proceder; en alguna ocasión apropiada en que dispusiéramos de tiempo para comentarla exhaustivamente, me la explicaría de punta a cabo. Su próximo trabajo en la revista iba a ayudarlo, con tal que él se ayudara a sí mismo. Si la estrategia fracasaba, él y Maud habrían de hacer algo drástico: cambiar de vida, irse de Londres, mudarse a provincias, alquilar una humilde residencia rural por treinta libras anuales, meter a los niños en un internado público. Lo noté excitado, y admitió estarlo: había salido de un estado como de sonambulismo. Hasta la fecha había seguido el rumbo equivocado, cometido error tras error. Y ahora lo entusiasmaba la visión del remedio; inefable, grotescamente sencilla, su nueva estrategia se le había ocurrido, sin embargo, sólo uno o dos días antes. No, no me diría cuál era; me daba la noche para averiguarla, y si yo no la averiguaba sería porque era un inconsciente igual que él. Pero un hombre que vive solo podía permitirse el lujo de ser un inconsciente. En cambio, él necesitaba unas fornidas espaldas para sobrellevar su pesada carga; por consiguiente, ahora debía procurar ante todo fornirse las espaldas. En lo atinente a su próximo cargo de director de la revista mensual, de veras le había llegado del cielo, porque de ningún modo era un caso como el de *El Faro de Puerto Oscuro*, sino lo más opuesto que cabía imaginar. Su propietario, el pujante señor Bousefield, se había dirigido a él precisamente porque su nombre, que habría de figurar en portada, *no* emblematicaba lo voluble. De lo que se trataba era de hacer —ah, desde luego que con amenidad— una protesta contra lo banal. Bousefield quería que Ray Limbert continuara siendo el mismo: para eso lo había escogido. ¿A que por parte de Bousefield era un gesto admirable y valeroso? Bousefield quería literatura, veía aproximarse la gran reacción, el nuevo camino por donde habrían de orientarse las letras. "Pero ¿dónde hallará usted literatura?", inquirí pesimista; a lo cual contestó, riendo, que no tenía

que obtener literatura, sino sólo lo que Bousefield se tomaría por tal.

En esta simple frase y sin mayor trabajo descubrí su famosa estrategia. Lo que tendría que hacer en adelante no sería su obra, sino lo que la gente se tomaría por su obra. Tan pronto como hallé una oportunidad debatí extensamente con él la cuestión y, de todos nuestros vivaces coloquios, éste permanece en mi recuerdo como el más animado a que habíamos de entregarnos. Ello no fue, me apresuro a agregarlo, porque me opusiera a sus conclusiones; fue por la mismísima hondura con que, una vez que hube sondeado sus entristecidas premisas, me llegaron al alma. Ya estaba bien de decir con Jane Highmore que él era único, absolutamente único: su impar eminencia lo había llevado al borde de la ruina. Numerosas personas admiraban sus libros, nada era más incontestable; no obstante, parecían oponerse radicalmente a suscribirse a ellos o comprarlos: los mendigaban, o los pedían prestados, o los robaban, o quizá delegaran en uno del grupo la tarea de aprenderlos de memoria y declamarlos, cual los bardos de la antigüedad, a las multitudes atentas. De cualquier modo, se precisaba una ingeniosa teoría que explicara el inveteradamente restringido caudal de sus ventas. No podían vivir de sus libros cinco personas; en consecuencia, debía modificarse ora la naturaleza de las obras en circulación, ora la de los organismos que se alimentaban de ellas. Probablemente el cambio primero era más factible de considerar que el segundo, y así lo hizo Limbert con soberana intensidad, y esta intensidad, aún mayor que la que hasta entonces había tenido yo ocasión de admirar en él, auguraba novedosidad e imprevisibilidad en la próxima etapa de su carrera.

—He estado dándome cabezazos contra un muro como un idiota —me dijo en nuestros ratos confidenciales—; y usted, mi querido amigo, si no le importa que se lo diga, ha estado ayudándome a que hiciera el idiota. Nos pasábamos horas hablando de “triumfo”, válgame Dios, como enclaustrados monjes que cantasen a coro, acariciando la bella ilusión de que estriba en las obras mismas, en expresar de una forma admirable un tema admirable, como usted decía, o en hacer más vibrante, como no sé quién ha dicho no sé dónde, la voz propia. En suma, he procedido como si lo único que hubiera que hacer fuera acatar la ley del talento propio, y me figuraba que si ciertas consecuencias no se producían era por la sencilla razón de no haberla acatado suficientemente. Mi desastre me ha estado bien empleado... quiero decir, por haber usado aquella maldita palabra. No es más que una palabreja de viajante de comercio, de buhonero. ¿Qué es el “triumfo” a fin de cuentas? Cuando un libro está bien, está bien; desde luego es una vergüenza que no lo esté. Cuando se vende, se vende; da dinero igual que las patatas y la cerveza. Si en un sentido acecha el descrédito artístico, y en el otro los inconvenientes de la popularidad, ciertamente es cómodo, pero de ninguna

manera glorioso, haberse escabullido de ambas cosas. Los varones discretos no alegan su probidad o su mala suerte. ¡Al diablo el triunfo! Quiero que mis libros se vendan; quiero resultar popular. Es asunto de vida o muerte. Tengo que transitar ese camino. He transitado demasiado el camino opuesto... y ya me lo conozco palmo a palmo. Necesito cultivar el mercado; es una ciencia como cualquier otra. Tengo que ser infernalmente astuto. Será divertidísimo, lo presiento: viviré una existencia resonante y cosecharé pingües beneficios. No he sido fácil; debo *ser* fácil. No he sido accesible; debo *ser* accesible. Es otro arte... o tal vez no sea arte de ninguna manera. Es algo distinto; servidor tiene que descubrir qué *es*. ¿Es algo endemoniadamente raro? ¿Se sonroja usted? ¿Algo apenas decente? ¡Pues mayor incentivo para la curiosidad! La curiosidad es un acicate formidable; nos divertiremos enormemente. Cualquiera lo hace: sólo hay que dominar el método. Desde luego tengo muchísimo que olvidar; pero ¿qué es la vida, como dice Jane Highmore, sino una lección? Tengo que tomar de Jane todo lo que pueda, y todo lo que ella pueda darme. Jane no sabe explicarse mucho: es pura intuición; sus procesos mentales son oscuros; la inspiración desciende sobre ella y se apodera de ella. Pero mi propósito es estudiarla reverentemente en sus obras. Sí, una vez me retó usted a que la leyera, pero ahora tengo afilada mi espada: declaro que voy a leer uno de sus libros. Juro que lo haré. ¡Y lo terminaré aunque perezca!

No pretendo que hiciera de una vez todos estos comentarios; mas no dejó de hacer ninguno de ellos en un momento u otro, pues menudearon las ocasiones propicias ya que había pasado a consagrar de todo punto su vida a esta nueva necesidad. No era cuestión de que contara o no contara, valga la expresión, con mi solidaridad moral: la contundente circunstancia de sus desdichas no permitía emitir juicios de valor; trocaba todas mis emociones en ansias de coger los prismáticos. Yo lo observaba como habría observado una larga carrera o una partida de caza, poniéndome irresistiblemente de su parte aunque muy ocupado en calcular sus posibilidades de éxito. A decir verdad, confieso haber tenido muchas veces el corazón en la boca a causa de la infinita distancia que tan rápidamente tenía él que cubrir. Lo veía correr sin descanso por la árida llanura, lo veía adelantarse, virar, ganar, perder; y durante todo el tiempo albergaba yo una secreta convicción. Yo quería que pudiese mantener su populoso hogar, pero íntimamente no ignoraba que si lograba tener éxito con su actual método, le profesaría menos estima. Y eso me instilaba un completo horror. Mientras tanto, en todo lo que estaba a mi alcance, yo lo sostenía y auxiliaba... tanto más cuanto que desde el comienzo lo había prevenido categóricamente, con una compadecida sonrisa que él en su bondad no juzgó exasperante, contra cualquier crédula presunción de que a un hombre le cupiera escapar de sí mismo. Por lo menos era manifiesto que Ray Limbert jamás podría escapar de sí mismo; pero uno podía

simular por él, y simularlo porfiadamente, que sí podría... y en un principio el señor Bousefield resultó una espléndida contribución a ese fin. Ralph estuvo encantador al manifestarme que también para mí era ésta la definitiva oportunidad: la oportunidad, tan milagrosamente concedida, de que yo colaborara en una publicación de renombre. Él no tenía inconveniente en que mi firma apareciese a menudo, pues ¿acaso no estaba yo precisamente en el nuevo camino por donde según el señor Bousefield iban a orientarse las letras? Eso era lo menos que él podía hacer por mí. Y yo podría escribir sobre lo que quisiera, sobre absolutamente todo... excepto sobre el nuevo estilo de Ralph Limbert. Él no quería que nadie hiciera notar ostensiblemente el surgimiento de este segundo estilo; era menester obrar en forma subrepticia, dejar creer al público haberlo descubierto por sí mismo desde hacía mucho tiempo. “¿Ralph Limbert? Caramba, ¿es que alguna vez no estuvo presente en nuestras vidas?”. Eso deseaba que acabaran diciendo. Por lo demás, el público detesta cualquier asomo de estilo, y nunca hay que despertar a un león dormido. Había convenido con el señor Bousefield —y él no necesitó insistir en esta cuestión: fue este hombre excelente el que insistió— que publicaría en la revista, por entregas, una de sus preciosas novelas. Respecto de la calidad de su próxima novela, empero, Limbert planeaba solapadamente mostrarse menos exigente que con el resto de las colaboraciones. Tal era otra de las razones por las cuales no debía yo escribir sobre su nuevo estilo; era prudente no alertar al señor Bousefield sobre que la revista de gran categoría estaba expuesta a prostituirse. Para cuando lo descubriera por sí mismo, el público —*le gros public*— ya habría mordido el anzuelo, y quizá ello alentara al señor Bousefield a mostrarse magnánimo y perdonar. En suma, todo tendría calidad literaria, y yo la tendría por encima de todo; sólo Ralph Limbert no la tendría; antes preferiría abandonar la empresa. Sería tosco, burdo, basto; deliberadamente sería como no había sido antes.

A su debido tiempo percibí que el conseguir que “todo lo demás” tuviera calidad literaria le daba más trabajo de lo que habría pensado; mas este quebradero de cabeza quedaba ampliamente resarcido por la facilidad con que podía lograr que nadie excediera la cota máxima que él mismo había fijado en su fuero interno. Había aprendido bien la vieja lección de *El Faro*: tenía presente que a la hora de la verdad su función debía ser bajar el nivel de sus colaboradores más bien que subirlo. En ocasiones me parecía que llevaba esta idea una pizca demasiado lejos, pero me instó a no afligirme: tenía su límite, y su límite era inexorable. Reservaría la vulgaridad total para su novela por entregas, que lo hacía sudar sangre; todo lo demás se caracterizaría por la mejor de las características: esa medianía que ata, que gusta. Bousefield, reconoció él, era orgulloso, era riguroso: nada le parecía lo bastante bueno salvo lo convencionalmente bueno; pero Limbert se había

acorazado contra eventuales comentarios adversos a su nueva creación, resuelto a no cejar en su noble empeño. ¿No era cierto, por lo demás, que si desde arriba lo acusaren de ligereza, su fuerza consistiría en señalar mis colaboraciones? Por eso mismo, yo debía dar libre rienda a mi talento, yo debía abundar en mi propia dirección, yo debía ser su recurso en caso de accidente. Su idea del accidente era que de pronto el señor Bousefield advirtiera lo que el director de la revista urdía soterradamente en materia de ficción por entregas. Entonces éste habría de admitir con toda humildad que en efecto no era eso lo que su dilecto amigo quería, pero ahí estaría yo más que nunca para ser presentado como un paradigma saludable. Entretanto, mi misión era distraer la atención con colaboraciones ostentosamente arduas, bizarramente impopulares; debería asegurarme de tener siempre a mano alguna colaboración de esa índole. Yo siempre tenía a mano muchas colaboraciones de esa índole; no necesitaba preocuparse: todos los meses, gracias a mí, la revista estaría en condiciones de responder satisfactoriamente ante aquella posible acusación de incumplir el nivel de exigencia del señor Bousefield. En conversación con Limbert, el señor Bousefield había manifestado —eso sí, tras mucha reflexión— que estaba dispuesto a ser perfectamente humano; pero asimismo había agregado que no estaba dispuesto a que abusaran de su mansedumbre. Yo me consideraba cualquier cosa excepto la personificación de semejante abuso... y eso que yo también proyectaba (oculté estas intenciones a mi amistoso director) alcanzar mayor repercusión popular. Me atrevo a decir que tenía más fe en mi proyectada trivialidad que en la de Limbert; al menos juzgué que esa dorada medianía en que él cifraba su prosperidad en cuanto director estaría mejor asegurada si también la practicaba yo mismo. Mes tras mes la practiqué en forma de una monstruosa superficialidad, sólo rogándole al cielo que mi director no me dijera, como tantísimas veces me había dicho en otras coyunturas, que mis escritos eran excelsos. Yo no ignoraba lo que ello significaría: significaría, en resumidas cuentas, el desastre de mis anhelos de populismo. Lo que sí llegó a decirme cordialmente fue que mis escritos eran lo preciso para llevar a buen puerto su artimaña (su nueva manera había traído consigo una adopción seria —sería menos cuando bromeábamos sobre ella en la intimidad— de las locuciones típicas de una genuina aventura temeraria). Lo que yo intentaba era mantenerlo a ciegas a él, tal como él al señor Bousefield, y nada evidenciaba que no estuviera yo lográndolo considerablemente; cada caso, pues, le ofrecía al otro un auspicioso paralelismo. Él nunca advertía mi descenso, y por lo tanto cabía pensar que el señor Bousefield nunca advertiría el suyo. Pero ¿y si al final no lo advertía absolutamente nadie?: ésta era una pregunta que me salpimentaba la vida con un sentimiento de suspense. Tantas cosas dependían de semejante interrogación, que lo que me alivió fue no saber enseguida la respuesta. De hecho hube de aguardar por espacio de un año, el año de prueba que Limbert había sonsacado sagazmente

al señor Bousefield, ese año durante el cual, gracias a su infernal astucia, el señor Bousefield no habría de intervenir en la revista. Limbert nos había suplicado que durante ese transcurso lo dejáramos solo. Su terror a mi bisturí crítico era una rara fuerza pavorosa que lo espeluznaba permanentemente: él lo explicaba por el hecho de que yo lo comprendía demasiado bien, tornaba demasiado explícitas sus intenciones, escudriñaba cada rincón de sus novelas. Y cuanto más escudriñaba yo su obra, menos se vendía su obra; literalmente lo ponía al desnudo, y eso le era fatal.

De acuerdo con su deseo, me abstuve de hablar sobre su libro próximo. Más aún: cerré los ojos, me tapé los traicioneros oídos. Indujo a muchos de nosotros a que hiciéramos tal cosa (de tamañas devociones éramos capaces), conque, sin echar una ojeada a sus páginas mes tras mes y sin oír nada sobre ellas fuera de su ansioso silencio abochornado, sólo vagamente participé en los murmullos que hubo en torno de su sacrificio. Corría la voz de que los lectores se llevarían una sorpresa; se rumoreaba, se escribía, que Limbert estaba haciendo una desesperada apuesta. De su inminente obra se murmuraba que era “producto de un cálculo para obtener una aceptación más general”. Estas noticias suscitaron la reprobación de determinados sectores y sobre todo, pienso, de ciertas personas que jamás lo leyeron, o que desde luego no habían gastado nunca un chelín por él y que estaban pendientes, a más no poder, de las atracciones que les ofrecía el mismo diario que informaba de su degradación. Hasta cierto punto me esperanzó tanta inclemencia; parecía implicar que él estaba haciendo algo realmente sonado. Por otro lado, me alarmé de todo punto cuando llegó a mis manos un periódico estadounidense (que en principio quería yo leer por razones distintas del motivo que me consternó), el cual, inesperadamente para mí, citaba un pasaje de nuestro amigo extraído de la más reciente entrega de la revista. El pasaje —por más que me resistí no pude dejar de leerlo— era sencillamente soberbio. ¡Ah, *tendría* que irse a vivir al campo si era eso lo peor que conseguía escribir! Me embargó la desazón al comprobar cuán minúsculos eran sus progresos desde la época en que se le había ocurrido competir con Pat Moyle. Pat no habría podido firmar ni un renglón del párrafo citado en el periódico estadounidense. Durante las postreras semanas, conforme se aproximaba el momento de leer la obra entera, apenas si logré soportar mi gran impaciencia por hacerlo, y jamás olvidaré la tarde de julio en que pude poner punto final a mis dudas. Al regresar a casa a la hora de comer encontré los dos volúmenes sobre mi mesa de trabajo; y la noche entera la pasé absorto en su lectura, deslumbrado, azarado, frotándome los ojos, estupefacto ante la monstruosa farsa. ¿*Era* una monstruosa farsa su segunda manera?, ¿era *esto* su estilo renovado, su desesperada apuesta, su cálculo para obtener una aceptación más general y su estrategia para eludir el fracaso comercial? ¿Había estado engañando a todos sus amigos o, lo que

es aún más doloroso, se había engañado a sí propio? ¿Fácil? ¿Cómo diantres podía considerarse fácil? ¿Accesible? ¿En qué lugar del mundo podía ser accesible? En ese libro intenso y fascinador había puesto toda su inteligencia y su poder hechiceresco: era una obra maestra desatada, sobrehumana, inexorable, aplastante. Era, qué duda cabe, al igual que sus antiguas crónicas de *El Faro*, lo más bajo que podía caer; pero la perversidad del esfuerzo, aunque heroico, había sido frustrada por la pureza del talento. ¿A qué espejismo había cedido, qué mudable brújula traidora lo había guiado? Su honra permanecía invulnerada, sus mercenarios proyectos habían quedado fallidos. Me sentí demudado por la entera impresión y mis subsiguientes consideraciones. Era un fiasco demasiado magnífico, era un triunfo demasiado horrible; lo celebré con una extraña tristeza, lo deploré casi con arrobamiento. A decir verdad, en tanto la rauda noche palidecía y yo, vacilante de emoción, me asomaba a la altísima ventana de mi cuarto a fin de buscar el resplandor de la aurora estival, acabé percatándome de que visitaban mis ojos lágrimas de conmiseración maravillada. Al Este, sobre los tejados de Londres, el cielo se tornaba de un admirable escarlata trágico. Ése mismo era el color de su memorable equivocación.

4

Si la impresión que tuve no hubiese sido tan gravosa, seguramente se la habría comunicado no bien terminé el desayuno; mas la situación era tan turbadora que pasé meditabundo la mitad del día, nuevamente zambullido en el libro, dando vuelta casi febrilmente a sus páginas y haciendo lo imposible por hallar en ellas, en beneficio de mi amigo, algún indicio de tranquilidad, alguna razón para congratularlo. Las consecuencias de esta imprudente tentativa fueron sencillamente escalofriantes: los malditos volúmenes, imperturbables e impecables, con sus inagotables secretos y su profundísimo calado, hacían pensar en una bella mujer cada vez más enigmática o en la repetida audición de una magnificante sinfonía. En su manera de escurrírseme había algo casi siniestro. Sin embargo, no podía callar (mi silencio haría suponer que la novela no era de mi gusto); así que al caer la tarde, haciendo acopio de valor, me acerqué a la casa del infeliz Limbert, aunque dando cuantos rodeos pude. Por el camino vi pasar en una lujosa victoria^[6] a Jane Highmore, quien al reconocerme enseguida dio muestras de agitación e inmediatamente hizo detenerse el carruaje. Para mí fue un alivio: ello demoraría el instante en que yo tendría que afrontar el pálido rostro delicado de nuestro amigo

esperando mi justo dictamen. Ante la arrebolada inquietud con que la señora Highmore me preguntó si sabía las últimas noticias inferí que un dictamen había sido dictaminado ya.

—¿Qué noticias? ¿Sobre el libro?

—Sobre esa insoportable revista. Maud y Ralph están consternados en extremo. Él ha perdido su colocación: tuvo una espantosa trifulca con el señor Bousefield.

Quedé atónito, pero no sin entender, pese a mi estupor, que la Historia se repite. Recordé a Maud, años atrás, haciéndome saber que lo habían destituido de *El Faro*, y ahora, vagas, fantasmales, las mismas razones flotaban en el aire. Esta vez, sin embargo, yo estaba prevenido; lo había sospechado. Luego de una pausa recobré el aliento suficiente para inquirir:

—¿La hizo demasiado banal?

La perplejidad de la señora Highmore sobrepasó la mía:

—¿Demasiado “banal”? La hizo demasiado trascendente. El señor Bousefield dice que ha hundido la revista. —Al advertir mi asombro, ahondó—: ¿No se ha enterado de lo que ha ocurrido? ¿Es que Ray, en su aflicción, pobre hombre, no ha mandado llamarlo? ¿No ha oído nada de nada? Entonces será mejor que se entere antes de verlos. Suba, se lo relataré mientras damos una vuelta. —Estábamos junto a Regent’s Park. En cuanto subí con extraordinaria alacridad y el carruaje empezó a cruzarlo, prosiguió—: Sucedió lo que yo temía, ¿sabe? Destilaba cultura. Le confirió un nivel demasiado alto.

Sentí que me hundía en el derrumbe general:

—¿De qué habla usted?

—Caramba, de esa condenada revista. Se han quedado en la calle. Tendré que cargar con mamá.

Me sobrepuse:

—¿Qué diantres, entonces, pretendía Bousefield? Afirmaba desear categoría intelectual.

—Ya, pero Ray se extralimitó.

—Caramba, Bousefield decía que nunca podría tener *demasiada* categoría.

—Pues Ray se las industrió para excederse: interpretó tan literalmente las palabras del señor Bousefield. Por lo visto, la empresa iba marchando pésimamente, pero el propietario no podía rechistar, porque había pactado dejarle al director la libertad más absoluta. Tenía que permanecer cruzado de brazos mientras su barco zozobraba. Hace uno o dos días terminó el plazo de prueba, conque ya podía hablar por fin. Y habló, según Maud, de una manera fulminante; fue a la casa y le echó una bronca al pobre Ray. Ray no se abstuvo de replicarle: le recordó su propia idea acerca del nuevo camino por que habrían de orientarse las letras.

Balbuocé desconsolado:

—Y ¿abjuró Bousefield de aquella idea? ¿No se orientarán ya las letras por ese camino?

La señora Highmore vaciló:

—Se diría que las letras no tienen mayor prisa. En todo caso, Ray se les ha anticipado indebidamente. Habría debido contemporizar un poco, dice el señor Bousefield; pero yo empiezo a creer —dijo mi compañera— que Ray no *sabe* contemporizar, ¿no le parece? —Como aún duraba mi emoción del día anterior, difícilmente estaba en condiciones de contradecirla—. Publicaba colaboraciones excesivamente intelectuales.

—¿Excesivamente intelectuales?! —me extrañé—. ¡Caramba, a mí en muchos casos (en la mayoría de ellos, para ser exactos) me parecían bastante ñoñas!

—¡Oh, usted es aún más exigente que él! El señor Bousefield dice que por supuesto quería colaboraciones sugestivas e inteligentes, de las cuales pudiera jactarse. Pero argumenta que Ray no hace la más mínima concesión a las debilidades humanas. Que daba todo en dosis abusivas.

Perceptiblemente para mi compañera, según me temo, me estremecí ante sus palabras; experimenté una punzada que me hizo reconsiderar. Entonces dije:

—¿Se refiere usted, por ventura, a *mis* colaboraciones? —Tanto se demoraba

la señora Highmore en responderme, que de algún modo cobré conciencia de una nueva desazón; y al cabo de un instante, encarándola en un todo, le puse una mano sobre el brazo, le atalayé el rostro e insistí apremiantemente—: ¿Cree usted que el señor Bousefield hablaba de mis “Lucubraciones ocasionales”?

Por último afrontó mi mirada:

—¿Se siente capaz de arrostrar que yo se lo diga?

—Supongo que ahora ya me siento capaz de arrostrar cualquier cosa.

—Pues bien, sí que es eso lo que intentaba yo insinuarle. Han discutido largamente por usted. El señor Bousefield quiere que él lo expulse de la revista.

Le así el brazo con aún mayor apremio:

—¿Y Limbert no acepta?

—Parece aferrarse a usted. El señor Bousefield dice que no hay revista que pueda permitirselo.

Se me escapó una carcajada que sobresaltó al cochero.

—Caramba, mi querida amiga, ¿el señor Bousefield tiene realmente idea de lo que le cuesta? —dije.

—Vaya que sí. Dice que es usted caro a cualquier precio, que contribuye como nadie a que la nave se vaya a pique. Sus “Lucubraciones”, llamadas “ocasionales”, son mortalmente asiduas: usted escribe allí mes tras mes y no escribe para ninguna otra publicación. Y no aporta precisamente un aumento de lectores.

—Lo que apporto son las más deliciosas de las ironías.

—Tengo entendido que Ray contestó lo mismo. El señor Bousefield replicó que sus deliciosas ironías aburren a las piedras y hacen desertar al público. Nadie puede comprender lo que usted escribe, y aunque comprendieran, tampoco los interesaría. Que conste que estoy limitándome a repetir sus palabras.

—Nunca pare de hacerlo, se lo ruego; a ver si, así, Limbert las toma en consideración. Y ahora tengo que dejarla, si no le importa: necesito hablar de eso

con él a la mayor brevedad.

—Lo llevo hasta la casa. Porque eso no es todo —dijo la señora Highmore. Y, conforme proseguía el carruaje, me participó lo restante—: El señor Bousefield le salió con un inequívoco ultimátum: le exigió la necesaria incorporación de Minnie Meadows.

—¿Minnie Meadows? —Quedé desorientado.

—La nueva satírica de quien todos hablan. Escribe una serie de parodias descacharrantes y él quiere que el pobre Ray la contrate para la revista.

—¿Ésa es la idea de la literatura que tiene el señor Bousefield?

—No, pero según él es la idea que tiene el público y en *alguna* medida hay que tomar en cuenta al público. *Aux grands maux les grands remèdes*. Hay que reconquistarlo a toda prisa, y para ello nadie mejor que Minnie. Es la mejor concesión que podría hacerse a las debilidades humanas; valdría, cuando menos, para probar que no todo va a ser tan... vaya, tan como *usted*. Ahora bien, Ray no acepta contratar a Minnie, no está dispuesto a descender hasta Minnie, no quiere ni oír hablar de Minnie. Cuando el señor Bousefield (algo autoritariamente, según creo) le manifestó que Minnie era la condición *sine qua non* para que continuara dirigiendo la revista, Ray le contestó con cierta virulencia diciéndole que se fuera con Minnie a un lugar inmencionable. Y la historia se acabó, claro está. En verdad fue toda una escena.

—Eso mismo fue lo que aconteció en *El Faro* —repuse cabizbajo—. ¡Pobre hombre, parece destinado a las grandes escenas! ¿Fue por Minnie, pues, por lo que definitivamente cortaron? —La señora Highmore exhaló desesperanza en un sonido que interpreté como un asentimiento, y cuando el carruaje hubo avanzado algún trecho más, bruscamente salí de mi ensimismamiento infiriéndole gran sorpresa—. ¡No es posible! ¡*Debe* rebajarse hasta Minnie!

—Demasiado tarde... aparte que todavía hay algo además de todo lo que acabo de referirle. El señor Bousefield hace otra objeción.

—¿Cuál, si puede saberse?

—¿No la adivina?

Reflexioné:

—¿Que tampoco publique sus novelas?

—Ni un renglón más de ellas. Es otra cosa que ninguna revista puede tolerar. Ahora que ya ha aparecido el último capítulo de la más reciente, el señor Bousefield se declara totalmente defraudado.

Literalmente di un salto en el asiento:

—Entonces, ¿le parece vulgar?

La señora Highmore semejó asombrarse:

—Qué va, le parece pesado.

—¿Pesado? ¿Ralph Limbert? ¡Pero si es tan fino como una aguja!

—Viene a ser lo mismo: una aguja no es capaz de atravesar la pared de la indiferencia lectora. El señor Bousefield contaba con algo que *penetrara*, algo que tuviera un éxito más vasto. Ray dice que quiere berbiquíes descomunales. — Desfallecí una vez más; mi ligera exaltación se trocó en melancólico alivio; y luego de un instante de silencio le pregunté si ella había leído la novela de nuestro amigo—. No —contestó—; antes de que saliera el primer capítulo, él ardientemente me hizo prometer que no habría de leerla.

—¿Ni siquiera ahora, cuando se ha publicado en libro?

—Me pidió que nunca la leyera. Me dijo que estaba ensayando algo inferior. Naturalmente, comprendí lo que se había propuesto, y le rogué que me permitiera hojearla por mera curiosidad. Pero se mantuvo en sus trece, afirmando que no podía soportar que una mujer como yo lo viera caer tan bajo.

—A Dios gracias, sólo ha caído en la miseria —repuse—. Su experimento es ni más ni menos que un fracaso.

—En tal caso, ¿Bousefield *tiene* razón? ¿El libro no marchará?

—No dará ni un paso, como dicen en Fleet Street^[7]. Es de extraordinaria belleza.

—¡Pobrecito, después de tanto afanarse! —suspiró Jane Highmore con extraordinaria ternura—. ¿Qué va a ser de ellos, entonces?

Me quedé callado un instante.

—Tendrá usted que cargar con la señora Stannace —dije.

También ella se quedó callada.

—¡Antes debo hablarlo con Cecil! —respondió por último. A aquellas alturas, Cecil, o sea el señor Highmore, ya tenía ideas comprobadas, y yo lo sabía, acerca de la general imposibilidad de cualesquiera condiciones circundantes para adaptarse al temperamento de la señora Stannace. Mucho se alegraba de que su suegra hubiese encontrado el idóneo hogar donde vivir. Ese hogar era el de Ray Limbert, escritor imperceptible pero persona maleable—. Los pobrecillos todavía piensan, ¿sabe usted? —completó mi compañera—, que la novela dará inicio a su fortuna. Si es cierto lo que usted dice, quedarán cruelmente chasqueados.

—¡Si lo sabré yo! Su novela me ha hecho pasar una noche inolvidable. Él preservaba sus ilusiones gracias a que muchos nos habíamos comprometido a no leerla mientras aparecía por entregas. Como ignorábamos la verdad, nada teníamos que decirle. Lo cierto es que, ahora que la verdad ha salido a la luz, es casi parejamente difícil saber qué decirle. De ahí que yo no acabara de animarme a visitarlo. ¿Cómo expresarle mi entusiasmo después de su desenlace con el señor Bousefield?

Mientras que yo continuaba presa del nerviosismo, mi compañera experimentó cierto acceso de serenidad:

—¡Pues entonces celebro no haberla leído y, por lo tanto, no tener cosas desagradables que decirle! —Habíamos llegado a la puerta de la casa de Limbert, y yo le hice señas al cochero para que se detuviera—. Pero volverá a intentarlo con esa persistencia que lo caracteriza: confiará en la próxima vez.

—Siempre ha confiado en el futuro. ¿Qué remedio le queda, si comprueba que el éxito inmediato va a parar a otros? Como no sabe moverse en el presente, lucha pensando en los días que habrán de venir. Admito que su plan de una “nueva manera” lo ha movido a luchar más que nunca. Da igual —sentenció, sin excesivas ganas de apearme del carruaje—. La necesidad de mantener a su familia, la esperanza de gustar a un público masivo, continuarán atándolo a la próxima vez. Pero la próxima vez quedará tan chasqueado como ahora. ¡Y la próxima y la próxima y la próxima vez!

Yo hablaba con un tono de clarividencia casi preternatural; a todas luces,

ello hizo estremecerse a la señora Highmore.

—¿Qué será de él, entonces? —insistió quejumbrosamente.

—No creo que me interese demasiado lo que pueda ser de *él* —respondí con un visible aumento incesante de mi fanatismo—; yo diría que ya es bastante trabajo preocuparse de lo que pueda ser de su facultad de procurar belleza. En suma, ignoro si su obra tendrá éxito algún día; únicamente estoy cierto de que proseguirá realizándola. Y siempre será de la misma calidad. De nuevo luchará con presunta y todavía más infernal astucia para que el vulgo lo lea, y de nuevo el vulgo lo eludirá fatalmente, pues su infernal astucia será inútil disfraz de su genio. —Detenidos frente a la casa, yo continuaba augurando el porvenir del pobre Limbert. Extrañamente, me consolaba saber lo peor, y seguía vaticinando con una seguridad que hoy, retrospectivamente, se me antoja pasmosa—: *Que voulez-vous?* ¡Es imposible fabricar alpargatas con hilo de seda! Resultará todo lo lamentable que usted quiera, pero hay personas que no pueden ser vulgares por mucho que se esfuercen en ello. *Él* no puede serlo; no logrará serlo, se lo garantizo, ni siquiera una vez. No basta luchar por ello: es un don fatal. Es notorio que a Limbert no le es dable bajar de sus alturas. Pertenece a las alturas. Esas alturas inhala, en esas alturas habita, ¡y hasta esas alturas no tengo otra alternativa que ascender —concluí, mientras me despedía de mi cobijadora— para llevarle las feas noticias del mundo en que *nosotros* vivimos!

5

Pocos meses bastaron para otorgarme la razón cabalmente. El libro no dio ni un paso, tal como había dicho yo; permaneció estancado en el mismo sitio, y no mucho después caía en el vacío como por uno de esos precipicios que dejan boquiabiertos a los turistas. En otras palabras, los lectores fueron con él tan implacables como Ray Limbert con Minnie Meadows. Con una festiva cabriola, Minnie saltó la valla que le opuso Limbert, no obstante; en cambio, Limbert se vio tristemente impotente para salvar el muro de la soberana indiferencia del público. Aquellas próximas veces de que hablé en mi diálogo con Jane Highmore, las contemplo ahora depuradas por la memoria. Él reintentó su desesperada apuesta, y nuevamente luchó en vano. Mucho me temo que, a causa de su ruptura con el señor Bousefield, en los círculos profesionales lo etiquetaron como una especie de

personaje intratable; y con entera franqueza puedo asegurar que yo jamás logré obsequiarle ninguna sórdida prebenda por haber promovido mi labor cuando se le había presentado la oportunidad de protegerme. Para mi propio consuelo pienso que cualquier perjuicio que yo le hiciera con la intempestiva publicación de una serie de artículos críticos pensados para lectores distintos de sus ya convencidos admiradores, en todo caso era equivalente al perjuicio que él mismo se hacía. En más de una ocasión, tal como ya he apuntado, hube de callarme cediendo a sus propios ruegos; pero, en los casos en que él veía la oportunidad de darme un espaldarazo, mi frecuente alegato de que tales favores no eran prudentes no conseguía hacerlo percatarse del peligro que entrañaba para él la posibilidad de que el público asociara nuestros nombres. En resumidas cuentas, él cantaba mis alabanzas siempre que podía: a veces en algunas revistas donde su firma aún gozaba de crédito, a veces en las fiestas a que acudía. Hablaba de mí a los demás cuando no conseguía que me invitaran a formar parte de unas y otras, aunque permanentemente entraba en nuestro pacto el que yo no me ocupara de él. “¿Cómo puedo ayudarlo eficazmente si usted me pondera?”, acostumbraba él preguntarme; desde mi punto de vista, se mostraba exageradamente temeroso de que pudieran acusarnos de amiguismo. A mí ese riesgo me dejaba frío, pues mis elogios no obedecían a razones de orden privado; sin embargo, tal como ya he sugerido, si yo permanecía mudo era sobre todo porque me entregaba a una fascinada observación del curso de su carrera, fascinada observación que de suyo constituía un homenaje y a la que en aquellos accidentados años postrimeros él mismo me había restringido a efectos prácticos.

Veo escorzado todo lo restante de su paradójica existencia: en mi actual posición lo veo desde el final hacia atrás, con los pequeños detalles más contemporáneos agrandándose tal como ocurre en las perspectivas naturales. Inicialmente, emigrar de Londres le prometió indiscutibles ventajas —menores gastos, mayor ocio—, condiciones todas que habrían de llevarlo repetidamente al posible éxito de la próxima vez. La señora Stannace, que censuraba terminantemente semejante decisión, aducía que su yerno, si quedaba desterrado en un villorrio, limitado a la sociedad de las aves domésticas, se vería desprovisto de ese contacto indispensable con el ancho mundo cuyas maneras y costumbres debe reflejar un pintor de la comedia humana. Ella esgrimía los más vistosos argumentos para conservarlo en contacto, como lo denominaba ella, con la buena sociedad: preguntaba, más bien insistentemente, sobre qué podía escribir un novelista desde el momento en que cesara de tener a mano a la aristocracia para plasmarla a partir de la observación directa. En Londres, por fortuna, un hombre inteligente era ni más ni menos que un hombre inteligente: en Londres había mansiones encantadoras donde una persona de la indudable capacidad de Ray,

aunque careciese de la facultad de hacer el mejor uso de la misma, nunca dejaría de hallar un rinconcito discreto desde el cual observar decorosamente el caleidoscopio social. Pero ¿qué importancia tenía el caleidoscopio de las aves domésticas y a qué ilusorios ahorros no habría de conducirlo su ir y venir por la campiña (con tanto dinero como cuesta alquilar calesas en las hosterías) para dejar tarjetas de visita en las residencias de los diversos magnates del condado? Esta inquietud por los temas que había de tratar Limbert en sus obras era la especiosa púrpura con que, denodadamente resuelta a no vivir apartada en una aldea, la señora Stannace engalanaba su aversión a colocarse bajo la férula de Cecil Highmore. No ignoraba que Cecil Highmore era el dueño y señor de su casa entera, lo mismo de la planta baja que del piso de arriba, conque no cejaba en su cuento sobre las conveniencias que el Norte de Londres procuraba a las obras de Limbert. A todo esto, la casa de los Highmore quedaba en un elegantísimo barrio de dicha zona, habiéndose mudado ellos recientemente a Stanhope Gardens; pero Cecil Highmore era maravillosamente avisado y no anhelaba trato alguno con su suegra como no fuera en calidad de mera visitante. A la señora Stannace no le gustaban las posiciones falsas; pero, por otro lado, no se resignaba a sacrificar sus antiguas costumbres. Su mundo sí que era un mundo de mansiones encantadoras donde dejaba tarjetas de visita, y fue una suerte que desde el Piso de Arriba no pudiera escuchar el juicio que a Limbert, en su cuartito gris, mientras me comentaba sus nuevos proyectos de vida, le merecieron los magnates de condado y las conveniencias de Londres. Desposeída de toda garantía, la señora Stannace terminó por irse a vivir a Stanhope Gardens cual simple criada, con restricciones incluso al número de sus pertenencias que podía traerse, en tanto que, durante el año que sucedió a este cataclismo, Limbert, paseándose conmigo entre las aves domésticas (fui a visitarlo con frecuencia), solía explayarse largamente sobre que, habida cuenta de lo que actualmente trataba de hacer en el terreno literario, era una gran ventaja haberse librado del caleidoscopio social. Habiendo pergeñado una infalible fórmula descaradamente comercial para su próximo libro, ¿qué podían importarle la comedia humana o las maneras y costumbres o el ancho mundo o el alquiler de las calesas? Tanto daba un lugar como otro para llevar a cabo su remozada nueva estrategia. Había hallado un rinconcito tan discreto como el que más de cualquier mansión encantadora: una vieja casa húmeda de baratísimo alquiler, lo cual le permitía, además de costear la educación de su pro genie, el supremo lujo de comportarse como un hombre pobre. Esta última era una satisfacción que *ces dames*, como las motejaba él, nunca habían querido concederle.

Al principio me desoló que fuera tan ínfima su recompensa, tan magra su conquista; pero acabé por sentir el encanto de su actual sencillez: era un albergue

para los tres o cuatro nuevos esplendorosos malogros a que adivinablemente estaría condenada su estrategia. Los limité a tres o cuatro porque tuve la punzante impresión de que su aventura revisteril, a despecho de que perpetuamente hacíamos chistes ruidosos sobre ella, en realidad lo había lastimado de una manera muy profunda. Nunca se despojó enteramente de la conmoción producida por la grotesca falta de proporción que había habido entre su esfuerzo, uno de los más intensos de su vida, y el hondamente desconcertante resultado obtenido. En él desde ese momento hubo una herida moral, que paulatinamente fue minando su vitalidad. Conforme año tras año constataba el fiasco de su cíclica estrategia ilusoriamente infalible para remediar su indigencia, yo solía preguntarme de dónde sacaba las energías que le permitían volver a la carga. Cada una de las veces volvía al ataque con un ahínco más mitigado, pero no me cabía duda de que la tensión misma acabaría por romper la cuerda. Una y otra vez recibimos su fatídica obra de arte, pero ¿qué recibía él, pobre hombre, que andaba detrás de algo tan distinto? Y de por medio hubo asimismo problemas de otra índole: fenómenos más insólitos y misterios más intrincados, que yo por condolencia, no por morbosidad, solía comentar en la intimidad con la señora Limbert. Tampoco ella, la adorable mujercita, dejó de llevarse sorpresas: después de alejarse de Londres, y eso que ya había transcurrido mucho tiempo desde la anterior vez que quedara encinta, fue madre otras dos veces. Y la señora Stannace, en un sentido menos categórico, también volvió a exhibir, con respecto al hogar del cual había desertado, un carácter de ejemplaridad. Por lo visto, al establecerse en Stanhope Gardens no le habían incluido, en la lista de condiciones restrictivas, la de que no fuera y viniera resentidamente de Gonerila a Regania. Cayó sobre las aves domésticas como si fuera el mismísimo Lear con su séquito de caballeros —o, en este caso, de condes— bastante mermado^[8], y el común hogar quedó recompuesto. El común hogar se hizo trizas y se reconstruyó varias veces antes de que Ray Limbert muriera. Y a él hasta el final de su vida lo obsesionó la superstición de haber deshecho cruelmente el primitivo hogar de la señora Stannace; no era justo que a Maud, a quien nunca le dio la situación que se merecía, él la privara también de su madre. Siempre estuve cierto de que la idea de saldar esta deuda constituía gran parte del estímulo que lo aguijaba en su tesonero esfuerzo por lograr un éxito de ventas. Me daba la sensación de que la señora Stannace aún conservaba fortuna, sin embargo de que ella misma afirmara haberla dilapidado sacando constantemente de apuros al matrimonio, sempiternamente convocada a paliar déficits. Tal sospecha me asediaba; estaba persuadido de que ella guardaba fondos en secreto, y yo me repetía que no podía ser tan perversa como para, cuando llegaren sus últimos instantes, no legarle todo su caudal a la menos opulenta de sus hijas. Mi piedad por los Limbert hacía que mis pensamientos giraran, tal vez indecorosamente, alrededor de esta escena final, soñando para ellos con un futuro venturoso en que,

de alguna manera, un tal saneamiento económico los resarciera de sus penurias.

Empero, esto me servía de muy relativo consuelo, ya que, en primer lugar, se trataba únicamente de meras conjeturas y, en segundo, cada vez me parecía más improbable que Limbert la sobreviviera. Nunca me aventuré a sondearlo acerca de lo que temía o esperaba él de aquellas presuntas disposiciones testamentarias, pues tras la crisis sellada por su emigración de Londres empecé a sentir escrúpulos en traerle a la memoria sus carencias materiales. El pobre estaba en verdad amargado, y había cuestiones respecto de las cuales eso nos hacía guardar silencio a ambos. A medida que pugnaba más por el éxito, nuestra querida aritmética lastimera, antaño tan fértil en bromas, desaparecía de la conversación. Todavía bromeábamos abundantemente acerca de añagazas literarias futuras, pero nuestras alusiones a consecuencias económicas pasadas se hacían progresivamente escuetas y tangenciales. Como de costumbre, con inusitadas metáforas y sutiles eufemismos, él hablaba de los lazos que continuaba tendiendo, aunque todos nosotros habíamos convenido en dar por sentado que el animal ya había caído en la trampa. En realidad, esta táctica se me había aparecido como necesaria desde la tarde en que la señora Highmore me dejara en casa de su cuñado, después de la visita del señor Bousefield. En aquella oportunidad, al presentarme ante Limbert, el conflicto de la revista volvió a serle impuesto a mi conversación, pero luego de agotar el asunto Bousefield pasamos a la novela, que no pude menos que confesarle haber devorado. Y a partir de tal momento —el momento en que, respondiendo a sus anhelosas preguntas, hube de participarle mi terrible impresión— la imagen de su rostro sobresaltado perdura en mí. En aquella coyuntura no supe enmascarar la verdad; pero más adelante, en todas las próximas veces, sí enmascaré, lo reconozco, la opinión que me merecían sus nuevos libros. Todos lo hacíamos religiosamente, en la medida de lo posible; utilizábamos ingeniosos circunloquios para no ensalzar los pasajes más intensos, las bellezas que mejor traicionaban a su propósito, cual grotesco grupo de admiradores que ha determinado mentir a un artista sincero. Y, al callar nuestras felicitaciones y disimular nuestra fruición, en modo alguno asombrábamos a Limbert, a fuer de convencido de estar escribiendo obras mediocres. Fue un motivo de satisfacción asegurarnos el incondicional apoyo de su esposa, quien en los últimos tiempos entró a conspirar con nosotros, lo cual habla en su honor, y se sentía halagada por la frecuencia con que unánimemente le pedíamos que nos aclarara en alguna forma el portentoso enigma. Repetidamente nos habíamos formulado el enigma a nosotros mismos hasta caer agotados, planteándonos la interrogante de cómo era posible que Limbert, empleando toda su sabiduría, compusiera una música pretendida para los oídos más vulgares y que, infaliblemente, esa música estuviera destinada a los ángeles. Siendo nosotros los ángeles, por así decirlo, en toda ocasión teníamos escasas quejas contra el

milagro; pero su falta de lógica, teniendo en cuenta la intención que lo había presidido, era terriblemente frustrante. Se parecía a sumar una columna interminable de números y errar siempre; ninguno de nosotros era capaz de retener tantísimas cifras. Limbert ofrecía una vianda cuyos ingredientes habían sido huesos y cáscaras secas; así, pues, ¿en virtud de qué ley sabía a gloria? ¿Merced a qué traición conseguía su cerebro infringir las estrictas normas que le imponía? Había alguna interferencia del buen gusto, alguna fijación en lo exquisito. Únicamente sabíamos decirnos que el genio lo desbarata todo, o que nuestro infeliz escritor carecía de *flair*. Cuando salía en busca de ajos, volvía trayendo un ramo de heliotropos.

Me apresuro a agregar que la señora Limbert, aunque no atinaba a esclarecernos el misterio, nos obsequiaba con numerosas anécdotas y ejemplos, habiendo hallado su triaca contra el desconcierto exactamente en lo mismo que nosotros: en una devoción más intensa y en una concepción más pura de lo que es la gloria. Muchas fueron sus desilusiones y finalmente sus privaciones, muy estrecho su margen de maniobra; pero había acabado por aceptar la dolorosa molienda de la vida y daba vueltas a la noria con la mejor voluntad. Intrínsecamente se volvió una de los nuestros: siempre se mostraba comprensiva. Al cabo, cuando se acrecentaron insuperablemente sus penalidades con motivo de la endeble salud de Limbert, fue conmovedora y admirable su declaración de que ni por toda la prosperidad del mundo habría cambiado el gran orgullo de ser su esposa. Una vez —sólo una vez, en una hora angustiada durante sus atribulados días londinenses— me había dicho que en verdad estaba obligada a considerarlo un genio porque, si no, la alternativa sería sentir vergüenza de él. En los inicios había lamentado claramente —y en un órgano muy tierno— que casi todos lo dejaran atrás; pero creo que en los últimos tiempos se habría sentido casi abochornada si, repentinamente, sus tiradas se hubiesen multiplicado. Verdad es que su veneración no fue expuesta jamás a tan duro golpe. A ella le habría gustado muchísimo que fueran ricos, pero habría echado de menos algo que finalmente había aprendido a considerar muy valioso. También recuerdo haberle oído otra frase: una frase al efecto de que naturalmente, si ella hubiese podido imponerlo, habría querido que él tuviese tanta fama como Shakespeare o Scott, pero, en vista de que era imposible, al menos se alegraba de que no fuese como... Y mencionó a dos señores cuyos nombres prefiero callar. Seguramente algunas veces se carcajeaba para no caer en la reacción opuesta. Colaboraba apasionadamente en el segundo estilo de su marido, reemplazándolo en faenas que estaba demasiado agotado para realizar: espigaba entre los rastrojos, recogía cualquier hilacha para construir el nido y fatigaba las bibliotecas circulantes en busca del gran secreto del éxito, como siempre lo denominábamos. Porque Limbert, cuando caía muy

enfermo, abandonaba casi por entero sus lecturas. Por suerte no se vio forzado a abandonar todo lo demás hasta después de haber publicado *El corazón oculto*. Había padecido fiebre reumática durante la primavera, cuando todavía no había concluido esta novela, y tal achaque, además de interrumpir su labor, había quebrado profundamente su organismo y debilitado sus defensas. Logró restablecerse y ponerse de nuevo manos a la obra, pero los médicos diagnosticaron que tenía amenazantemente débil el órgano más vital y le ordenaron con cierta severidad llevar una vida exenta de preocupaciones. Habría podido antojárseme posible que ahora sus preocupaciones fuesen a finalizar, pues al mejorar un poco me expresó su casi contagiosa convicción de que nunca había ingeniado una apuesta tan segura como la de *El corazón oculto*. Es siniestramente cómico reflexionar que esta soberbia novela corta, la más breve pero acaso la más emotiva de sus obras, fue ideada en sus comienzos como una "narración de corte aventurero" tópica y huera. Muy intrépidamente, Limbert aspiró a emular a los más adocenados cultivadores del género, mas yo me pregunto cuántos lectores consiguieron decidir en qué sección de sus bibliotecas debían clasificar *El corazón oculto*. Al llegar el verano, los médicos le recetaron taxativamente que pasara el invierno en Egipto, recalcándole con malhumorada claridad las complicaciones que podrían sobrevenirle si descuidaba esta advertencia de no exponerse al clima invernal inglés, Limbert no era hombre de descuidar nada... pero Egipto nos pareció tan inalcanzable como una segunda edición. Concluyó *El corazón oculto* con las fuerzas que le prestó el temor y la esperanza, pues si su novela alcanzaba a funcionar igual que suelen hacerlo los "libros así", como dijo el editor, sí podría disponer de un fondo de dinero. Supe a qué atenerme, como lo había sabido en todos los casos anteriores, no bien leí su honda y delicada novela. En este prolongado respecto, el pobre Limbert hacía pensar en esos padres pertinaces que sólo consiguen tener hijas. Fervorosamente se pide al cielo un heredero, un robusto varón, y se consultan almanaques y parteras; pero no hay medio de conjurar el hechizo. *El corazón oculto* resultó, por así decirlo, otra hembra. Cuando llegó el invierno, por consiguiente, hubo que descartar el viaje a Egipto. Jane Highmore, por lo que sé, quiso prestarle dinero, y hubo admiradores todavía más entusiastas que hicieron todo lo posible para que aceptara la ayuda de ellos mismos. Este "movimiento" cundió tanto entre sus amigos, que se habría puesto a su disposición una suma considerable; mas él se mantuvo inflexible: ello se debió, supongo, a su imposibilidad de olvidar los sacrificios que, por su parte, él mismo había hecho. Había sacrificado su honor y su orgullo, y los había sacrificado precisamente por dinero. Saltaba a la vista que, si se lo permitía su salud, tendría que continuar sacrificándolos, pero sólo estaba dispuesto a hacerlo de la manera a la que, según consideraba él, ya se había habituado estoicamente. Llevaba muchos años pugnando por obtener el favor del público; ahora bien, si el favor del público

le era indispensable para vivir, sólo podía aceptarlo bajo la forma de un contrato y derechos de autor.

Durante la primera mitad del invierno, y a diferencia de lo que nos temíamos, Limbert no empeoró, conque fui con gran júbilo a pasar la Navidad entre las aves domésticas. A altas horas de la Nochebuena, sentados junto a la chimenea cuando ya los demás de la familia habían ido a acostarse tras nuestra celebración de un humilde festejo, me contó que la noche anterior había tenido, en horas insomnes, la más feliz inspiración que jamás lo había visitado en las tinieblas para sugerirle una obra estupenda. “He acertado a vislumbrar un argumento que, a fe mía, lo contiene todo”, me dijo, “y me maravilla que no se me ocurriese hasta ahora”. Nada más me refirió acerca de tal idea, contrariamente a lo que había llegado a ser su práctica habitual, y sólo más tarde supe, por intermedio de la señora Limbert, que había comenzado a escribir y que estaba embebido en el tema de *Humillación*. Sin embargo, no viviría lo suficiente para completarla. Trabajó un par de meses en sigiloso misterio, sin hacerle confidencias sobre los avances ni siquiera a su esposa. No la requirió para que lo ayudara a cerciorarse del efecto; no la reclutó para la conquista editorial como en sus batallas anteriores. Lo sabíamos enfrascado en la confección de su novela, mas no aludía a la impresión que ésta podría causar en el público. Lo visité en febrero y lo noté bastante feliz. El quid era que estaba hondamente interesado y lo satisfacían los presagios. Tuve la extraña sensación emocionada de que se había desentendido de los agüeros mercantiles e incluso de que una gran indiferencia lo alejaba de todo lo que no fuese la temeraria conciencia de su arte. En sus oídos ya no resonaba el reclamo del éxito: al final, como sucede muchas veces, había vuelto a la rotunda despreocupación material de los años mozos. ¿Sería que, intuyendo borrosamente que se le terminaba la existencia, esta vez escribía exclusivamente para sí? Conjeturábamos y aguardábamos; lo sentíamos un poco aturrullado. Lo que ocurría, según me convencí posteriormente, era que se había olvidado por entero del problema de si su obra se vendería o no. Se había despertado una mañana, nuevamente, en el país de los sueños, con el alma serena y una hermosa idea. Y se quedó en el país de los sueños hasta que la muerte vino a su puerta, pues la pluma sólo cayó de sus manos cuando los ojos se le cerraron para siempre, al detenerse súbitamente su corazón en tanto apoyaba la nuca en el respaldo de la silla. La novela que dejó inacabada es un fragmento magistral; a todas luces, habría sido uno de sus más altos triunfos. No estoy en condiciones de afirmar que habría sido un éxito de ventas.

MAUD-EVELYN

En medio de la conversación salió a relucir el nombre de una dama, desconocida para mí, y alguien inquirió si estábamos enterados de la enigmática forma en que acababa de “forrarse”: la suerte que repentinamente había iluminado el gris atardecer de su existencia, oscura y solitaria. Inicialmente nos vimos reducidos, en nuestra ignorancia, a una cochina envidia; pero la anciana Lady Emma, que durante un rato no dijo nada y ni siquiera pareció escuchar, limitándose a dejar que nuestras cábalas, bastante lejanas de la verdad, amainaran por sí solas, emergió de su mutismo para observar que, si lo que le había sucedido a Lavinia era ciertamente prodigioso, los acontecimientos que a lo largo de muchos años precedieron al hecho en sí, y desembocaron en él, tampoco habían carecido de singulares características. Al punto nos dimos cuenta de que Lady Emma tenía una historia que contar: una historia, además, ignorada incluso por aquéllos de sus invitados que habían tenido ocasión de tratar a la modosa protagonista de la misma. Casi lo más raro —como resultó después— fue que aquella situación hubiera quedado, aparentalmente, tan al fondo en la vida de dicha protagonista. Por “después” quiero decir, sencillamente, justo antes de separarnos; pues lo que se supo, se supo enseguida, por estímulo y presión, por nuestra intrigada insistencia unánime. Lady Emma, que siempre me recordaba un antiguo y exquisito instrumento musical que hay que templar antes de tocarlo, después de algunos minutos en que hubimos de rascarle las cuerdas y ponerle la digitación convino en que, dado que ya había dicho tanto, no podía abstenerse de contarle todo sin que su reserva fuera motivo de penoso tormento para nosotros, inflamada nuestra curiosidad. En efecto, Lady Emma conocía desde mucho tiempo atrás a Lavinia, a la cual mencionaba simplemente por su nombre de pila, y sabía que... Pero mejor será que le ceda la conducción del relato a la propia Lady Emma, recogiendo sus palabras con la máxima literalidad posible. Nos habló desde su rincón del sofá, y el parpadeo de las llamas del hogar en su rostro fue como un trasunto del vaivén de los recuerdos, los aleteos del pensamiento, en su alma.

1

“Entonces, ¿por qué diantres no lo has aceptado?”, pregunté. Creo que de esta guisa, cuando Lavinia tenía alrededor de veinte años —antes de que quizá algunos de ustedes hubieran nacido—, fue como empezó, para mí, el asunto. Formulé la pregunta porque sabía que Lavinia había rechazado una oportunidad, aunque no podía imaginarme el gran error que resultaría no haberla aprovechado.

Me interesaba el caso porque ambos me agradaban —ustedes son la mejor prueba de que continúa gustándome la gente joven— y porque, como se habían conocido en mi casa, ello me otorgaba cierta responsabilidad sobre sus relaciones mutuas. Me parece que debo comenzar la historia desde muy atrás, diciendo que Lavinia era hija de mi más antigua institutriz, casi la única que en mi niñez tuve, por la cual yo sentía gran afecto y que abandonó el servicio de mi familia para contraer un matrimonio que —para tratarse de una simple institutriz— podríamos calificar de “ventajoso”; y, por su parte, Marmaduke (*¡no se llama así en realidad!*) era hijo de uno de los muchos hombres de buen gusto que, en mi juventud —de muchacha era yo guapísima, palabra que lo era—, me habían solicitado en matrimonio. Éste en concreto se me declaró tras haberse quedado viudo, pero a mí, por la razón que sea, los viudos no me atraían. A pesar de ello, y aun después de haberme casado con otro hombre, me sentí unida por un agradable lazo con un muchacho del cual pude ser madrastra y a quien, acaso por vanidad, demostraba que como tal no habría sido de las peores. El hecho de que la mujer con la cual contrajo matrimonio posteriormente su padre no se mostrara demasiado cariñosa con el hijo, indujo a éste a cultivar mi amistad maternal.

Lavinia era una entre nueve hermanos, varones y hembras, ninguno de los cuales ha hecho nunca nada para ayudarla y que, en diversos países, han contribuido, creo que en la misma escala, a poblar el globo. Lavinia poseía, sorprendentemente mezcladas, dos características que casi se excluyen mutuamente: una gran timidez y, unido a ella, a modo de pequeña maldad que podía cualificar a una inofensiva criatura para un mundo de perversidades, un inesperado engreimiento respecto de ciertas cuestiones, por el cual yo la reprendía a veces, pero que, como comprobé más adelante, habría podido sazonar la chatura de su vida si no se hubiera volatilizado en el decurso de esta historia. En cualquier caso, era una de esas personas que no se sabe si habrían podido ser atractivas de haber sido felices, o si habrían podido ser felices de haber sido atractivas. Confieso que me extrañó que no hubiera aceptado a Marmaduke bendiciendo su suerte; probablemente menos porque yo pensara maravillas de él que porque ella daba demasiado por supuestas sus perspectivas. Lavinia había cometido un error, y no tardó en reconocerlo; pero recuerdo que cuando me expresó su convencimiento de que Marmaduke insistiría en su petición, consideré muy probable tal cosa, pues yo había hablado entretanto con el joven. “A Lavinia le gustas”, declaré; y, pese a todo el tiempo transcurrido, aún me parece ver su apuesto, juvenil e ingenuo semblante animado, ante aquellas palabras, casi a despecho de sí propio, por una inhabitual traza de estar meditando un poco. No insistí demasiado, pues Marmaduke no tenía, al fin y a la postre, gran cosa que ofrecer (sin embargo, mi conciencia estuvo más tranquila, después, por no haber dicho menos): su madre le había dejado una

renta de sólo trescientas cincuenta libras al año, y uno de sus tíos le había prometido algo: no me refiero a una pensión, sino a un empleo, si mi memoria no me engaña, en algún negocio. Marmaduke me aseguró que él amaba como un hombre — ¡un hombre de veintidós años! — ama sólo una vez. Lo afirmó, al menos, como un hombre lo afirma sólo una vez.

—Pues bien, en tal caso —repuse— ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Hablar de nuevo con ella?

—Sí..., inténtalo.

Durante unos momentos pareció intentarlo en su imaginación; después de lo cual, para no pequeña sorpresa mía, preguntó: —¿Estaría muy fuera de lugar que fuese ella quien me hablara *a mi*?

Lo miré pasmada:

—¿Te refieres a que ella te persiga... y te atrape? ¡Ah, si lo que piensas hacer es huir!

—¡No huyo! —En esto se mostró categórico—. Pero cuando se ha llegado tan lejos como yo...

—...¿No puede llegarse más lejos? Tal vez —repliqué secamente—. Pero en ese caso no cabe hablar de “cariño”.

—Oh, yo amo de veras a Lavinia.

Negué con la cabeza:

—¡No, si eres tan orgulloso! —Tras lo cual me di la vuelta, aunque tan sólo para tornar a encararlo inmediatamente, pues me pareció que su extraño silencio momentáneo indicaba que el joven aceptaba mi opinión. Entonces me di cuenta de que no la había aceptado; en realidad me di cuenta de que mi opinión era fundamentalmente absurda. Él se volvió, a cuenta de esto, más expresivo que nunca hasta entonces: exhibió la más extraña, más franca y, para un joven de sus características, más triste de las sonrisas.

—*No* soy orgulloso. No está *en mí*. Esas cosas se llevan dentro, ¿sabe? Creo que no tengo ningún orgullo.

Se me ocurrió que esto último era probable, pensándolo bien; pero en aquel instante, extrañamente, no lo aprecié menos por ello, aunque lo cierto es que hablé con alguna aspereza: —Entonces, ¿cuál es el problema?

Se paseó de un extremo a otro de la habitación, con pinta de que lo que él mismo acababa de decir lo hubiese dejado algo más tranquilo.

—Pues —contestó— que ¿qué más puede un hombre decir? —Después, cuando yo estaba a punto de comentarle que ignoraba lo que él ya habría dicho, continuó—: Le juré a Lavinia que entonces no me casaría nunca. ¿No es suficiente eso?

—¿Para que ella vaya detrás de ti?

—No, claro que no, sino para que ella se sienta segura de mí, para que sepa aguardar.

—Aguardar ¿qué?

—Pues hasta que yo regrese.

—Que regreses ¿de dónde?

—De Suiza. Ah, ¿no se lo había dicho? La semana próxima parto con mi tía y mi prima para disfrutar de un viaje por Suiza.

Llevaba él toda la razón al decir que no era orgulloso: aquélla era una consolación obviamente humilde.

2

Y, sin embargo, ya verán ustedes las extraordinarias consecuencias de la humilde consolación; la primera indicación de ellas la recibí, a principios de otoño, por intermedio de la pobre Lavinia. Marmaduke le había escrito, ya que continuaban siendo amigos; y así ella supo que la tía y la prima del joven habían regresado sin él. Marmaduke había prolongado su estancia en Suiza, dirigiéndose después a los lagos italianos y a Venecia; ahora se encontraba en París. La noticia

me extrañó un tanto, sabiendo yo como sabía que Marmaduke siempre andaba más bien escaso de dinero y que había podido permitirse ir a Suiza sólo gracias a la generosidad de su tío.

—Entonces, ¿es que ha pescado a alguien? —inquirí, para lamentarlo inmediatamente porque, ante mis palabras, Lavinia se arreboló. Casi me pregunté si el joven habría “pescado” a alguna dama de mala reputación, aunque, en tal caso, él no se lo habría escrito a Lavinia y aquello no le habría permitido precisamente una posibilidad de incrementar sus fondos.

—Oh, Marmaduke entabla relaciones con mucha facilidad: dos minutos le bastan para hacerse amigo de cualquiera —dijo la joven—. Y sabe hacerse querer de todo el mundo.

Esto era absolutamente verdad, y yo vi lo que Lavinia veía en ello.

—¡Ah, querida —dije—, debe de tener un círculo inmenso de amistades preparado para ti!

—Bueno —repuso—, si la gente viene tras nosotros, no voy a creer que lo hará por mí. Será por él, y ello no me importa. Mi placer estará en... pero ya verá. —Ya vi. Vi por lo menos lo que ella imaginaba ver: el salón de ellos dos lleno de mujeres vistosas y ella en actitud angelical. La joven prosiguió—: ¿Sabe lo que él me dijo por segunda vez antes de salir de viaje?

Me maravillé: Marmaduke *había* hablado con ella. Contesté:

—Que nunca, nunca se casaría...

—...¡Con nadie sino *conmigo*! —completó la frase candorosamente Lavinia—. Entonces, ¿lo sabía usted?

—Lo suponía —dije, acaso sin faltar a la verdad.

—Y ¿no se lo cree?

Otra vez titubeé, y después respondí:

—Sí. —Pero todo aquello aún no me explicaba por qué Lavinia había mudado de color—: ¿Es un secreto lo de quién lo acompaña?

—Oh, no, por lo visto son muy majos. Lo que hace un momento me impresionó fue ver lo bien que lo conoce usted, el que comprendiera enseguida que era una nueva amistad lo que motiva que no haya regresado. Es su afecto a la familia Dedrick. Está viajando con ella.

De nuevo me maravillé:

—¿Quieres decir que se lo han llevado con ellos?

—Sí: lo invitaron a acompañarlos.

No, reflexioné yo, Marmaduke realmente no era orgulloso. Pero lo que dije fue: —Y ¿quién narices son los Dedrick?

—Gente muy educada y simpática que Marmaduke conoció por casualidad el mes pasado, en Suiza. Él había salido a dar un paseo: un paseo largo por una ruta bastante absurda, según me han dicho, sin su tía ni su prima, quienes prefirieron alguna otra actividad y lo emplazaron a reunírseles a determinada hora. Se vio sorprendido por una lluvia torrencial y, cuando buscaba un lugar donde guarecerse, unas personas que pasaban montadas en un carruaje lo invitaron amablemente a subir. Se entregaron a charlar, tengo entendido, durante varias horas; así comenzó su amistad, que hasta ahora no se ha interrumpido.

Lo consideré unos instantes y pregunté:

—¿Alguna mujer?

La capacidad cogitativa de Lavinia también emprendió un tanto el vuelo:

—Creo que alrededor de cuarenta.

—¿Cuarenta mujeres?

Lavinia reaccionó rápidamente:

—Oh, no; me refería a que la señora Dedrick es una mujer de alrededor de cuarenta años.

—¿Alrededor de cuarenta años? Entonces la señorita Dedrick...

—No existe ninguna señorita Dedrick.

—¿No tienen ninguna hija?

—Si la hay, no viaja con ellos. A la señora sólo la acompaña el marido.

Reflexioné de nuevo, e inquirí:

—Y ¿qué edad tiene él?

Lavinia siguió mi ejemplo, y luego respondió:

—Alrededor de cuarenta, también.

—¿Digamos entonces que son cuarenta y dos? —Nos echamos a reír a la vez, y exclamé—: ¡Bueno, todo está aclarado! —Y así de aclarado, al menos por el momento, pareció quedar todo.

La ausencia de Marmaduke se prolongó, no obstante, y vi a Lavinia en repetidas ocasiones, y ella y yo hablamos siempre de él, si bien ello representaba una preocupación mucho mayor por los asuntos del joven de lo que yo me había considerado obligada a mostrar. Yo nunca había trabado conocimiento con el resto de la familia de su padre, y por consiguiente no había visto ni a su tía ni a su prima, conque el relato dado por aquellas parientas sobre las circunstancias de su separación de Marmaduke me llegó al fin por conducto de mi joven amiga, cuya información, a su vez —pues conocía a la familia del muchacho casi tan poco como yo—, también era de segunda mano. Al parecer, las sufridas damas estimaban que Marmaduke no se había portado con ellas como es debido, sino que las había sacrificado egoístamente en favor de unos conocidos ocasionales; reproche éste que a Lavinia la molestó profundamente, aunque me di cuenta de que ella tampoco las tenía todas consigo respecto de aquellos conocidos ocasionales. “¿Cómo habría podido él evitarlo si es tan seductor?”, preguntó Lavinia; y es que para mostrarse adecuadamente indignada en un respecto debía esforzarse por parecer encantada en el otro. Marmaduke era un muchacho “seductor”; pero no por ello dejamos de llegar a la conclusión de que sin duda los Dedrick tenían que ser unas personas muy poco normales. No pudimos apoyarnos en ninguna prueba adicional, pues Marmaduke cesó de escribir, aunque, naturalmente, esto mismo se nos antojó un síntoma. Entretanto, yo había reflexionado —siempre me ha gustado esta modalidad de estudio de la conducta humana— sobre en qué consistía ser seductor. El resumen de mis meditaciones, que la experiencia no ha hecho más que confirmar, fue que se trata de algo puramente intrínseco. Es una cualidad que no exige la obligada presencia de ninguna otra. Marmaduke no poseía ninguna otra.

¿Para qué la habría necesitado?

3

Por fin, pese a todo, Marmaduke regresó; pero lo que ocurrió entonces, cuando el joven vino a visitarme, fue que si bien su puntual descripción de sus deliciosos nuevos amigos avivó incluso más de lo que yo había esperado mi impresión de la variedad de la especie humana, mi curiosidad se negó a responderme cuando Marmaduke me sugirió que lo acompañara a hacerles alguna visita a su casa. Es un hecho difícil de explicar, y yo no pretendo ser capaz de hacerlo, pero ¿acaso muchas veces no sucede que opinamos favorablemente de una persona sin sentirnos inflamados por el deseo de conocer —con la excusa de un tal sentimiento— a individuos que opinan aún mejor de la misma? Extrañamente —por muy buena persona que fuese Marmaduke— no hacía muy recomendables a los Dedrick el hecho de que estuvieran locos por él. No dije esto (procuré decir poco); lo cual no impidió que Marmaduke se apresurara a proponer la alternativa de traérselos a *mi* casa para presentármelos.

—Y si no, ¿por qué no? —dijo riéndose. Marmaduke se reía por cualquier cosa.

—¿Que por qué no? Porque me parece que a la hora de conceder tu amistad no sueles exigirles ninguna garantía a los aspirantes. Ahora debes industriártelas tú solito.

—Oh, pero si son unas personas tan de fiar —adujo— como el Banco de Inglaterra. Respetables y bondadosas.

—Dos cualidades que mi modesto trato no contribuirá a mejorar. —Él no había llegado a decirme, y ello me sorprendió, que me parecerían unas personas “divertidas”, pero *sí* se había apresurado a mencionar, en cambio, que su residencia estaba en la adinerada zona de Westbourne Terrace. No tenían cuarenta años, sino cuarenta y cinco; pero el señor Dedrick se había retirado ya de su profesión, por lo visto una profesión muy corriente y moliente, después de haber obtenido en ella considerables ganancias. Eran las personas más sencillas y más corteses del mundo, y al mismo tiempo las más originales y las más inhabituales, y

ningún cariño podía ser mayor, con entera franqueza, que el que le habían tomado a él. Marmaduke hablaba de ello con una conforme placidez que resultaba casi irritante. Supongo que yo lo habría despreciado si, después de los beneficios que él les había aceptado, hubiese dicho que lo aburrían; pero el hecho de que no lo aburrieran me molestó incluso más de lo que me intrigaba—. Y ¿a quién conocen?

—Únicamente a mí. En Londres hay mucha gente así.

—¿Que sólo te conoce a ti?

—No, me refiero a gente de buena posición pero que no se relaciona especialmente con nadie. En Londres hay personas infrecuentes, que son rematadamente encantadoras. No tiene usted idea. No persiguen a nadie, no ambicionan tratarse con la aristocracia. Viven su vida a su manera, siguen su propio camino independiente. En ellas uno encuentra (¿cómo suele decirse?) refinamiento, cultura, inteligencia, ¿sabe usted?, y gusto por la música, y por la pintura, y por la espiritualidad, y por una buena mesa: cosas positivas de todas las clases. Uno sólo puede toparse con ellos por casualidad; pero existen por doquier.

Asentí ante aquello: el mundo era por demás prodigioso y desde luego había que ver todo lo que se pudiera. Dentro de mi esfera, también yo encontraba bastantes maravillas.

—Pero tú —inquirí—, ¿estás tan encariñado con ellos como...?

—...¿como ellos lo están *conmigo*? —completó al instante, sin la menor nube en su mirar—. No me cabe duda de que con el tiempo podré contestar afirmativamente a esa pregunta.

—Entonces, ¿vas a llevar a Lavinia...?

—...¿a visitarlos? No. —Al punto me di cuenta, yo sola, palmariamente, de haber cometido un error—. ¿En calidad de qué *podría* llevarla allí?

Hice propósito de enmienda:

—Siempre se me olvida que no estáis prometidos.

—Vaya —dijo al cabo de un momento—, nunca me casaré con otra.

En cierta forma, me crispó los nervios oírsele repetir.

—¡Caramba, ¿en qué la beneficiará eso, si no te casas con *ella*?! —exclamé.

Ante esto no respondió: se limitó a darse la vuelta; tras lo cual, cuando volvió a encararme, su semblante estaba arrebolado.

—Lavinia habría debido aceptarme aquel día —dijo en tono serio no menos que amable; además me atalayó como si deseara decir más.

Recuerdo que dicha amabilidad me desesperó; alguna muestra de resentimiento habría sido una promesa de que el caso tenía aún solución. Pero de momento abandoné el dichoso caso, sin dejarlo decir más, y, volviendo a lo de los Dedrick, le pregunté cómo diablos pasaban entonces el tiempo, si no trabajaban en nada ni frecuentaban la sociedad. Por un instante mi pregunta semejó desconcertarlo, pero no tardó en orientarse; lo cual, de paso, según advertí, le infundió un color más saludable que nuestras alusiones a Lavinia.

—Oh, viven consagrados a Maud-Evelyn —fue su respuesta.

—Y ¿quién es Maud-Evelyn?

—Su hija, naturalmente.

—¿Su hija? —Yo había supuesto que no tenían hijos.

Marmaduke explicó el hecho en parte:

—Por desgracia se quedaron sin ella.

—¿Se quedaron sin ella? —La explicación no resultaba demasiado clara.

De nuevo vaciló:

—Quiero decir que la mayoría de las personas lo llamaría así. *Ellos*, en cambio, opinan de otro modo.

Especulé:

—¿Quieres decir que las demás personas la habrían expulsado de sus pensamientos?

—Sí, es posible. Pero los Dedrick no son capaces de olvidarla.

Me pregunté qué habría hecho Maud-Evelyn; ¿algo realmente criminal? Sin embargo, no era de mi incumbencia, así que me limité a decir: —¿Siguen en contacto con ella?

—Huy, continuamente.

—Entonces, ¿por qué ella no vive con ellos?

Marmaduke meditó, y repuso:

—Sí vive con ellos. En la actualidad.

—¿“En la actualidad”? ¿Desde cuándo?

—Desde el año pasado.

—Entonces, ¿por qué has dicho que se quedaron sin ella?

—Ah —dijo, con una sonrisa triste—, porquero diría que es así. En todo caso —ahondó—, yo no he podido verla.

Mi sorpresa iba en aumento:

—¿Es que la guardan oculta?

Meditó de nuevo, y respondió:

—No, por cierto. Como ya he dicho, ellos viven consagrados a ella.

—Pero no desean que *tú* hagas lo mismo, ¿es eso?

Ante esto, por primera vez me miró, a mi entender, con una expresión de extrañeza: —¿Cómo *podría* yo hacerlo? —Me lo planteó como si, de una u otra manera, por su parte estuviese mal no hacerlo; pero yo intenté, empleándome a fondo, zanjar la cuestión: —No puedes hacerlo, es cierto. ¿Por qué diantres *deberías* hacerlo? Tú tienes que consagrarte a *mi* muchacha. Conságrate a Lavinia.

Desgraciadamente, yo había incurrido en el riesgo de fastidiarlo de nuevo con aquella idea, y, aunque en ese preciso momento no la rechazó, atribuí a la misma el que no volviera a presentarse por mi casa durante varias semanas. En este transcurso vi a “mi muchacha”, como la había denominado yo, si bien ambas evitamos muy cuidadosamente hablar de Marmaduke. Eso precisamente fue lo que me hizo creer que la joven estaba llena con su recuerdo. Y esto último fue lo que me decidió, una y otra vez, a no rectificarle su error en lo atinente a la falta de descendencia de los Detrick. Pero, a despecho de todos mis silenciamientos, el que Lavinia nombrara al joven fue sólo cuestión de tiempo, pues al cabo de un mes me dijo que Marmaduke había estado dos veces en casa de su madre —mi exinstitutriz— y que ella lo había visto en ambas ocasiones.

—¿Y bien?

—Es muy feliz —dijo Lavinia.

—¿Y sigue apegado a...?

—Tan apegado como hasta ahora, sí, a esa familia. Él no me dijo eso, pero yo pude inferirlo.

También yo pude inferirlo, y asimismo inferir las inferencias de ella.

—Entonces, ¿qué te dijo? —ahondé.

—Nada... aunque creo que hay algo que desearía decirme. Sólo que no es lo que usted cree —agregó.

Al calor de esto me pregunté si se trataría de lo que él me había revelado en nuestra más reciente conversación.

—En tal caso, ¿qué lo retrae? —pregunté.

—¿De decírmelo? No lo sé.

En la entonación de estas palabras mi oído detectó la primera nota de una tan profunda resignación y una tan extraña aceptación que me dieron, a la postre, aún más motivo de sorpresa que todo lo demás.

—Si no puede decírtelo, ¿a qué va a tu casa?

Casi sonrió:

—Creo que ya lo *sabré*.

La miré; recuerdo que le di un beso.

—Eres admirable —comenté—; pero no está bien por su parte.

—¡Oh —replicó—, él tan sólo desea ser considerado!

—¿Con *ellos*? Entonces debería dejar tranquilos a los demás. Pero lo que yo digo que no está bien por su parte es que únicamente se limite a ser tan “considerado”.

—¿Con los Dedrick? —Reflexionó como si la cuestión pudiera ser juzgada desde diversos ángulos—. ¿No es posible que él esté ayudándolos, que esté haciéndoles alguna clase de bien?

La idea no me convenció.

—¿Qué bien puede hacer Marmaduke? He de pedirte algo importante —seguí— por si acaso te propone ir a conocer a los Dedrick. ¿Me prometes que no accederás?

Se limitó a parecer desconcertada y perpleja:

—¿A hacerme amiga de ellos?

—A visitarlos, a aproximártelos... en toda tu vida.

De nuevo quedó pensativa:

—¿Quiere decir que *usted* se niega a conocerlos?

—Desde luego.

—Entonces creo que no me gustará la idea de ir.

—Huy, pero eso no es una promesa. —Le insistí—: Quiero que me des tu palabra.

Dudó un poco:

—Pero ¿por qué?

—Para que, al menos, Marmaduke no pueda utilizarte para sus manejos — dije con firmeza.

Mi firmeza la dominó, aunque percibí que, en realidad, ella habría querido prestarse a cualquier posible manejo.

—Le doy a usted mi palabra, pero sólo porque sé que se trata de algo que él nunca me propondrá.

Yo opinaba de muy distinto modo, a fuer de persuadida de que la intención de hacerle la propuesta de marras era lo que a Lavinia la había hecho sentirse segura de que Marmaduke intentaba decirle algo; pero en nuestra siguiente entrevista la oí hablar de otro asunto, el cual, según me percaté nada más verla, parecía haberla excitado extraordinariamente.

—¿Sabía usted lo de la hija y no me lo contó? Marmaduke estuvo ayer en casa —explicó al advertir mi mirada de extrañeza ante su deslavazado chorro de palabras— y ahora ya conozco lo que *quería* decirme. Por fin lo ha soltado.

No cesé de mirarla pasmada:

—¿Qué es lo que ha soltado?

—Lo ha soltado todo. —Pareció sorprendida por mi semblante—: ¿No le habló a usted de Maud-Evelyn?

Yo recordaba la cuestión perfectamente, pero seguía sin estar cierta de comprender a Lavinia: —Me habló de que los Dedrick tenían una hija, pero tan sólo me dijo que había algo especial en relación con ella. ¿De qué se trata?

La joven repitió mis palabras:

—¿Que de qué se “trata”? ¿En qué mundo vive usted? De que está muerta, sencillamente.

—¿Muerta? —Me quedé de una pieza, como es lógico—. ¿Cuándo murió?

—Caramba, hace muchos años... quince, creo. Cuando era una niña. ¿No lo comprendió usted?

—¿Cómo habría *podido* comprenderlo... si Marmaduke me dijo que ella vivía “con” ellos y que ellos vivían consagrados a ella?

—Bueno —aclaró mi joven amiga—, lo que quiso decir es que están consagrados a su recuerdo. Ella *vive* con ellos, en el sentido de que ellos no piensan en otra cosa.

En esta rectificación hallé motivo de pasmo, pero asimismo, inicialmente, motivo de alivio. Al mismo tiempo originaba, mirándolo bien, un nuevo misterio.

—Si no piensan en otra cosa —dije—, ¿cómo pueden pensar tanto en Marmaduke?

La objeción la impresionó, aunque ya por entonces experimenté la vaga sensación de que Lavinia estaba, por así decirlo, bastante de parte de Marmaduke, o, por lo menos —casi contra su propia voluntad—, en sintonía con los Dedrick. Pero su respuesta fue rauda: —Caramba, tienen un buen motivo: el de poder hablar con él sobre su hija.

—Comprendo —dije, lo cual no era completamente cierto—. Pero ¿cuál es el interés que tiene *él* en...?

—...¿en mezclarse en esa historia? —De nuevo, Lavinia resolvió la dificultad—: ¡Pues que era una muchacha tan interesante! Al parecer era muy seductora.

Sin duda me quedé totalmente boquiabierta:

—¡Pero si no era más que una niña con delantalito!

—No crea, ya no llevaba delantalito; había cumplido, creo, los catorce años. ¡O incluso los dieciséis! Lo que es seguro es que su belleza era radiante.

—Eso es lo que se dice de todas. En cualquier caso, ¿qué importancia tiene ello para él, si nunca la vio?

Meditó unos instantes, pero esta vez no ofreció aclaración.

—¡Vaya, tendrá usted que preguntárselo a él!

Decidí que lo haría en cuanto pudiera; pero mientras tanto tenía aún ante mí otros contrasentidos.

—¿No estaría bien —sugerí— que a la vez le preguntara qué quiere decir con eso del “contacto” en que siguen los Dedrick con su hija?

Oh, aquello era sencillo:

—Lo obtienen a través de “médiums”, ¿sabe?, con golpes en una mesa y todo eso. Empezaron hace uno o dos años.

—¡Los muy chalados! —exclamé ante esto, según recuerdo, de manera asaz intolerante—. Y ¿quieren arrastrarlo a él a...?

—No, por cierto; no lo desean, y Marmaduke no tiene nada que ver en ello.

—Entonces, ¿por qué diablos va a verlos?

Lavinia apartó el semblante; de nuevo pareció azorada. Por último espetó:
—Haga que él le enseñe la fotografía de la muchacha.

Pero aquello no me iluminó.

—¿Lo chifla esa fotografía? —dije.

Una vez más, Lavinia se ruborizó intensamente:

—¡Bueno, es la de una joven beldad!

—¿A la cual él va mostrando por ahí?

Vaciló:

—Creo que únicamente me la ha enseñado a mí.

—¡Ah, a la última persona en el mundo a quien habría debido enseñársela!
—me permití observar.

—¿Por qué, si yo también me siento impresionada?

En Lavinia había algo que comenzaba a no alcanzárseme, y debí de mirarla con gran fijeza.

—¡Es un gran detalle por tu parte sentirte impresionada!

—No quiero decir únicamente ante la belleza del rostro —completó—; quiero decir ante todo el asunto: con la actitud de los padres, con su fidelidad, extraordinaria hasta el punto de, como dice Marmaduke, haber convertido el recuerdo de su hija en una verdadera religión. Esto, sobre todo, es lo que él había estado queriendo explicarme.

Ahora fui yo quien apartó el semblante, y ella no tardó en irse; pero antes de que nos separásemos no pude evitar un comentario mordaz diciéndole que nunca había supuesto que Marmaduke fuera esa clase de asno.

5

Si yo fuera la persona cínica que probablemente se figuran ustedes, no me abstendría de declarar que para mí el principal interés del resto del asunto residió en establecer la clase de asno que había supuesto que era Marmaduke. Pero temo, pensándolo bien, que mi narración termine siendo principalmente un retrato de mi propia insensatez. Yo nunca habría llegado al pleno conocimiento de toda la historia si no hubiera acabado por aceptarla, y nunca la habría aceptado si toda la historia no hubiese estado, a mi modo de ver, extrañamente libre de lo grotesco. Debo agregar sin tardanza, empero, que lo grotesco, y aun algo peor, fue lo que al principio me pareció que cabalmente la impregnaba. Después de aquella conversación con Lavinia me apresté a enviar recado a nuestro amigo de que viniera a visitarme; y entonces me tomé la libertad de interrogarlo sin ambages acerca de todo lo que Lavinia había estado contándome. Especialmente, había un extremo que yo deseaba que me fuera aclarado y que me parecía mucho más prioritario que de qué color era el cabello de Maud-Evelyn o cuál era la longitud

exacta de su delantal; me refiero, obviamente, a la buena fe de mi joven amigo. ¿Era un perfecto imbécil o sencillamente un redomado cazador de herencias? De momento mi elección parecía restringida a esta disyuntiva.

Después de que él me hubo dicho: “Será tan ridículo como usted quiera, pero el caso es que los Dedrick me han adoptado”, le pregunté abiertamente, en el acto, apelando a la simple decencia, qué era lo que él, para que su autoestima quedara intacta, podía darles a semejantes benefactores a cambio de semejante generosidad. Me considero obligada a decir que aunque, de entrada, yo estaba deseosísima de vituperarlo, su placidez me resultó amansadora. Su alegato fue que el beneficio que él representaba para sus amigos era algo que sólo a éstos concernía valorar. Ni por un momento pretendió ser más importante que lo que lo hacía la fantasía de sus amigos. Él jamás había hecho nada deliberado para ocasionar que los Dedrick lo apreciaran tantísimo: tamaño vínculo era exclusivamente fruto de la espontaneidad de aquella pareja, de su insistencia, de su excentricidad, sin duda, e incluso, si yo quería, de su chaladura. ¿No bastaba que él estuviera dispuesto a asegurar, mirándome a los ojos, que sentía un afecto “real y verdadero” hacia ellos y que no lo hastiaban ni pizca? Yo evidentemente tenía —¿no me daba cuenta?— una imagen ideal de él que él no estaba en condiciones, si le permitía decírmelo, de encarnar. Fue él mismo quien lo expresó así, y ello me hizo concebir el dictamen de que *había* algo irresistible en el refinamiento de su descaro.

—Nunca voy a casa de la señora Jex —me dijo (la señora Jex era la médium favorita de los Dedrick)—; *ella* me parece fea, vulgar y pesada, y detesto ese lado del asunto. Además —agregó, con palabras que yo recordaría posteriormente— no lo necesito: yo puedo pasarme estupendamente sin ello. Pero mis amigos —insistió—, aunque no sean de una tipología que usted se haya encontrado a menudo, no son feos, no son pesados, no son en modo alguno un “mal trago”. Son, antes bien, a su manera poco convencional, una bonísima compañía. Su trato es una fuente inagotable de interés. Son deliciosamente insólitos y rebuscados y corteses: son como personajes de una historia antigua o un tiempo antiguo. En todo caso, nuestras relaciones sólo nos importan a nosotros (a ellos y a mí) y le ruego que me crea cuando le digo que me habría negado a hablar del asunto con cualquier otra persona que no hubiese sido usted.

Recuerdo haberle dicho, tres meses después: “No me has contado nunca lo que realmente necesitan de ti los Dedrick”; pero temo que fue una modalidad de reproche que se me ocurrió precisamente porque yo ya había empezado a adivinar. Lo cierto es que a esas alturas yo ya había tenido grandes atisbos, lo mismo que la pobre Lavinia —de hecho, los suyos, entonces y después, estaban bastante mejor

informados—, y ella y yo los habíamos compartido, conque lo que pudiera emerger no iba a cogermé totalmente de sorpresa. Fueron los añadidos de Lavinia lo que convirtió mis intuiciones en un cuadro completo. El retrato de la niña muerta había evocado algo atractivo, aunque una no hubiese habitado tanto en el mundo sin oír infinidad de historias de niñas muertas; y llegó un momento en que me pareció haber estado personalmente con Marmaduke en todas y cada una de las habitaciones convertidas por los Dedrick —con ayuda no sólo de las pequeñas y amadas reliquias, sino también de los más tiernos recuerdos reales o imaginados, evocaciones ingeniosas y sentidas, frutos inexpugnables de un dolor meditado y una pasión inextinguible— en un templo de pesar y de adoración. Saltaba a la vista que la niña, indiscutiblemente hermosa, había sido querida apasionadamente, y, al carecer las vidas de ellos —supongo que por mero azar originariamente— de otros elementos, tales como nuevos placeres o nuevas penas, que sí abundan en las vidas de la mayoría de la gente, su sentimiento se había hecho omnímodo, transformándose en una especie de inofensiva locura. Era una idea fija que no les dejaba espacio para ninguna otra. El mundo, en términos generales, no da oportunidad para semejante ritual, pero el mundo había pasado por alto de manera persistente a aquella tímida pareja hogareña, que era sensible a las ilusiones y cuya sinceridad y fidelidad, lo mismo que su mansedumbre y sus rarezas, eran de un anticuado estilo inflexible.

No me gustaría dar la impresión de que aquellos centros de interés, o mi curiosidad por sus tejemanejes, monopolizaban mi tiempo; pues yo tenía muchos compromisos que satisfacer y muchas complicaciones que solventar, un centenar de cuidados y mucho más hondas preocupaciones. Mi joven amiga, por su parte, también tenía otras relaciones y contingencias... y asimismo otras dificultades, la pobre; así es que había períodos de tiempo durante los cuales yo no veía a Marmaduke ni oía hablar de los Dedrick. Una vez, una sola vez, en el extranjero, en una estación de ferrocarril de Alemania, me encontré a Marmaduke acompañando a los Dedrick. Eran éstos unos británicos de cierta edad, incoloros, corrientes, de la especie que cabe reconocer por la librea de sus lacayos o por el rotulado de sus equipajes, y el verlos justificó ante mi conciencia el haber rehuido, desde los inicios, la peliaguda posibilidad de conversar con ellos. Marmaduke me vio inmediatamente y se acercó a mí. Era inequívoca su vivida lozanía. Había engordado —o casi, aunque no de manera antiestética— y habría podido pasar perfectamente por el guapo y feliz hijo rubicundo de unos padres acomodados que no querían perderlo de vista y en opinión de los cuales era un modelo de respeto y solicitud. Los Dedrick lo observaron con plácidos y placidos ojos cuando se reunió conmigo, pero sin llamar la atención sobre sí mismos y haciendo natural que él no dijera nada sobre ellos. Tuvo fascinación, lo confieso, la manera como logró

mostrarse espontáneo y cordial para conmigo, no menos que correcto, sin dejar de cobrar conciencia de la coyuntura. La coyuntura de la cual cobró conciencia era que había nuevas cosas suyas que a esas alturas yo ya sabía... al igual que, mientras permanecíamos allí charlando y sondeábamos bienhumoradamente nuestros respectivos semblantes —pues yo, considerando haberlo asimilado todo por fin, no sentía sino una módica curiosidad—, de repente cobré conciencia de que él escudriñaba mi nivel de información. Cuando el joven se despidió de mí y volvió junto a los padres acomodados, hube de admitir que, por muy acomodados que fueran, no me parecía que hubiese salido malcriado. Ello era increíble habida cuenta de las circunstancias, pero el caso es que se había vuelto más adulto. Después de haberme subido a mi tren, que no era el mismo que el de ellos, recordé con algún arrepentimiento ciertas palabras que, un par de años antes, yo le había espetado a la pobre Lavinia. Aludiendo a nuestro recurrente tema con motivo de algún nuevo descubrimiento que ahora no viene al caso, ella me había dicho: —Los sentimientos de él hacia Maud-Evelyn, ¿sabe usted?, son ahora los mismos que los de los padres de la niña.

—¡Qué bonito, pero lo malo —había replicado yo— es que a él lo pagan por ello!

—¿Lo pagan? —había inquirido Lavinia, muy pálida.

—Enriqueciéndolo con todos los lujos y comodidades —le expliqué— que le reporta el vivir con ellos. Prácticamente, la existencia de Marmaduke se limita a disfrutar de eso.

Ahora me di cuenta de lo equivocada que yo había estado. A Marmaduke lo enriquecían, pero de un modo distinto, y, realmente, la demostración estaba en su proceder durante nuestro breve encuentro en la sala de espera de la estación. A partir de entonces, rastree el asunto paso por paso.

6

Por ejemplo, pude ver a Lavinia, en su lamentable traje de luto, inmediatamente después de la muerte de su madre. Este triste acontecimiento había ido precedido de prolongadas ansiedades, y Lavinia se había marchitado

notablemente, comenzando a parecer envejecida. Pero Marmaduke, en aquellos momentos de aflicción, había acudido a visitarla, conque, al punto, Lavinia vino a verme.

—¿Sabe usted lo que él cree ahora? —me dijo nada más entrar—. Cree que la conoció.

—¿Que conoció a la niña? —Recibí esto como si casi me lo hubiera esperado.

—Ahora habla de ella como si no se tratara de una niña. —Mi visitante me dedicó la más extraña de las sonrisas impostadas—. Parece ser que no era tan pequeña... parece ser que creció.

La miré fijamente.

—¿Dices que “parece ser”? —inquirí—. ¿Cómo es posible? ¡Sus padres han de *saberlo*! Los hechos, hechos son.

—Ya —dijo Lavinia—, pero ellos semejan verlos desde otro punto de vista. Marmaduke me habló largamente, y todo el rato acerca de *ella*. Me contó cosas.

—¿Qué clase de cosas? Supongo que no te hablaría de paparruchas de “contactos”... de que la había visto u oído.

—Oh no, no ha llegado a ese extremo; eso se lo deja a los viejos, quienes, creo, continúan con sus médiums, con sus sesiones y sus trances y encuentran en todo ello consuelo y entretenimiento, que a él no lo molesta, porque lo considera inofensivo. Me refiero a anécdotas, recuerdos suyos propios. Me refiero a cosas que ella le dijo y cosas que hicieron juntos, lugares que visitaron. Su mente está llena de ellas.

Le di vueltas a aquello:

—¿Crees que estará loco de atar?

Con comprensiva paciencia, Lavinia hizo un ademán negativo:

—¡Oh, no: todo ello es demasiado hermoso!

—Entonces, ¿*vas* a aceptar tú también la disparatada teoría de...?

—Es una teoría —atajó—, pero no forzosamente es disparatada. Cualquier teoría tiene que presuponer algo —continuó juiciosamente— y, en todo caso, depende de *sobre qué* sea la teoría. Es maravilloso ver cómo funciona ésta.

—¡Siempre es maravilloso ver cómo va creciendo una leyenda! —exclamé riéndome—. Una rara oportunidad ésta de encontrarse una en plena formación. Los Dedrick y Marmaduke están elaborándola juntos de buena fe. ¿Acaso no es esto lo que en definitiva quieres decir?

Su ajado rostro se alegró patentemente, y dijo:

—Sí: ya veo que lo comprende usted; lo ha expresado mejor que yo. Es el efecto gradual de rumiar el pasado: de este modo, el pasado crece y crece. Ellos van fabricándolo. Se convencen uno a otro (los padres) de tantas cosas, que al final acaban por convencerlo también a *él*. Una especie de contagio.

—Eres tú quien lo expresa bien —repuse—. Es la cosa más extraña que he oído jamás, pero es, a su modo, una realidad. Sólo que no debemos hablarles de esto a otras personas.

Rápidamente convino con aquella precaución:

—No: a nadie. *Él* no lo hace. Sólo se me confía a mí.

—¡Confiriéndote de ese modo —observé sarcástica— un inapreciable privilegio!

Permaneció en silencio unos instantes, apartando de mí la mirada.

—Vaya —dijo finalmente—, Marmaduke ha cumplido su promesa.

—¿Te refieres a la de no casarse? ¿Estás segurísima? ¿No lo habrá hecho quizá con...? —Pero por respeto me abstuve de completar la osadía de mi broma.

Al siguiente instante me percaté de que no habría sido necesario:

—Marmaduke estaba enamorado de ella —espetó Lavinia.

Esta vez estallé en una carcajada que, si bien había sido provocada, incluso a mis propios oídos sonó descortés casi hasta el extremo de la grosería.

—¿Literalmente te ha dicho eso él mismo? —pregunté.

Me replicó con bastante convicción:

—No creo que él lo sepa. Se limita a dejarse llevar.

—¿A dejarse llevar por la chifladura de los viejos?

Una vez más, mi compañera titubeó; pero sabía qué pensar:

—Bueno, independientemente de cómo lo denominemos, a mí me parece hermosísimo. No es frecuente, tal como va el mundo, que persona alguna (no digamos ya dos o tres) conserve tan bellos sentimientos hacia los muertos. Es un engaño, qué duda cabe, pero viene de algo que... vaya —titubeó de nuevo—, resulta agradable cuando se oye hablar de ello. Los Dedrick han hecho crecer a su hija para imaginar que la tuvieron más tiempo consigo; y la han hecho vivir una serie de experiencias para pensar que disfrutó más largamente de la vida. Le han inventado toda una existencia, y Marmaduke se ha convertido en parte de dicha existencia. Había una cosa, por encima de todas, que ellos deseaban que su hija tuviera. —El rostro de mi joven amiga, mientras analizaba el misterio, se volvió cada vez más ardoroso al compás de su discurso. Con cierto matiz de sobrecogimiento se me pasó por la cabeza que la actitud de los Dedrick era contagiosa—. ¡Y la ha tenido! —afirmó Lavinia.

Me dejó francamente pasmada, mas si pese a ello pude mostrarme absolutamente serena sin caer en lo ridículo, de veras fue, más que nada, para incitarla a completar el informe.

—¿Ha tenido la dicha de conocer a Marmaduke? —pregunté—. Muy bien, de acuerdo, ya que ella no está aquí para contradecirnos. ¡Pero lo que no acabo de concebir es que él se haya conformado con tan poco! —Fácilmente cabe imaginar hasta qué punto, por el momento, no lograba yo concebirlo. Fue la última vez que mi impaciencia me pudo, pero, eso sí, recuerdo que estallé diciendo—: ¡Un hombre que habría podido tenerte *a ti!*

Por un instante temí haberla alterado; en su rostro me pareció ver el temblor de un sollozo. Pero la pobre Lavinia estuvo magnífica: —No se trata de que él habría podido tenerme “a mí”: eso no es nada; fue, a lo sumo, que yo habría podido tenerlo *a él*. Y bueno, ¿no es eso lo que ha ocurrido? Marmaduke es mío por el hecho de que ninguna otra mujer lo tiene. He perdido el pasado, pero ¿no se da usted cuenta de que no me fallará el futuro? Estoy más segura que nunca de que

no se casará.

—Claro que no. ¡Cómo iba a enemistarse con esas personas!

Durante un instante, Lavinia no dijo nada; después se limitó a exclamar: —
¡Bien, por el motivo que sea!

Ahora, no obstante, yo había hecho asomar en sus ojos un par de lágrimas silenciosas, conque decidí dar por finalizada la penosa escena abandonando el asunto de aquella morbosa farsa.

7

Pude abandonarlo, pero en realidad no pude olvidarme de él... ni, en el fondo, sin duda, lo deseaba, pues tener en la vida propia, año tras año, una cuestión particular, o dos, sobre las cuales no quepa decidirse cómoda y tajantemente, es lo que nos permite no caer en la apatía. Había habido poca necesidad de que yo recomendara reserva a Lavinia: obedeció, por lo que hace a guardar impenetrable secretismo excepto conmigo, a un instinto, un interés propio. Por consiguiente, nosotras nunca "expusimos", como se dice ahora, al pobre Marmaduke: éramos bastante cuidadosas, por no hablar de que, además, ella estaba demasiado orgullosa; y, en cuanto a él mismo, jamás escogió, patentemente, en todo Londres, otras personas a las cuales confiarse cuando lo necesitaba. Nunca nos llegó ningún eco público del extraño papel que él se dedicaba a representar; y apenas si puedo expresar cómo tal hecho, por sí solo, gradualmente me permitió formarme una idea de lo intenso del hechizo bajo el cual se hallaba Marmaduke. De tarde en tarde me lo encontraba "en sociedad": normalmente en alguna cena. Había crecido como una persona con una posición y todo un historial. En él, sonrosado y maduro, y también gordo, ya inequívocamente gordo, había algo de la blandura —una blandura no ingenua— del joven heredero de un importante negocio. Si los Dedrick hubiesen sido banqueros, Marmaduke habría podido constituir el futuro de la casa. Sin embargo, hubo un largo período durante el cual, a pesar de hallarnos todos en Londres casi permanentemente, el joven no fue mencionado en mis conversaciones con Lavinia. Las dos teníamos conciencia de ello; pero lo mismo ella que yo comprendíamos que a fin de cuentas hay cosas que no es dable comentar, y, de todas maneras, aquella reticencia no tenía nada que ver

con que ella viera o no a nuestro amigo. Yo estaba segura, por lo demás, de que sí lo veía. Pero hubo ocasiones memorables que acertaron a ocurrirme a mí personalmente.

Una de ellas tuvo lugar una tarde dominical en que hacía un tiempo tan endemoniadamente lluvioso que, dando yo por sentado que no habría de tener visitante alguno, me instalé junto al fuego con un libro —una novela de gran éxito en mis tiempos— dispuesta a terminarlo sin interrupciones. Súbitamente, en medio de mi abstracción, oí un firme toc-toc-toc; ante lo cual recuerdo que emití un gruñido de inhospitalidad. Pero mi visitante era Marmaduke, y Marmaduke resultó ser —y de una manera, pese a todo lo acontecido hasta este punto, aún menos esperada— todavía más absorbente que la novela. Me parece que fue puro azar que se mostrara tan cautivador; por el grosor de un cabello no se limitó a un aburrido convencionalismo. No había venido a confesar nada: sólo había venido a charlar intrascendentemente, para mostrar una vez más que podíamos seguir siendo buenos amigos sin necesidad de que él hablara de su vida privada. Pero había que tener en cuenta las condiciones circundantes: el insinuante fuego del hogar, los objetos de la habitación que le recordaban días pretéritos, y quizá también la cubierta de mi libro mirándolo desde el lugar en que yo lo había depositado y dándole la oportunidad de pensar que podía sustituir y superar a Wilkie Collins. En todo caso, existía una promesa de intimidades en el ambiente, de oportunidad, para él, en la tempestad que se estrellaba contra las ventanas. Estaríamos solos, cómodos y seguros.

Estas impresiones le obraron un influjo tanto más intenso cuanto que lo que hubieron de remover, después lo vi, no fue en modo alguno el deseo de causar un efecto, sino simplemente un estado de exultación que exigía desahogarse. Había llegado a ser abrumador para él. Su pasado, acumulándose año tras año, se había vuelto demasiado emocionante. Pero, así y todo, Marmaduke estuvo desmedidamente increíble. No recuerdo qué pormenor de nuestra cháchara preliminar lo motivó, mas se explayó, al calor de una u otra observación, como no se había explayado jamás: —¡Cuando un hombre ha tenido durante unos meses lo que yo he tenido, ah! —Por lo visto, la moraleja era que nada, en cuestiones de experiencia humana relacionada con lo exquisito, podía ya importar especialmente. Advirtió, no obstante, que, al pronto, yo no conseguía hacer casar aquella reflexión con ningún asunto concreto, así es que continuó, con la más franca de las sonrisas—: Parece usted tan desconcertada como si sospechase que aludo a alguna de esas cosas de las que habitualmente no se habla; pero le aseguro que no me refiero a nada más inconfesable que a los meses de nuestro venturoso compromiso matrimonial, que vino a ser frustrado por la muerte.

—¿Vuestro venturoso compromiso matrimonial? —No pude evitar el incrédulo tono en que le repliqué; pero la manera como lo acogió fue algo cuya influencia siento todavía hoy. Fue sólo una mirada, pero puso fin a mi tono para siempre. Hizo que, por mi parte, un instante después, yo desviara la mirada hacia el fuego —una mirada intensa— e incluso que me arrebolara un poco. En aquel momento estudié mi dilema e hice mi elección; de modo que cuando nos miramos a la cara otra vez, yo me sentía bastante más tolerante—: ¿Continúas todavía pensando —le dije, siguiéndole la corriente— en lo mucho que ella hizo por ti?

No bien hube dicho estas palabras comprobé que desde aquel momento inauguraban el buen camino. Al punto, todo fue diferente. La principal interrogante sería si yo era capaz de seguirlo sin dudar. Recuerdo que tan sólo unos minutos después, sin ir más lejos, tal interrogante se me planteó con gran vividez. Su contestación había sido abundante e imperturbable: había incluido algunas alusiones a la manera como la muerte hace resaltar las más insulsas cosas que la hayan precedido; ante lo cual me sentí de pronto tan inquieta como si él me diera miedo. Me levanté para llamar a un criado a fin de ordenarle que se ocupara de preparar el té; Marmaduke continuó hablando... hablando de Maud-Evelyn, de lo que para él había representado la muchacha; y cuando acudió el sirviente, nerviosamente prolongué adrede la orden. Esto me permitía ganar tiempo, y fui capaz de dar instrucciones al sirviente sin pensar realmente en lo que le decía; en lo que realmente pensaba era en la posibilidad de dar media vuelta con unas pocas palabras francas. La tentación era fuerte: las mismas impresiones que habían obrado su influjo sobre mi visitante, también lo obraron, de un modo asaz distinto, durante esos uno o dos momentos, sobre mí. *¿Debía*, cogiéndolo por sorpresa, espetarle directamente: “Vamos, aclárame esto de una vez por todas: ¿eres el más desvergonzado y vil de los cazafortunas, o sólo es que, de una manera más inocente y acaso más agradable, se te ha reblandecido el cerebro?”. Pero se me escapó la oportunidad... lo cual, a decir verdad, no hube de lamentar posteriormente. Salió el criado y de nuevo encaré a mi interlocutor, quien retomó la conversación. Lo miré a los ojos otra vez, y se repitió la influencia de los mismos. Si le había ocurrido algo a su cerebro, su consecuencia debía de ser el magnetismo que hay en la mirada del loco. Ahora bien, Marmaduke fue el más cordial y el más amable de los locos. Para cuando volvió el sirviente con el té, yo ya estaba preparada; estaba preparada para todo. Con eso de “todo” me refiero a cualquier cosa que sobreviniera en mi inmediato trato aceptador del caso. El caso era realmente singular. Como todo lo demás, recuerdo el escenario: el ruido del viento y de la lluvia; la vista de la plazoleta desolada, deslucida, desierta, y de la luz de la tempestad primaveral; la manera como, sin que nada nos interrumpiese, tomamos el té junto al fuego de la chimenea. De esta guisa, él me notó receptiva y yo me

sentí capaz de parecer simplemente atenta y bondadosa cuando me dijo, por ejemplo: —Los Dedrick, sepa usted, de veras, aquel primer día (el día en que me recogieron en el desfiladero del Splügen), reconocieron en mí al hombre ideal.

—¿Al hombre ideal?

—Para ser su yerno. Querían que su hija —completó— hubiera tenido, entiéndame, todo.

—Pues bien, como ya lo ha tenido —procuré parecer entusiasta—, ¿no está arreglado el problema?

—Oh, está arreglado *ahora* —respondió—, ahora que lo tenemos todo. Mire, no habrían podido quererme tanto —él deseaba que yo lo comprendiera— si no hubieran visto en mí al hombre ideal.

—Comprendo, es muy natural.

—Pues bien —dijo Marmaduke—, esto excluyó la posibilidad de cualquier otro.

—¡Oh, con otro, el asunto no habría dado tan buen resultado!

Pero la espléndida satisfacción que sentía Marmaduke lo hizo inaccesible a mi ironía.

—Verá usted —siguió—, los pobres ancianos no podían hacer mucho (y ahora pueden hacer todavía menos) con el futuro; de modo que tenían que hacer lo que pudieran con el pasado.

—Y al parecer —asentí— han hecho muchísimo con él.

—Lo han hecho todo, sencillamente. Todo —repitió. Luego se le ocurrió una idea, aunque nada insistente o importunante; lo adiviné por la expresión de su rostro—. Si *viniera* usted a Westbourne Terrace...

—¡Oh, no hablemos de ello! —atajé—. Ahora no sería correcto ir allí. Habría debido hacerlo, si acaso, hace diez años.

Pero se refería, siempre de buen talante, a algo más que eso:

—Comprendo. Pero en la casa hay ahora muchas más cosas que entonces.

—Es lógico. La gente adquiere cosas nuevas. ¡Aun así...! —En lo más hondo, lo que yo hacía no era sino reprimir mi curiosidad.

Marmaduke no me apremió, pero quiso informarme:

—Hay nuestras habitaciones, toda la serie de nuestras estancias; y no creo que usted haya visto nunca nada más encantador, pues el buen gusto *de ella* era extraordinario. Creo que yo también tengo algo que ver en eso. —Luego, percatándose de que, una vez más, yo estaba un poco desorientada, aclaró—: Estoy significándole los aposentos preparados para nuestro matrimonio. —Estaba “significando” cual príncipe de la Corona—. Estaban amueblados, hasta el último detalle; no había que poner allí nada más. Y están como estaban: no se ha movido ni un mueble, no se ha alterado ningún detalle, nadie más que nosotros entra allí. Se conserva todo con mucho primor. Todos nuestros regalos están allí; me habría gustado que los viera usted.

Era ya un tormento; me percaté de haber cometido un error. Pero salí airosa: —¡Oh, no habría soportado el espectáculo!

—No tiene nada de triste —dijo con una sonrisa—; es demasiado encantador como para resultar triste. Es alegre. ¡Y los objetos...! —Semejó, en el apasionamiento de su plática, tenerlos delante de sí.

—¿Tan bellísimos son?

—Huy, escogidos con una paciencia que los hace casi inapreciables. Es realmente un museo. No había nada que los Dedrick considerasen excesivamente bueno para su hija.

Me había perdido el museo, pero reflexioné que no podía contener ningún objeto tan raro como mi visitante.

—Hay que reconocer que sí los has ayudado, después de todo; *has* podido hacerlo.

Convino con gran ilusión:

—¡He podido hacerlo, gracias a Dios, he podido hacerlo! Lo intuí desde el primer momento y eso es lo que he *hecho*. —Luego, como si hubiese una relación

directa, añadió—: Todos los objetos *míos* están allí.

Cavilé un momento.

—¿Tus regalos?

—Los que le hice a ella. A ella le gustaban todos, y recuerdo sus comentarios acerca de cada uno. Aunque esté mal que sea yo quien lo diga —completó—, ninguno de los demás puede compararse con los míos. Los miro todos los días, y puedo asegurarle que no me siento nada avergonzado. —A todas luces, en suma, él había sido espléndido, y prosiguió hablando de ello sin parar. En verdad se ensoberbeció como nunca.

8

Por lo que hace a épocas e intervalos, únicamente recuerdo que si esta visita de Marmaduke tuvo lugar a principios de primavera, fue durante un día de finales de otoño —pero probablemente de otoño de otro año posterior, un día caracterizado por una luz solar calinosa y soñolienta y por las hojas pardas y amarillas en los árboles— cuando, mientras atravesaba yo los Jardines de Kensington, me encontré, en uno de los senderos más a trasmano, con una pareja que ocupaba un par de sillas bajo un árbol y que al verme se levantó inmediatamente. Yo tardé más en reconocerlos, tal vez debido al riguroso luto que llevaba Marmaduke. En mi deseo de no traslucir mi engorro por habérmelos topado, así como de mitigar la turbación que mi aparición hubiese podido causarles, los intimé a volver a sentarse y les solicité, ya que había desocupada una tercera silla, permiso para compartir unos momentos su descanso. De esta guisa sucedió que, al cabo de un instante, Lavinia y yo estábamos sentadas en tanto que nuestro amigo, que había consultado su reloj, permanecía en pie ante nosotras sobre las hojas caídas y observaba que, lamentándolo mucho, se veía obligado a dejarnos. Lavinia no dijo nada, pero yo expresé un educado pesar; yo no estaba, sin embargo, según me pareció, en condiciones de hablar, sin incurrir en despiste o malinterpretación, como si hubiera interrumpido un tierno coloquio o separado a una pareja de enamorados. Pero sí que estaba en condiciones de mirar a Marmaduke de arriba a abajo, con aire de sorpresa ante su riguroso luto. Para dejarnos no daba otro pretexto que el de que era tarde y debía regresar a casa. “A

casa”, en boca suya, no tenía más que un significado: yo lo sabía instalado en Westbourne Terrace.

—Espero que no habrás sufrido —dije— la pérdida de alguien a quien yo conozca.

Marmaduke miró a su acompañante, y su acompañante miró a Marmaduke.

—Ha perdido a su esposa —me hizo saber Lavinia.

Oh, esta vez, me temo, me invadió un pequeño acceso de crueldad; pero fue hacia él hacia quien lo dirigí: —¿A tu esposa? ¡No sabía que *estabas* casado!

—Bueno —respondió Marmaduke, decididamente alegre vestido con su traje negro, sus guantes negros, su sombrero negro—, cuanto más vivimos en el pasado, más descubrimos en él. Eso es un hecho absolutamente cierto. Comprendería usted cuán cierto es si su vida hubiera tomado un giro semejante.

—Yo vivo en el pasado —terció amablemente Lavinia como para ayudarnos a los dos.

—¡Confío, querida —repliqué—, en que no habrás hecho unos descubrimientos igual de extraordinarios! —Parecía absurdo andarse con chiquitas.

—¡Ojalá que ninguno de sus descubrimientos sea tan aciago como el mío! —Marmaduke no hablaba con entonación dramática, sino que tuvo el buen gusto de expresarse con sencillez—. Tan apasionadamente han querido esto para ella —continuó diciéndome, con un efecto anonadante—, que finalmente hemos visto lo que nos correspondía hacer... Me refiero a lo que ha dicho Lavinia. —No vaciló más allá de tres segundos; lo espetó orgullosamente—: Maud-Evelyn ha tenido toda su felicidad de joven.

Lo miré pasmada, pero Lavinia estuvo, a su propia manera, no menos deslumbrante: —El matrimonio se *consumó* —me explicó, tranquila, estupendamente.

Pues bien, me resolví a no quedarme atrás.

—De modo que luego quedaste viudo —dije con toda seriedad—, y es la razón de que lleves luto.

—Sí, y lo llevaré siempre.

—Pero ¿no es empezar un poco tarde a llevarlo?

Mi pregunta fue estúpida, me di cuenta de ello enseguida; pero no importaba: él estuvo a la altura requerida.

—Oh, he tenido que esperar, ¿sabe?, a que me lo permitieran los demás hechos de mi matrimonio. —Y de nuevo consultó su reloj—. Discúlpeme; debo marcharme. Adiós. Adiós. —Nos estrechó la mano a las dos y se alejó. En tanto que, sentadas, veíamos cómo se alejaba me sentí impresionada por la propiedad con que encarnaba su personaje. Lo cierto es que en ese preciso instante me pareció que ambas estábamos de acuerdo con esta idea, aunque no dije nada hasta que él se perdió de vista. Luego, movidas por el mismo impulso, nos volvimos la una hacia la otra.

—¡Yo tenía entendido que no iba a casarse nunca! —exclamé para mi amiga.

Su tierno rostro consumido me miró gravemente; dijo:

—Y no lo hará. Nunca. Será todavía más fiel.

—¿Fiel? ¿A quién?

—A Maud-Evelyn, desde luego. —Yo no dije nada: me limité a reprimir una exclamación; pero extendí una mano y le cogí una de las suyas, y permanecemos en silencio unos instantes—. Sé que todo ello no es más que una idea —volvió a hablar finalmente—, pero a mí me parece una idea preciosa. —Luego añadió de modo resignado e inolvidable—: Y ahora son *ellos* quienes pueden morir.

—¿Te refieres al señor y la señora Dedrick? —Presté toda mi atención—. ¿Es que están enfermos?

—No exactamente, aunque, al parecer, la anciana está muy débil y cada vez más quebradiza... no tanto, creo, por achaque alguno cuanto porque le parece que ya ha realizado la tarea de su existencia y ahora, como dice Marmaduke, considera que su vida ha cesado de tener sentido. ¡Además, figúrese, con todo su apego a su hija, sus motivos para anhelar morir! Y Marmaduke piensa que si ella fallece, el señor Dedrick la seguirá pronto. Más o menos un “Juntos para siempre los dos”.

—¿Le hace compañía en su descenso para yacer junto a ella al pie de la

colina?

—Sí, tras haber dejado resueltas todas las cosas.

Les di vueltas a tales cosas mientras nos íbamos y a la manera como las habían resuelto en pro de la plenitud de Maud-Evelyn y la holgada prosperidad de Marmaduke; y recuerdo que antes de que nos separáramos aquella tarde — habíamos tomado un carruaje en Bayswater Road y Lavinia había venido conmigo— le dije: —Entonces, cuando ellos mueran, Marmaduke quedará en libertad, ¿no es así?

Lavinia pareció no entender apenas:

—¿En libertad?

—Para hacer lo que él quiera.

Se extrañó:

—Marmaduke está haciendo ahora lo que él quiere.

—Pues, en tal caso, para hacer lo que *tú* quieres.

—¡Huy, ya ve usted que lo que *yo* quiero...!

¡Ah, le cerré la boca!

—¡Lo que quieres es colaborar en unas horribles mentiras: sí, ya lo veo!

A su debido tiempo, así y todo, sí ocurrió lo que Lavinia me había aseverado: en el decurso del año siguiente tuve noticia del fallecimiento de la señora Dedrick, y unos meses más tarde, sin que en el intervalo me hubiera visto yo con Marmaduke, absolutamente dedicado a su desolado protector, supe que también éste último, afligidamente, había seguido su suerte. Yo estaba fuera de Inglaterra entonces: tuvimos que llevar una vida más económica y alquilamos nuestra querida mansión; de modo que pasé tres inviernos sucesivos en Italia y dediqué los periodos intermedios, en nuestro país, a visitar sobre todo a parientes, que no conocían a estos amigos míos. Por supuesto, Lavinia me escribía; me escribió, entre otras cosas, que Marmaduke estaba enfermo y que ya no parecía el mismo desde la pérdida de su “familia”, y ello pese a que, en su testamento, los Dedrick, como también me lo había participado ella en su momento, se lo habían

dejado “virtualmente todo”. Yo sabía, antes de regresar para ya quedarme, que ahora ella lo veía a menudo y se ocupaba de cuidarlo en muchos aspectos, habida cuenta de que semejaba agotado física y espiritualmente. No bien nos vimos, la pregunté por él; ante lo cual me dijo: —Está consumiéndose paulatinamente. —Y, advirtiéndome mi sorpresa, explicó—: Se ha desgastado por la pasión con que ha realizado la tarea de su existencia.

—¿Quieres decir que considera que su vida ha cesado de tener sentido, igual que él mismo dijo de la señora Dedrick? —pregunté con amarga sorna.

Ante esto se dio la vuelta:

—Usted nunca ha comprendido.

Yo *si* había llegado a comprender, en mi opinión; y acabaría sintiéndome por entero cierta de ello tras ir a visitarlo posteriormente. Pero por ahora, en este reencuentro con Lavinia, me contenté con informarla de que lo visitaría a la mayor brevedad; lo cual fue precisamente lo que la hizo desvelar el clímax, a mi entender, de esta narración.

—Ahora, Marmaduke, ¿sabe usted? —me advirtió Lavinia, tornando a encararme—, no se halla en Westbourne Terrace. Ha alquilado una casita por Kensington.

—Entonces, ¿no ha conservado los objetos?

—Lo ha conservado todo. —En todavía mayor grado me miró como si yo nunca hubiera comprendido.

—¿Quieres decir que los ha trasladado de residencia?

Lavinia se mostró paciente conmigo.

—No ha trasladado nada —dijo—. Todo sigue donde y como estaba, conservado primorosamente.

Me extrañé:

—Pero, si él no vive allí...

—Sí que lo hace.

—Entonces, ¿cómo es que está en Kensington?

Vaciló, pero fue capaz de matizar con aún mayor soltura que antaño:

—Está en Kensington... sin vivir allí.

—¿Quieres decir que en la otra casa...?

—Sí, ahí es donde pasa la mayor parte del tiempo. Va todos los días, pasa allá horas enteras. Conserva la casa para esto.

—Comprendo: continúa siendo el museo.

—¡Continúa siendo el templo! —replicó Lavinia, con extraordinaria seriedad.

—En tai caso, ¿por qué se ha mudado?

—Porque, mire usted, en Kensington... —titubeó otra vez— ... sí soy capaz de visitarlo. Y él me necesita —dijo con admirable llaneza.

Lentamente lo asimilé.

—Aun después de la muerte de los padres, ¿tú no has ido nunca a Westbourne Terrace?

—Nunca.

—¿De modo que no has visto nada?

—¿Nada que fuese de Maud-Evelyn? Nada.

Yo la entendía, vaya que sí; pero no he de negar que me noté decepcionada: había esperado un relato de las maravillas que encerraba la casa y en el acto me hice cargo de que no sería correcto que yo diera un paso que Lavinia no había querido dar. Cuando, poco tiempo después, los vi juntos en Kensington Square —había ciertas horas del día que Lavinia pasaba regularmente con él—, observé que todo lo relacionado con él era distinto, llamativo y generoso. Los dos resultaban, en su insólita unión postrimera —si unión podía denominarse—, muy sencillos y muy conmovedores; pero él estaba visiblemente acabado: llevaba la muerte inscrita en la mirada. Ella lo atendía cual hermana de la caridad... o cual hermana de él

mismo, cuando menos. Ahora no estaba robusto y sonrosado, ni parecía tener bajo control su propia atención, e, íntima y fantasiosamente, me pregunté por dónde divagaría ésta y en qué se recrearía. Pero el pobre Marmaduke fue un caballero hasta el final: no olvidó su rectitud ni en la hora de la agonía. Murió hace doce días; se dio lectura a su testamento; y durante la semana pasada vi a Lavinia, quien me informó de las disposiciones del mismo. Le había legado todo cuanto él mismo heredara. Sin embargo, ella me habló de un modo que me hizo preguntar, sorprendida: —Pero ¿no has estado aún en la casa?

—Todavía no. Sólo he visto a los procuradores, los cuales me han dicho que no habrá ninguna complicación.

En su entonación había algo que me hizo seguir preguntando:

—¿Es que no sientes ninguna curiosidad por ver lo que hay allí?

Me dirigió una mirada acongojada —casi suplicante— que yo comprendí; e inmediatamente dijo: —¿Irá usted conmigo?

—Algún día, con mucho gusto... pero no la primera vez. La primera visita tienes que hacerla sola. Lo que encontrarás allí —completé (pues había advertido su semblante)—, ahora no debes considerarlo como las reliquias de ella...

—...¿sino como las reliquias de él?

—Habida cuenta de la relación íntima de Marmaduke con ellas, ¿acaso su muerte no te las ha convertido en eso?

Se le iluminó el rostro; me di cuenta de que me agradecía haberle formulado esa concepción.

—Comprendo —murmuró—, comprendo. Son las reliquias de él. Iré.

Lavinia fue a la casa de Westbourne Terrace y hace tres días vino a verme. Son realmente maravillas, al parecer, tesoros extraordinarios, y no falta ni uno. La semana próxima iré con ella; podré verlos por fin. ¿Cómo dices? ¿Que a ti tengo que contártelo todo sobre ellos? Cómo no, mi querido amigo.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Entre otras convicciones secretas, cual las que todos albergamos, Peter Brench estimaba como el más grande logro de su vida no haber emitido jamás un juicio comprometedor sobre la obra, como era denominada, de su amigo Morgan Mallow. En lo tocante a ella, según pensaba él honradamente, nadie podía, con veracidad, citar una sola opinión pronunciada por sus labios, y en ningún lado podía haber constancia de que, a ese mismo respecto, en ninguna ocasión ni tesitura alguna, hubiese mentido o hubiese proclamado la verdad. Semejante triunfo le parecía de relevancia capital aun siendo un hombre que había logrado otros triunfos: un hombre que había llegado a los cincuenta años, que había eludido el matrimonio, que había vivido sin dilapidar su fortuna, que desde muchos años atrás amaba a la señora Mallow sin decir palabra, y que, lo último en orden pero no en importancia, se había juzgado a sí mismo hasta los más íntimos recovecos. De hecho se había juzgado hasta tal punto que había sentenciado que la actitud que mejor le cuadraba era una gran humildad global; y, sin embargo, nada lo hacía tener mejor concepto de sí mismo que el recto rumbo que había logrado seguir pese a varios de los escollos precitados. De esta guisa, consideraba categóricamente un mérito que aquéllos de sus amigos en quienes más confianza tenía fueran precisamente aquéllos ante quienes guardaba la mayor reserva. Él no podía —al menos eso había decidido el excelente hombre— decirle a la señora Mallow que ella era la adorable causa única de su contumaz soltería; y tampoco decirle al marido que la visión de los innumerables mármoles que poblaban el taller de éste le causaba un sufrimiento cuya incisividad ni siquiera el tiempo había conseguido embotar. Sin embargo, su victoria, como ya he apuntado, en lo tocante a estas esculturas, no consistía sólo en haber callado que las abominaba; consistía además, heroicamente, en no haber intentado nunca obtener, como premio a su silencio, una dulce compensación de otro orden.

La situación entera, entre estas buenas gentes, era en verdad cosa digna de admiración, y probablemente no había ninguna que le fuese comparable en muchas leguas a la redonda del punto que nos incumbe: la zona londinense donde en aquella época los melodiosos declives de Hampstead principiaban a ser debelados por los quebrados ritmos de St. John's Wood. Peter deploraba las estatuas de Mallow y adoraba a la esposa de Mallow, pero sentía considerable simpatía hacia Mallow, por quien, a su vez, él era igualmente apreciado. La señora

Mallow exhibía gran admiración por las estatuas... aunque, si la apuraban, confesaba preferir los bustos; y su ostensible afecto por Peter Brench se debía al afecto que éste último le testimoniaba a Morgan. Por lo demás, cada uno de los tres amaba a los otros dos por la delicadeza con que trataban a Lancelot, el único y muy querido descendiente de los Mallow, en quien el amigo de la casa tenía al tercero —pero sin duda el más guapo— de sus ahijados. Desde su nacimiento, ninguno de la familia, ni siquiera el propio niño, si hubiese sido posible consultarlo, habría hallado sujeto más cualificado que Peter para el papel de padrino. Por fortuna, todas estas notables personas gozaban, en el aspecto pecuniario, de cierto desahogo; de lo contrario, el Maestro no habría podido pasar sus solemnes *Wanderjahre*^[9] en Florencia y en Roma ni continuar, junto al Támesis no menos que junto al Arno y el Tiber, amontonando una tras otra obras no vendidas y modelando, con lo que no tenía otro remedio que ser una pasión de todo punto desinteresada, fantaseadas cabezas de celebridades demasiado sumidas en la época o demasiado poco —demasiado ocupadas en vivir el presente o demasiado muertas y enterradas en el pasado— para concederle sesiones de “pose”. Ni tampoco Peter, que se presentaba casi todos los días, habría podido encontrar los suficientes ratos de ocio para colaborar con su presencia a mantener toda esta complicada tradición de cosas. Él, el depositario de estos secretos, era hombre macizo pero bonancible: corpulento y recio y rubicundo y crespo, de entonaciones profundas, miradas profundas, bolsillos profundos, por no mencionar su hábito de las pipas largas, los sombreros flexibles y los trajes descoloridos entre parduscos y grisáceos, en apariencia siempre los mismos.

Se había entregado a “escribir”, según se sabía, aunque nunca se hubiera entregado a hablar... a hablar, en particular, de eso; y daba la impresión (ya que, según se creía, continuaba cogiendo la pluma) de que prosiguiera su actividad literaria para tener algo más —como si, de suyo, aún no tuviera bastante— sobre lo cual callar. Sea como fuere, lo cierto es que sus ocasionales versos y prosas, ignorados de todos, le permitían afirmar ante su propia mirada la integridad de su buen gusto y comprobar paladinamente la interdependencia de la fama y la mediocridad. La puerta verde de su propiedad se abría en una tapia de jardín cuyo estuco lucía agrietado y desvaído, y, en la pequeña mansión a la que aquella daba paso, todo era vetusto: el mobiliario, los sirvientes, los libros y los grabados, las costumbres inmemoriales y aun los arreglos más recientes. A diez minutos de allí, los Mallow tenían su propia residencia, bautizada como Villa Carrara, cuyo taller se levantaba sobre un pequeño terreno que éstos, en su feliz optimismo, habían anexado a la propiedad con el fin de edificar tal santuario del arte. Ello había sido posible por la buena suerte, si es que no habría que llamarla mala, de que la señora Mallow, al desposarse, hubiera aportado a su marido una dote suficiente para

procurarle una mínima seguridad y permitirle así, respecto del arte del cincel, mantenerse en sus trece. Y en sus trece se mantenían —siempre se habían mantenido— el engolado escultor y su esposa, en favor de los cuales la naturaleza había rizado el rizo privándolos de toda conciencia de lo difícil. De escultor, Morgan lo tenía todo excepto el espíritu de Fidias: la casaca de terciopelo marrón, el *berretto* apropiado, el “aspecto plástico”, los dedos melindrosos, un bonito acento italiano y un viejo fámulo traído de Italia. Parecía compensar todas sus ineptitudes cuando le ordenaba a Egidio en su lengua natal que hiciera girar alguno de los pedestales rotatorios que en el taller abundaban. En Villa Carrara todos eran muy italianizantes, y lo inconfesable del papel que este hecho representaba en la vida de Peter era, mayormente, que le aportaba, a fuer de británico a machamartillo, la justa cantidad de “extranjería” que era capaz de tolerar. Toda su Italia la constituían los Mallow, aunque en cierto modo era gracias a Italia por lo que le agradaban. Su sola preocupación era que Lance —así llamaban por abreviación a su ahijado— resultaba, a despecho de su educación en un colegio nacional, acaso una pizca demasiado italiano. Por otra parte, Morgan poseía el aspecto de la imagen aduladora que uno puede tener de sí mismo, semejante a aquéllas que cabe contemplar en esa gran sala del museo de los Uffizi dedicada a Autorretratos de Artistas. La única lamentación del Maestro era no haber nacido pintor en vez de escultor, a causa de su deseo de haber contribuido a la insigne colección sobredicha.

Con el tiempo se vio que Lance, de todas formas, sí que sentía la vocación de los pinceles; pues, cuando el muchacho frisaba ya en los veinte años, un buen día la señora Mallow le anunció al amigo, quien solía ser confidente de los problemas y preocupaciones más íntimos de la familia, que no parecía sino que en rigor de verdad no tenían más remedio que dejarlo seguir la carrera de pintor. Ya no podían permanecer insensibles ante la circunstancia de que no cosechaba ningún laurel en Cambridge, donde la facultad en que otrora había hecho Brench los estudios llevaba un año suavizándole las reprimendas únicamente por consideración a su padrino. Así, pues, ¿a qué obstinarse en la vana tentativa de formar lo imposible? Lo imposible —ello ya estaba sobradamente claro— era que Lance pudiese llegar a ser otra cosa que artista.

—¡Oh, cielos, cielos! —exclamó el pobre Peter.

—¿Cómo? ¿No cree usted en ello? —preguntó la señora Mallow, quien, aunque cumplidos ya los cuarenta, había conservado unos ojos de un violeta aterciopelado, una lisa piel lustrosa y un suave cabello rojizo.

—Que si no creo ¿en qué?

—Pues en la pasión que siente Lance.

—No sé bien a qué se refiere con eso de “creer en su pasión”. No se me había escapado, ciertamente, la propensión de Lance, desde su más tierna infancia, a enarbolar pinceles y mezclar colores; pero yo esperaba, lo confieso, que se le pasaría.

—Y ¿por qué habría de pasársele —preguntó ella con una hermosa sonrisa—, habida cuenta de los preciosos antecedentes familiares? Una pasión es una pasión... aunque claro está que, naturalmente, usted, mi buen Peter, no entiende nada de semejantes cosas. ¿Se ha extinguido la del Maestro alguna vez?

Por un momento, Peter apartó el semblante y, a su habitual manera informe, durante algunos instantes emitió un sonido intermedio entre un silbido atenuado y un rezongo reprimido.

—¿Cree usted que también él se convertirá en un Maestro? —preguntó.

Apenas si ella pareció dispuesta a llegar tan lejos, pero mostró, en conjunto, un aplomo maravilloso: —Ya sé lo que quiere insinuar usted: ¿merecerá la pena una actividad que desencadenará las mismas envidias y suscitará las mismas maquinaciones que en ciertos momentos casi han resultado demasiado duras de soportar para el padre de Lance? Pues bien, contemos con ello, ya que nada excepto la trapacería, en la triste época en que vivimos, *puede*, por lo visto, asegurar el éxito, y ya que, si una maldición le ha otorgado el don del refinamiento y la exquisitez, uno fácilmente puede verse teniendo que mendigar el pan toda la vida. Pongámonos en lo peor: supongamos que él *tenga* la desgracia de volar tan alto que el gusto vulgar del ignaro populacho no pueda seguirlo. Recuerde, así y todo, la ventaja de que disfrutará él, la misma de que disfruta el Maestro. Él *conocerá*.

Peter semejó pesaroso:

—Ah, pero ¿qué es lo que conocerá?

—¡La felicidad interior! —exclamó la señora Mallow con entonación algo impacientada. Y se fue.

Naturalmente, Peter hubo de tener, poco después, una charla sobre aquello con el propio joven y oírle que, virtualmente, estaba ya todo decidido. Lance no iba a volver más a la Universidad e iba a marcharse a París, donde podría, ya que la suerte estaba echada, encontrar reunidas el máximo número de facilidades. Peter siempre había tenido la impresión de que era necesario aceptar a su ahijado tal como era, pero quizá nunca hasta este momento se había visto tan forzado a verlo como era realmente: —Entonces, ¿es que abandonas Cambridge por completo? ¿No es bastante lamentable?

Al modo de ver del amigo, Lance se habría parecido a su padre si hubiese sido menos humorista y a su madre si hubiese sido más hermoso. Pero era una buena solución intermedia, para Peter, eso de que, a la manera de los jóvenes modernos, tuviera, a primera vista, más bien el aire de un corredor de bolsa que el de un artista en agraz. El muchacho hizo valer que se trataba de una cuestión de tiempo: le quedaban tantas experiencias por vivir, tantos hechos por observar. Había sostenido algunas conversaciones con sus camaradas y se había formado su opinión propia al respecto: —En nuestros días —dijo— lo que importa, ¿sabe usted?, no es llegar a adquirir erudición, sino discernimiento.

Ante esto, su interlocutor emitió un gruñido:

—¡Oh, diablos, no quieras saber discernir!

Lance se maravilló:

—¿Que “no” quiera saber discernir? Entonces, ¿qué tiene de bueno...?

—Qué tiene de bueno ¿el qué?

—Pues... todo. ¿No confía usted en mi talento?

Peter aspiró su larga pipa, en silencio, durante un instante; después ahondó: —No es el discernimiento, sino la ignorancia, lo que (nos lo dicen excelentemente) nos da la felicidad.

—Entonces, ¿no cree usted que yo tenga talento? —insistió Lance.

Peter, según su costumbre de inesperados gestos bonachones, puso su brazo en torno al cuello de su ahijado y lo mantuvo así un momento, diciendo: —¿Qué sé yo?

—¡Ah —dijo el joven—, si es su propia ignorancia lo que está usted tratando de defender...!

De nuevo, durante una pausa, sentado en el diván, el padrino fumó.

—No se trata de eso —dijo—. Yo tengo la desgracia de ser omnisciente.

—¡Ah, caramba —dijo Lance riendo de nuevo—, si sabe usted *demasiado*...!

—De eso se trata precisamente, y he ahí por qué soy tan desdichado.

La jocundidad de Lance subió de punto:

—¿Desdichado usted? ¡Venga ya!

—Pero me olvidaba —completó su compañero— de que tampoco deberías saber nada de este asunto. Eso sería, también para ti, saber demasiado. Voy a comunicarte tan sólo mis intenciones. —Peter se levantó del diván—. Si aceptas volver a Cambridge, yo te pagaré todos los gastos.

Lance lo miró de hito en hito, un tanto pesaroso a despecho de sentirse todavía más divertido.

—¡Oh, Peter! —exclamó—. ¿Desprecia usted París, pues, hasta ese extremo?

—Caramba, le tengo miedo.

—Ah, ya lo entiendo.

—No, tú no entiendes nada... no aún. Pero acabarás entendiendo; es decir, corres el riesgo de acabar entendiendo. Y eso no es bueno.

El joven reflexionó más seriamente:

—Pero mi inocencia ya está...

—¿Ya ha recibido golpes? Oh, ello tiene remedio —siguió Peter—; la restauraremos aquí.

—¿Aquí? Entonces lo que usted desea, ¿es que permanezca en casa?

Peter casi lo confesó:

—Caramba, estamos los cuatro tan bien como estamos, todos juntos... tan amparados unos por otros... Escucha, no lo echés a perder.

Ante esto, el joven, que ya se había tornado grave, pasó a la consternación, impresionado ante el muy sentido tono de su amigo.

—Entonces, ¿a qué se dedicaría servidor?

—A ser mi ahijado. Atiende, muchacho —y ahora Peter suplicó de veras—, yo me ocuparía de tu manutención.

Lance, que con las piernas extendidas y las manos en los bolsillos había permanecido sentado en el diván, lo escudriñó con mirada desconfiada. Después se incorporó: —Lo que usted piensa es que no tengo suficientes aptitudes, que no triunfaré.

—¿A qué te refieres con eso de triunfar?

Lance reflexionó de nuevo, y respondió:

—Caramba, el mejor triunfo, creo, consiste en satisfacerse a uno mismo. ¿No es de eso precisamente de lo que, a despecho de las maquinaciones y todo lo demás, disfruta (a su especial modo inimitable) el Maestro?

Tantísimas cosas incluidas en esta pregunta pedían contestación simultánea, que lo que a efectos prácticos hizo fue poner fin a la conversación, la cual se volvió singularmente difícil a la luz de tanta evidencia renovada de que, aunque posiblemente la inocencia del joven, durante el transcurso de sus estudios, como afirmaba él mismo, hubiera sufrido golpes, la quintaesencia de su candor permanecía intacta. Lo cierto es que ello era lo que Peter había dado por supuesto y lo que al propio tiempo deseaba por encima de todo; pero, debido a alguna perversión suya, la ingenuidad de Lance lo indignó. El joven creía en las maquinaciones y todo lo demás, creía en el especial modo inimitable, creía, en suma, en el Maestro. Uno o dos meses más tarde, no sólo Lance no había vuelto a

Cambridge con todos los gastos pagados por su padrino, sino que además, quince días después del asentamiento de aquél en París, Peter le mandó cincuenta libras esterlinas.

Entretanto, en su país natal, Peter se había mentalizado para lo peor; y jamás lo que podía ser lo peor se le había prefigurado de una forma tan vivida como cuando, un domingo por la noche en que, como de costumbre, él acudió a casa de sus amigos para cenar, la señora de Villa Carrara lo saludó con una pregunta sobre —ni más ni menos— las riquezas de los canadienses. Ella hablaba en serio, hablaba casi con apasionamiento: —Dígame: ¿hay muchos de ellos *verdaderamente* ricos?

Por fuerza él hubo de confesar no saber nada acerca de aquello, aunque posteriormente recordaría muchas veces esta velada. La habitación en que se hallaban estaba exornada con diversas muestras de la genialidad del Maestro, las cuales poseían el mérito de tener, como sugería a menudo la propia señora Mallow, unas dimensiones infrecuentemente oportunas. Eran dimensiones en efecto poco usuales en las creaciones del cincel y ofrecían la peculiaridad de que, si los objetos y los detalles destinados a ser pequeños parecían demasiado grandes, los objetos y los detalles destinados a ser grandes parecían demasiado pequeños. La intención del Maestro, fuese en este respecto o en cualquier otro, había permanecido, en casi todos los casos, incluso tras el paso de años, inescrutable para Peter Brench. Las creaciones que tan insuficientemente la exteriorizaban se erguían, un poco por todas partes, sobre pedestales y ménsulas, sobre mesas y estanterías: todo un pequeño pueblo blanco de fija mirada, heroico, idílico, alegórico, mítico, simbólico, en que la “proporción” se había desviado y extraviado de tal manera que la plaza pública y la repisa de la chimenea parecían haber intercambiado sus papeles, pues todo lo monumental resultaba diminuto y todo lo diminuto monumental; las obras de estas dos categorías, por otra parte, eran, innegablemente, miembros de una estirpe en la cual, singular fenómeno, cada estatua no ofrecía ninguna información acerca de su respectiva profesión, edad o sexo. Al igual que los Mallow, ellas mismas, este pueblo de estatuas, componían la familia del desdichado Brench: por lo menos le eran, en grandísima medida, íntimamente familiares. La coyuntura presente era de aquéllas que desde hacía mucho tiempo había aprendido a identificar y a definir: breves fogonazos de la débil llama, dulces ráfagas de un aire más clemente. Dos veces al año, con regularidad, el Maestro confiaba en su suerte, aparte confiar todo el año en su genio. Esta vez la prosperidad tenía que estar asegurada con una pareja de luto, procedente de Toronto, que acababa de hacer el magnífico encargo: la ejecución de una tumba para tres niños difuntos, a quienes deseaban ver conmemorados, en el grupo escultórico, con un estilo a la par simbólico y realista.

Ése era naturalmente el trasfondo de la pregunta de la señora Mallow: al suponer que estos extranjeros eran adinerados, cabía creer, por la índole de la admiración de los mismos, así como por sus misteriosas alusiones (¡eran gente un poco extravagante!) dejadas caer a propósito de la posibilidad de otros encargos de este tenor funerario, en un patrocinio futuro; y no menos factible era que, si el Maestro conseguía adquirir una mínima notoriedad en aquellos lejanos pagos, una larga serie de clientes canadienses viniera inexorablemente a hacer sus pedidos. En otras ocasiones, Peter había visto afluencias de clientes coloniales o autóctonos, grupos de compradores que sin embargo habían producido poquísimos vacíos en la compañía marmórea que los rodeaba; pero se guardaba mucho, en circunstancias así, de hacer tambalearse tales ilusiones halagüeñas. Mientras duraban, constituían un bálsamo para la amargura ocasionada por las distinciones jamás obtenidas, el largo sufrimiento de las medallas y los diplomas constantemente otorgados a otros; y alimentaban, así, la lámpara destinada a lucir hasta el próximo eclipse. Ellos vivían, empero, al fin y a la postre —tal como siempre era maravilloso comprobarlo—, sobre un plan trascendente, apenas atentos a los altibajos de la existencia. Consentían, a veces, deliciosamente, en reconocer que el público, de cuando en cuando, no era demasiado infame como para desear comprar; pero jamás renunciaban a la muy honda convicción de que el Maestro era siempre demasiado excelso como para lograr vender. A menudo, Peter se decía que ellos estaban, sea como fuere, maravillosamente forjados para su destino: el Maestro tenía una vanidad, y su esposa una lealtad, cuyo mérito y encanto habrían sido disminuidos por el éxito, privándolas de inocencia. Cualquiera puede resultar hechicero si vive bajo un hechizo, y, cuando Peter miraba el mercenario mundo exterior, todavía más falto de equilibrio y armonía que el propio museo del Maestro, se preguntaba si alguna vez habría conocido a otra pareja tan por completo ajena a las infamias de lo corriente.

—¡Qué mala pata que Lance no esté aquí presente para regocijarse con nosotros! —suspiró aquella noche la señora Mallow durante la cena.

—Beberemos a la salud del ausente —repuso su marido, y llenó el vaso de su amigo y el suyo. Vertió una gota en el de su compañera y prosiguió—: De todos modos, esperemos que él alcance una felicidad menos parecida a la nuestra de esta noche (¡comprensible por otra parte, todo hay que admitirlo!) que a la serenidad (ésa que no depende de las circunstancias) de que nosotros siempre hemos podido disfrutar. ¡Esperemos que alcance —aclaró el Maestro, retrepándose en su sofá, bajo la grata luz de lámpara y junto al grato fuego de chimenea, alzando su vaso y paseando la mirada por su familia de mármol, monstruosa progenie más o menos presente en todas las habitaciones—, esperemos que alcance la felicidad que hay en

la mera práctica hermosa de un arte!

Peter estudió su vino con aire un poco cohibido:

—¡Hum! Me importa poco el nombre con que califique usted la situación en que un artista permanece ignorado, mas es necesario que Lance sí aprenda a *vender*, creo yo. ¡Brindo por que él se haga con el secreto de la vil popularidad!

—Oh sí, *él* debe vender —concedió con sorprendente sinceridad la madre del muchacho, la cual había tenido que ser aún más, no obstante, como esta declaración semejó patentizarlo, la esposa del Maestro.

—Oh —dictaminó confiadamente, tras una pausa, el escultor—, Lance *venderá*. No temas. Habrá aprendido.

—He ahí precisamente —comentó con malicia la señora Mallow— lo que exasperó a Peter (¿por qué diantres se mostró usted tan pérfido, Peter?) cuando Lance le habló sobre ello.

Cuando la dama de sus pensamientos lo miraba con afectuoso reproche — favor no infrecuente de su parte—, Peter nunca encontraba las palabras; pero el Maestro, que era la mismísima personificación de la donosura y el tacto, lo ayudó a salir de este trance como tantas veces lo había hecho: —Es la manía de Peter, ya sabes, a propósito de la cual Peter y yo hemos diferido tantas veces: él sostiene la teoría de que el artista debe ser tan sólo impulso e instinto. Yo sostengo, evidentemente, que es necesario un poco de aprendizaje: no demasiado, pero sí en una proporción conveniente. Ahí tienes —terminó de explicarle a su esposa— por qué protestó pensando en los riesgos que, ya ves, *podría* correr Lance.

—Ah, claro —y a través de la mesa volvió a orientar la señora Mallow sus ojos violeta hacia el suscitador de aquella explicación—, él sólo podía tener, por supuesto, buenas intenciones; pero ello no quita que, si Lance *hubiera* seguido su consejo, él habría resultado, a la hora de la verdad, horriblemente cruel.

Ellos tenían una forma cordialmente bromista de hablar de Peter en su propia presencia como si éste fuese de arcilla o —a lo sumo— de yeso, e, invariablemente, el Maestro se mostraba magnánimo. Se habría dicho que ordenaba a Egidio que lo hiciese girar en su pedestal.

—Oh, pero el pobre Peter —dijo— no andaba tan equivocado al hablar de las cosas que quizá, al fin y al cabo, *está* aprendiendo Lance.

—Huy, no creo que se trate de nada grave en lo referente a sus planes artísticos —insistió ella... todavía, al parecer del pobre Peter, picara y traviesa.

—En efecto: se tratará tan sólo de las pequeñas triquiñuelas a la francesa —dijo el Maestro; ante lo cual su amigo tuvo que fingir reconocer, presionado por la señora Mallow, que había sido únicamente su recelo hacia esos vicios estéticos lo que había motivado sus inquietudes.

3

—Ahora ya sé —le dijo Lance al cabo de un año— por qué se opuso usted a mi proyecto. —De vuelta a su país, naturalmente por un corto plazo de tiempo, el joven se inclinaba a permanecer en Villa Carrara, donde había hecho ya, dos o tres veces tras su partida, breves reapariciones. Su presente estadía se anunciaba como un periodo de vacaciones más prolongado—. Me ha sobrevenido algo bastante terrible. No es tan bueno esto de saber la verdad.

—He de decir que efectivamente no tienes alegre el semblante —se vio Peter forzado a convenir bastante pesarosamente—. De todos modos, ¿estás segurísimo de que la sabes?

—Cuando menos, sé todo lo que puedo soportar. —Estas observaciones eran intercambiadas en la residencia de Peter, y el joven, fumando un pitillo, estaba junto a la chimenea con la espalda vuelta al fuego. Era cierto que la expansividad de su juventud parecía haberse apaciguado ya un poco.

El pobre Peter quedó impresionado:

—Caramba, ¿has comprendido realmente los motivos personales que yo tenía para no querer que fueras a París?

—¿Personales? —Lance reflexionó—. Me parece que, en lo atinente a motivos personales, sólo puede haber uno.

Permanecieron un momento sondeándose el uno al otro.

—¿Estás completamente seguro?

—¿Completamente seguro de ser un fracasado sin una sola pizca de talento? Completamente. Desde hace algún tiempo.

—¡Ah! —Y Peter se volvió de espaldas, se habría dicho que casi tranquilizado.

—Ése es el poco agradable descubrimiento que he hecho.

—Oh, “ése” no me preocupa —dijo Peter, tornando a encararlo a renglón seguido—. Quiero decir que, personalmente, me es igual.

—¡No obstante, reconocerá usted que a mí no me es igual!

—Vaya, ¿qué pretendes decir con eso? —preguntó Peter con escepticismo.

Y, ante esto, Lance hubo de explicar... cómo su aprendizaje en París sólo había servido para enseñarle implacablemente las dudosas características de su talento. Su aprendizaje lo había iluminado, de tal manera que una luz nueva refulgía en sus ojos; pero esta luz había tenido por efecto desvelarle demasiadas cosas: —¿Sabe usted la causa de mi sufrimiento? Un exceso de inteligencia. En el fondo, París era el último lugar adonde habría debido ir. He aprendido a darme cuenta de mis insuficiencias.

El pobre Peter quedó conmovido: lo que Lance había recibido era un mazazo; pero, incluso tras la larga conversación durante la cual el joven anunció, sin ambages, la dura verdad que había aprendido a sus propias expensas, su amigo traslució menos satisfacción que la que en casos parecidos se manifiesta en un semblante connotador del suave comentario: “Ya te lo había advertido yo”. En esta ocasión el pobre Peter aludió tan poco a lo que ya le había advertido él, que, uno o dos días más tarde, Lance no pudo menos que retomar la cuestión: —¿Qué era lo que (antes de mi partida) en realidad temía usted que yo descubriese?

Esto, empero, Peter rehusó contestárselo: le argumentó que si él solo no lo había adivinado ya, probablemente jamás lo adivinaría, y que en tal caso resultaba contraproducente, para ambos a dos, sin ningún género de dudas, formular el motivo de sus temores. Lance lo atalayó, al calor de esto, durante unos instantes, con la insolente curiosidad de la juventud... incluso con el aire de que estuviesen cruzándole el espíritu dos o tres hipótesis plausibles, alguna de las cuales debería ser certera. Sin embargo, Peter, dándose la vuelta otra vez, no le ofreció ninguna

ayuda, y cuando se separaron, el joven realizó uno que otro aspaviento de irritación. Congruentemente, en su siguiente encuentro, Peter discernió a simple vista que, durante el intervalo, Lance lo había adivinado todo y que, para hablarle de ello, tan sólo estaba esperando a que se presentase la ocasión propicia. Se las compuso para facilitarle pronto otra entrevista, y su ahijado espetó sin rodeos: — ¿Sabe usted que su enigma me impedía dormir? Pero durante mis meditabundas vigiliass me llegó la respuesta... y, a fe mía, me hizo estallar en carcajadas. ¿Supone usted que realmente me hacía falta ir a París para descubrir *eso*? — Al verlo, incluso en este instante, mantener su reserva con tan sublime heroísmo, el joven amigo de Peter no pudo menos que echarse a reír de nuevo —: ¿No dará usted ninguna señal de asentimiento antes de cerciorarse por completo? ¡Admirable viejo Peter! — Pero Lance finalmente se explayó —: Pues bien, diablos, se trata de la verdad sobre el Maestro.

Esto provocó por ambas partes, durante los siguientes momentos, un vivido pasaje, en que cada uno de ellos se asombró ante el asombro del otro.

— Pero, entonces, ¿desde cuándo sabías...?

— ...¿el valor exacto de su obra? Lo supe — dijo Lance, haciendo un esfuerzo memorístico — desde que empecé a enterarme de la realidad de las cosas. Aunque reconozco que no lo vi con absoluta claridad hasta que estuve *là-bas*.

— ¡Piedad, piedad! — se lamentó Peter con un terror retrospectivo.

— Pero ¿por quién me tomaba usted? Yo soy un inepto incurable: eso sí ha habido necesidad de que me lo metieran a la fuerza en la cabeza. ¡Pero, al menos, no soy tan inepto como el Maestro! — declaró Lance.

— Entonces, ¿por qué nunca me dejaste ver...?

— ...¿que yo, a fin de cuentas — completó el joven —, no era tan idiota? Pues precisamente porque nunca me había imaginado que usted sabía. Pero le pido perdón. Sencillamente quería ahorrarle desconciertos. Y lo que ahora no se me alcanza es cómo diantres, en tal caso, ha conseguido usted mantener su boca cerrada durante tanto tiempo.

Peter le brindó la explicación, pero sólo después de cierta demoranza y con una gravedad no exenta de balbuceos: — Fue por tu madre.

— ¡Oh! — dijo Lance.

—Y ahora eso es lo primordial, ya que se *ha* descubierto el pastel. Te exijo una promesa. Me refiero —y Peter se explicó casi febrilmente— a un juramento por tu parte, un juramento solemne que debes hacerme aquí ahora mismo: el de sacrificar cualquier cosa antes que dejarla descubrir...

—...¿lo que yo descubrí? —Lance lo meditó—. Comprendo. —A las claras, tras un instante, ya había meditado muchísimo—: Pero ¿qué es lo que usted cree que podría yo verme en la coyuntura de sacrificar?

—Oh, siempre se posee algo susceptible de tener que ser sacrificado.

Lance lo miró intensamente:

—¿Quiere eso decir que *usted* ha tenido que...? —Sin embargo, la mirada que recibió en correspondencia eludió esta interrogante tan drásticamente que el joven se apresuró a abordar otra vertiente del asunto—: ¿Está usted verdaderamente seguro de que mi madre no sospecha nada?

Tras renovadas cavilaciones, Peter estuvo verdaderamente seguro:

—Si lo sabe, entonces es que es de todo punto extraordinaria.

—Pero ¿no somos todos aquí unos fenómenos?

—Sí —concedió Peter—; pero de modos diferentes. Lo que te exijo es de cabal importancia porque el restringido público de tu padre, como bien sabes —se extendió Peter—, se compone de... a ver, ¿de cuántas personas?

—En primer lugar —tuvo el hijo del Maestro la audacia de decir— de sí mismo. Y en último lugar, también. No sé de otra persona.

Peter tuvo un asomo de irritación:

—Y de tu madre, córcholis, *siempre*.

Lance lo reconsideró.

—¿Tiene usted absoluta certeza?

—Absoluta.

—Bien, pues con usted ya son tres.

—¡Oh, *conmigo!* —Y Peter, con un ademán de su vieja cabeza benévola, se minimizó modestamente—: El grupo es, de todos modos, tan exiguo que una disidencia, si llegare a producirse, se dejaría notar cruelmente. ¡Por consiguiente, en resumidas cuentas, esfuézzate, mi querido muchacho (eso lo es todo), en no escindirte *tú* del grupo!

—¿Tengo que perpetuar la farsa? —gimió Lance.

—Precisamente ha sido para ponerte en guardia contra los peligros de una defección por tu parte el motivo de que yo haya preparado esta ocasión.

—Y ¿en qué cree usted —preguntó el joven— que consisten concretamente esos peligros?

—Pues mira, desde el momento en que tu madre, capaz de tan apasionadas emociones, sospechase tu secreto... vaya —dijo Peter porfiadamente—, eso sería como encender un reguero de pólvora.

Pareció, por unos momentos, que Lance siguiera con su mirada el recorrido de la llama: —¿Ella me repudiaría?

—Ella lo repudiaría a *él*.

—Y ¿se sumaría a nuestro bando?

Antes de contestar, Peter apartó el semblante.

—Se sumaría a *tu* bando. —Pero con esto ya había dicho lo suficiente para describir —y, según esperaba manifiestamente, para evitar— la horrenda posibilidad.

4

Durante los seis meses siguientes, empero, sus temores se renovaron, con toda virulencia, más de una vez. Lance había regresado a París para intentarlo de

nuevo; después de ello volvió al redil, y tuvo con su padre, por vez primera en su vida, una de esas escenas que hacen saltar chispas. Con mucha expresividad, el joven se la narró a Peter, respecto del cual —ello era algo sin precedentes— constituía una manifestación de reserva inusitada por parte del matrimonio de Villa Carrara el que en esta ocasión rehusaran, tratándose de una cuestión de orden íntimo, espontanearse —ya que no con júbilo, entonces con consternación— ante su excelente amigo. Acaso esto produjo, a efectos prácticos, entre las dos partes, una ligera frialdad y un cierto espaciamiento en sus amistosas relaciones... patentizados primordialmente por la circunstancia de que, para estar en condiciones de hablar a sus anchas con su viejo compañero de juegos, Lance debiera, normalmente, ir a visitarlo en su residencia. De esta guisa surgieron entre ellos las más estrechas, aunque desde luego no las más jocosas, relaciones mutuas que tuvieran jamás. El malestar del pobre Lance se debía a la tensión que primaba en su hogar, engendrada por el hecho de que su padre deseaba que llegase, como mínimo, al grado de triunfo a que había llegado él. Lance no había “renunciado” a París, no obstante tener la vivida sensación de que París había renunciado a él; estaba dispuesto a regresar allí por la fascinación que le producía ensayar, ver, sondear las profundidades: aprender la lección, en definitiva, aun cuando la lección consistiese simplemente en percatarse de la impotencia propia al desarrollarse el sentido crítico propio. En cambio, el Maestro, ensimismado en su mediocre fecundidad, ¿qué sabía acerca de la impotencia y qué sentido crítico digno de tal nombre había desarrollado en toda su vida de altivez? Enardecido e indignado, Lance recabó con franqueza el parecer de su padrino.

A Lance, por lo visto, su padre lo había reprendido con dureza, pues no podía perdonarle no tener, después de tanto tiempo, ninguna obra que enseñarle, y esperaba que, tras su próxima ausencia, ya hubiese subsanado tamaña omisión. Lo *esencial*, según explicaba el Maestro con complacencia, consistía —para todo artista, aunque no fuese tan grande como él— en al menos “producir” obras. “¿Qué eres tú capaz de producir? ¡Es todo lo que te pido!”. Desde luego que *él* había producido suficientemente, y no cabía duda de que tenía obras que enseñar. A Lance le aparecieron lágrimas en los ojos cuando le confesó a su viejo amigo cuán duro era el “sacrificio” que éste le exigía. No le era fácil mantener una farsa absurda —la de hijo admirador de su padre— después de haberse visto escarnecido por no desear ser una nulidad prolífica. Pero Peter, una vez al corriente de la situación, insistió en imponerle una noble hipocresía; y, durante cierto tiempo, su joven amigo, aun amargado y herido, se las industrió para seguir procurándole ese consuelo lealmente. Cincuenta libras esterlinas recompensaron, todo hay que decirlo, más de una vez, tanto en Londres como en París, la lealtad del joven amigo... no menos eficazmente, sin duda, ahora, por ser informado de

que tal dinero no era sino un adelanto sobre un cuantioso legado cuyo último destino Peter había determinado secretamente desde hacía mucho tiempo. Mediante estas artes u otras, en todo caso, el justo furor de Lance pudo ser aplacado durante una temporada... aunque sólo durante una. Día llegó en que Lance le advirtió a su padrino que ya no podía resistirlo más, o, mejor dicho, que le era imposible contenerse. En Villa Carrara había tenido que aguantar otro sermón pronunciado con gran rimbombancia: imposición ésta más onerosa, a esas alturas, de lo que, sin la posibilidad de contraatacar o decirle al Maestro cuatro verdades, podía soportar un ser de carne y hueso.

—Y yo no me explico —observó Lance con cierta irritación por echar en falta los miramientos que, a fin de cuentas, pensándolo bien, le eran debidos a él mismo—, no me explico, a fe mía, cómo puede *usted*, al punto a que han llegado las cosas, seguirle el juego.

—Oh, para seguirle el juego me es preciso tan sólo retener la lengua —dijo Peter con calma—. Y además tengo mis motivos.

—¿Siempre mi madre?

Peter evidenció su turbación como solía hacerlo; vale decir, apartó el semblante bruscamente.

—¿Qué quieres que le haga? Jamás he dejado de sentir cariño hacia ella.

—Es hermosa, y es un cielo de mujer, no cabe duda —concedió Lance—; pero, en definitiva, ¿qué es lo que representa ella para usted, y qué interés tiene usted en lo que ella haga o deshaga?

Peter, que se había arrebolado, hizo una breve tregua. Después contestó:

—Bueno, es por las reacciones que sus reacciones me producirían a mí.

Ahora hubo, empero, en su joven amigo, una insistencia extraña, intencional: —En definitiva, ¿qué es lo que representa usted *para ella*?

—Huy, nada. Pero eso no hace al caso.

—Ella sólo ama a mi padre —dijo Lance el parisiense.

—Naturalmente, y he ahí precisamente mis motivos.

—¿Por qué desea usted evitárselo?

—Porque ella lo ama tan apasionadamente.

Lance dio una vuelta por la habitación, aunque con la mirada siempre clavada en su anfitrión, y dijo: —¡Ha debido usted sentir hacia ella un tremendo... cariño!

—Tremendo. Siempre —dijo Peter Brench.

Por un momento el joven prosiguió meditando; después tornó a colocarse delante de Peter: —¿Sabe usted hasta qué punto ella lo ama a él? —Ante esto se cruzaron los ojos de ambos, mas Peter, como si su mirada entreviese algo nuevo en la de Lance, pareció vacilar, por vez primera en muchísimo tiempo, en decir que lo sabía todo—. *Yo lo he sabido hace nada* —dijo Lance—. Ayer por la noche, ella se presentó en mi habitación después de haber estado presente, silenciosa, con los ojos fijos en mí, en la escena que con él hube de arrostrar; se presentó... y estuvimos hablando juntos a lo largo de una insólita hora.

Lance hizo aún una pausa, y de nuevo se sondearon el uno al otro durante unos instantes. Entonces, una luz súbita, que lo hizo palidecer, iluminó a Peter: —¿Ella lo *sabe*?

—Ella lo sabe. Me lo confesó todo... para pedirme a mí tan sólo eso, como dijo ella: eso de lo cual ella ha sido capaz. Ella siempre, siempre lo ha sabido —dijo Lance, sin piedad.

Peter quedó mudo un largo rato, durante el cual su ahijado habría podido escuchar su silencioso gemido profundo y, si le hubiese puesto encima una mano, habría podido advertir en él la vibración de una prolongada exclamación reprimida. Para cuando Peter habló, por último, ya había apurado su cáliz: —En tal caso, me doy cuenta de con cuánta pasión...

—¿Verdad que es prodigioso? —dijo Lance.

—Prodigioso —musitó Peter.

—¡Conque si todo su esfuerzo por alejarme de París no tenía otro fin que el de preservar mi ignorancia...! —exclamó Lance con un gesto que simbolizó elocuentemente el fracaso de aquella tentativa.

Habría podido ser dicho fracaso lo que Peter pareció contemplar detenidamente por unos momentos.

—¡Creo que sobre todo (sin que fuese yo consciente de ello en su momento) tenía el fin de preservar *mi* ignorancia! —repuso finalmente éste, apartando el semblante.



HENRY JAMES nació el 15 de abril de 1843 en Nueva York, en el seno de una acomodada familia de origen irlandés.

Cursó sus primeros estudios en distintas ciudades de Europa: Londres, París, Ginebra. En 1862, en Estados Unidos, inició la carrera de Derecho en la Universidad de Harvard, actividad que combinaba con la publicación de relatos en distintas revistas literarias.

En 1875, James se estableció en Inglaterra, con poco más de 30 años, y en 1915 obtuvo la nacionalidad inglesa. Sus novelas, relatos y ensayos revelan los contrastes entre ambos mundos. Novelista, dramaturgo y crítico, ha influido de manera decisiva en el desarrollo de la novela moderna tanto en su país de origen, como en la literatura universal.

Henry James murió el 28 de febrero de 1916, en su casa de campo de Rye, Sussex, dejando un exquisito legado a la historia de la literatura tras más de 50 años de carrera literaria: 20 novelas, 112 relatos y 12 obras de teatro, además de diversas críticas literarias y teatrales.

Su estilo, que se caracteriza por la descripción psicológica de los personajes, adquirió con el tiempo una gran elegancia y complejidad, oculta tras argumentos aparentemente sencillos. La perspicaz penetración psicológica en el mundo interior de sus personajes lo ha encumbrado como uno de los más exquisitos maestros del monólogo interior.

Notas

^[1] *Knight Commander of the Bath* = Comendador de la Orden del Baño. Esta orden de caballería británica fue instituida en 1603 y su denominación proviene de la ceremonia del baño que integraba el protocolo de admisión. (N. del T.). <<

^[2] En la Inglaterra victoriana las novelas largas solían editarse en tres volúmenes. (N. del T.). <<

^[3] La función de este tipo de “cronistas londinenses” era la de redactar columnas de chismorreos disfrazadas de información de interés profundo. (N. del T.). <<

^[4] Personaje de *Speed the Plough*, pieza de Tom Morton (1798), que ha venido a quedar como el prototipo de persona rígida y puritana que condena la más mínima infracción de la decencia y la respetabilidad anglosajonas. Constantemente aluden a ella los personajes de la obra, preguntándose qué opinará la señora Grundy sobre esta o aquella cuestión; pero la señora Grundy nunca aparece en escena. (N. del T.). <<

^[5] La “temporada” londinense duraba desde mayo hasta julio, meses en que todas las personas distinguidas o pudientes del país procuraban congregarse en Londres. (N. del T.). <<

^[6] Coche de caballos de dos asientos, abierto y con capota, llamado así en honor de la reina Victoria de Inglaterra, quien lo usó por primera vez. (N. del T.). <<

^[7] La calle de Londres donde se hallaba la mayoría de las sedes de los principales periódicos. (N. del T.). <<

^[8] En *El rey Lear* de William Shakespeare, Lear divide su reino entre dos de sus hijas y abdica. Se queda a residir en la corte de la mayor, Gonerila, quien termina exigiéndole que reduzca su número de guerreros para protección personal. Indignado, Lear se traslada a residir a la corte de su hija siguiente, Regania, quien para su sorpresa le exige una reducción aún más drástica de su guardia. (N. del T.). <<

^[9] En alemán, “años de peregrinación”; alusión al subtítulo original de la segunda parte de *Wilhelm Meister* de Goethe. (N. del T.). <<